

**CUADERNOS
DE LA ESCUELA DIPLOMÁTICA
NÚMERO 50**

Legado español en los Estados Unidos

Ciclo de conferencias con motivo
de las Conmemoraciones
de la Nueva España (2013-2015)



**GOBIERNO
DE ESPAÑA**

**MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN**

LEGADO ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS

CICLO DE CONFERENCIAS CON MOTIVO
DE LAS CONMEMORACIONES HISTÓRICAS
DE LA NUEVA ESPAÑA (2013-2015)

ESCUELA DIPLOMÁTICA

LEGADO ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS

CICLO DE CONFERENCIAS CON MOTIVO
DE LAS CONMEMORACIONES HISTÓRICAS
DE LA NUEVA ESPAÑA (2013-2015)



ESCUELA DIPLOMÁTICA
ESPAÑA



Comisión Nacional para
las Conmemoraciones
de la Nueva España

© de los textos: sus autores
© de la presente edición: Escuela Diplomática, 2014
Paseo de Juan XXIII, 5 - 28012 Madrid

NIPO publicación en papel: 501-14-029-X

NIPO libro electrónico: 501-14-054-8

ISSN: 0464-3755

Depósito legal: M-15786-2014

A tenor de lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, no está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de su uso sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo aquellas copias que se realicen para uso exclusivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

ÍNDICE

Página

PREFACIO.....	9
<i>José Luis de la Peña Vela</i> <i>Gabriel Alou Forner</i>	
LAS CONQUISTAS HISPANAS DEL SIGLO XVI: LA FUNCIÓN DE LOS INTÉRPRETES, LENGUAS Y GUÍAS.....	15
<i>Consuelo Varela</i>	
LOS MITOS CLÁSICOS EN LA AMÉRICA DEL SIGLO XVI.....	35
<i>Juan Gil</i>	
LA CALIFORNIA HISPANA: FRAILES, COLONOS Y SOLDADOS EN EL FIN DEL MUNDO (1767-1821).....	55
<i>Salvador Bernabéu Albert</i>	
SAN AGUSTÍN DE LA FLORIDA, CIUDAD SÍMBOLO DE LA RIVALIDAD IMPERIAL DEL SIGLO XVIII.....	77
<i>Loles González-Ripoll</i>	
LA COMISIÓN CIENTÍFICA DEL PACÍFICO EN CALIFORNIA.....	99
<i>Miguel Ángel Puig-Samper</i>	
AL HILO DE LA CULTURA: ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS, 1900-1940	121
<i>Consuelo Naranjo Orovio</i>	
AUTORES	147

PREFACIO

Con la publicación de este ciclo de seis conferencias sobre el legado español en los Estados Unidos, celebrado en la Escuela Diplomática durante los meses de marzo y abril de 2014, el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación y su Escuela Diplomática se adhieren a los trabajos de la Comisión Nacional para las Conmemoraciones de la Nueva España (CNCNE).

La CNCNE fue creada en 2013 (Real Decreto 395/2013, de 7 de junio), bajo la presidencia del Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación, para participar en el ciclo de celebraciones que se abrió el año pasado (quintos centenarios de la llegada a la Florida de Ponce de León y del descubrimiento del Pacífico por Núñez de Balboa y tercer centenario del nacimiento de fray Junípero Serra, fundador de las misiones californianas) y que culminará el año próximo con el 450 aniversario de la fundación de San Agustín en la Florida por Pedro Menéndez de Avilés y el bicentenario del cierre de la ruta del Galeón de Manila. En el organigrama de la CNCNE participan la administración general del Estado (Exteriores, Defensa, Cultura, Comercio, Fomento y Presidencia), comunidades autónomas (Asturias, Baleares, Castilla-León, Extremadura), entidades locales e instituciones como la Real Academia Española, la Real Academia de la Historia, el Instituto Cervantes y la sociedad estatal Acción Cultural Española (AC/E). Uno de los objetivos principales de la CNCNE es poner de relieve el legado español en los territorios del antiguo virreinato, en especial en el territorio actual de los Estados Unidos de América.

Esta presencia de lo español en los Estados Unidos (a veces olvidada, malinterpretada o desconocida) resulta fundamental tanto en la proyección de España en el Nuevo Mundo como en la configuración de buena parte del territorio que acabaría integrado en el nuevo país independiente, donde hoy la amplia comunidad de origen hispano tiene un papel cada vez más relevante en el plano social, cultural, económico y político. Con este ciclo de conferencias, la Escuela

Diplomática y la CNCNE pretenden poner de relieve algunos aspectos de esa presencia española en los Estados Unidos, rebasando los límites temporales de la Nueva España, para proyectar hacia el futuro ese legado, de manera que sirva para cimentar unas relaciones más intensas y más acordes con nuestra realidad, valores y fortalezas.

El ciclo fue inaugurado el 6 de marzo por el Jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), Almirante General D. Fernando García Sánchez, Vicepresidente 2.º de la CNCNE y fue clausurado el día 10 de abril por el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores, D. Gonzalo de Benito, Vicepresidente 1.º de dicha Comisión. Las conferencias, dictadas por especialistas de primera línea del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y de la Real Academia Española, trazaron un recorrido a través de distintos espacios geográficos y temporales en América del Norte, desde el siglo XVI hasta la edad contemporánea.

En la conferencia de la profesora Consuelo Varela, “Las conquistas hispanas del siglo XVI: la función de los intérpretes, lenguas y guías” se destaca la importancia de unos personajes poco conocidos: los intérpretes que ayudaron a los capitanes españoles a realizar sus planes de conquista. Sabemos, con más o menos exactitud, las rutas que siguieron las diversas jornadas pero éstas no hubieran sido posibles sin la asistencia de los naturales. Quiénes eran éstos y qué métodos se emplearon para lograr una comunicación eficaz, nos muestran otra vía para entender la difícil empresa que emprendieron aquellos pioneros.

La conferencia del académico Juan Gil, “Los mitos clásicos en la América del siglo XVI” nos muestra los mitos de la Antigüedad clásica no solo como un referente tradicional en el imaginario de Occidente, sino también como uno de los motores de la expansión europea en la era de los grandes descubrimientos geográficos en América del Norte a través de varios casos paradigmáticos: la fuente de la Juventud, en su costa oriental; las siete ciudades de Cibola, en la región de los indios pueblo, y, por último, la isla de las amazonas, en principio, un mito de origen caribeño que, con el paso del tiempo, se trasladó a la isla que, precisamente por ello, se llamó California.

En su conferencia “La California Hispana: frailes, marinos y soldados en el fin del mundo (1767-1821)”, Salvador Bernabéu aborda el proceso de una nueva expansión hacia el norte desde la Baja California, en el que destaca la figura del fraile mallorquín Junípero Serra, quien junto al visitador Gálvez y un meritorio grupo de pilotos, extendió la cadena de misiones franciscanas desde San Diego hasta la bahía de San Francisco. Estos establecimientos religiosos inaugurarían la presencia española en la Alta o Nueva California, donde más tarde se instalaron presidios, poblados y ranchos que dieron una peculiar identidad a uno de

los estados más importantes del continente americano, por lo que sigue resultando pertinente evaluar los éxitos y fracasos de las misiones franciscanas y las relaciones entre nativos, misioneros y colonos.

María Dolores González-Ripoll se ocupa en “San Agustín de la Florida: ciudad símbolo de la rivalidad imperial del siglo XVIII” de la población más septentrional de los dominios españoles en América, fundada en 1565 y que es reflejo de una larga historia de políticas imperiales e intercambio territorial. Permaneció en manos británicas veinte años (1764-1784) y volvió a España para perderse definitivamente en 1819. San Agustín, con un impresionante legado urbanístico y arquitectónico español, se apresta hoy, como lo hizo cincuenta años atrás con motivo de la celebración de su cuarto centenario, a celebrar las raíces hispanas llevadas por Pedro Menéndez de Avilés, fundador del asentamiento urbano continental más antiguo de los actuales Estados Unidos.

Un nuevo salto temporal y espacial nos lleva de la mano del profesor Miguel Angel Puig-Samper a la España isabelina y la California inmediatamente posterior al *Gold Rush*. En su conferencia sobre “La Comisión Científica del Pacífico en California”, aborda este episodio de la última de las grandes expediciones enviadas a América por nuestros gobernantes, como heredera de las grandes expediciones científicas de la Ilustración española y con la huella romántica y nacionalista de su siglo. En octubre de 1863 parte de la Comisión Científica llegó a San Francisco, ciudad en la que falleció el geólogo Fernando Amor. Allí y en sus alrededores, el fotógrafo Rafael Castro Ordóñez tomó vistas de la ciudad en expansión, los inmigrantes chinos, los placeres de oro de Murphys y los impresionantes “Big Trees”. La imagen de San Francisco ha quedado también impresa en las crónicas de Castro para *El Museo Universal*, en las que demostró su admiración por la organización social norteamericana.

En la sexta conferencia del ciclo, “Al hilo de la cultura: España y Estados Unidos, 1900-1940”, la profesora Consuelo Naranjo Orovio mostró cómo en los primeros años del siglo XX, la confluencia de dos proyectos culturales y educativos en España y en Estados Unidos dio lugar al inicio de unas relaciones culturales y científicas de nuevo cuño. Si en Estados Unidos el interés creciente por España y su cultura desembocó en la creación en Nueva York de la Hispanic Society of America (1904) bajo el mecenazgo de Archer M. Huntington, en España la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907) abrió un abanico de posibilidades para el intercambio con otros países, de donde importar los saberes y las técnicas más modernas. Dentro de estas relaciones, Puerto Rico también jugó un papel clave al ser considerado un puente entre los dos mundos. Sentadas las bases de la cooperación, los exiliados republicanos españoles pudieron asirse a esas redes

de la cultura para encontrar refugio en las cátedras de diferentes universidades americanas.

Por último, los organizadores de este ciclo quieren expresar su gratitud a la profesora Consuelo Naranjo (directora del Instituto de Historia del CSIC y vocal del Consejo Asesor de la CNCNE) por su colaboración en la coordinación de de este programa de conferencias.

José Luis de la Peña Vela

Embajador-Director de la Escuela Diplomática

Gabriel Alou Forner

Secretario de la Comisión Nacional
para las Conmemoraciones de la Nueva España



Inauguración del ciclo de conferencias el día 6 de marzo de 2014 por el Jefe de Estado Mayor de la Defensa (Almirante General D. Fernando García Sánchez) y el Embajador-Director de la Escuela Diplomática, junto a la profesora Consuelo Varela.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LAS CONQUISTAS HISPANAS DEL SIGLO XVI:
LA FUNCIÓN DE LOS INTÉRPRETES,
LENGUAS Y GUÍAS**

CONSUELO VARELA

LAS CONQUISTAS HISPANAS DEL SIGLO XVI: LA FUNCIÓN DE LOS INTÉRPRETES, LENGUAS Y GUÍAS

CONSUELO VARELA

Profesora de investigación

Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

En todo viaje de descubrimiento resulta imprescindible contar con un intérprete, un «lengua» como entonces se denominaba a este personaje, que pudiera poner en comunicación a los descubridores con las distintas sociedades con las que esperaban encontrarse. Los españoles de entonces no eran muy duchos en lenguas extranjeras. Apenas se contaba con intérpretes de árabe y de hebreo, dos lenguas que se hablaban con más o menos frecuencia en la Península. Por ello, Colón contó para su primer viaje con dos truchimanes que se manejaban con cierta fluidez en ambos idiomas. Uno de ellos incluso se atrevía a chapurrear algo de caldeo. Además, dado que se consideraba que el latín era la lengua universal que todo príncipe debía de entender, el almirante llevaba unas cartas escritas en la lengua del Lacio con el encabezamiento en blanco, para poder entregarlas en nombre de los reyes a los diversos mandatarios que se encontrara en su camino.

El intento, como bien sabemos, no funcionó: en las Antillas nadie podía manejarse en hebreo, árabe, caldeo o latín. Ni el almirante pudo entregar sus credenciales, ni Torres ni Jerez, sus intérpretes, pudieron ejercer su oficio. La pluralidad lingüística de las Antillas asombró a todos los cronistas. «No se entienden los unos con los otros más que nos con los de Arabia», «íbamos mudos y sin lengua» anotó Colón en su Diario.¹ «Cosa es maravillosa que en espacio de una jornada de cinco o seis leguas de camino y próximas y vecinas unas gentes con otras, no se entienden los unos a los otros indios», señaló Gonzalo Fernández de Oviedo.

¹ En C. Varela y J. Gil, *Cristóbal Colón, Textos y Documentos Completos. Nuevas Cartas*, Madrid, Alianza, 1992, pág. 74.

Sus habitantes hablaban unas lenguas ininteligibles. Para poder comunicarse las dos comunidades en contacto tuvieron que recurrir al «lenguaje de los gestos». Unas muecas silenciosas que al decir de Fernández de Oviedo se asemejaba a «la lengua con la que suele un mudo preguntar a otro mudo». «Las manos les servían aquí de lengua» dice el padre Las Casas.

Una veintena de años más tarde, cuando los españoles llegaron al continente norteamericano, la situación seguía siendo la misma. Y los problemas que esta incomunicación planteaba eran similares: para que los capitanes pudieran orientarse y avanzar en la jornada era preciso conocer las rutas y las dificultades del terreno y para que los sacerdotes que los acompañaban pudieran ejercer su misión era necesario conocer las diferentes lenguas indígenas.

La exigencia de contar con intérpretes obligó a los españoles a tantear diversas prácticas de captación de truchimanes, pues el oficio tardó en definirse y, además, el vasto espacio geográfico y la gran diversidad de lenguas exigieron soluciones de emergencia. Los intérpretes de oficio fueron una rareza en los primeros años de la presencia española en América. Así pues, los que ejercieron esa labor fueron personajes improvisados que desempeñaron un oficio que no era el suyo y para el que carecían de experiencia y formación.

Dedicaré mi intervención a analizar esta problemática en la Nueva España y en la Península de Florida. Dos territorios, como veremos, de características muy diferentes pero que ilustran a la perfección los distintos métodos que los conquistadores emplearon para una comunicación eficaz.

1. LOS «LENGUARACES» INDÍGENAS

Cuando Juan Ponce de León descubrió la Florida, en la primavera de 1513, un indio de aquella tierra se dirigió a ellos en castellano, prometiéndoles hacer un trueque de mercancías. La presencia de este indio ladino es prueba irrefutable de la anterior presencia de españoles que desde las Antillas organizaban —lo que entonces se denominaba «cabalgadas»— para apresar cautivos que les sirvieran como esclavos en las islas donde residían. Un hecho que no sorprendió a los que se dirigían a la Nueva España acostumbrados a tratar con mercaderes que, en virtud de su oficio, podían entenderse con los indígenas que llevaban como guías en sus flotas.

Entre los aborígenes que aparecen como intérpretes en las fuentes documentales la mayoría eran hombres y unas pocas mujeres capturados al azar para servir como indios lenguas. Rara vez conocemos sus nombres, bien porque su permanencia entre los españoles fuera breve, bien porque los cronistas no les dieran importancia. Solo se nos han transmitido los de algunos verdaderamente importantes, o la de unos pocos mencionados con el nombre cristiano que les dieron los conquistadores.

A menudo estos indígenas esclavizados eran llevados a las Antillas para que, una vez que aprendieran bien el castellano, sirvieran de intérpretes en sucesivas expediciones. Así, por ejemplo, en 1514 Ortubia y Alaminos regresaron desde la Florida a Puerto Rico llevando consigo a cuatro indios de Bimini, «que se llaman en christiano Antón e Alonso e Hernando e Simón», y a seis indios de la isla de Ciguateo, dos hombres, tres muchachos y una mujer con una criatura. Tres años más tarde, en 1517, cuando Francisco Hernández descubrió el Yucatán tomó con idéntico fin al indio Julián. Al año siguiente, ya ladino, Julián regresó a su tierra como intérprete de Grijalva. Al poco de desembarcar capturaron los españoles a un indio que les pareció listo y que Juan Díaz, el capellán de la flota, bautizó *in situ* con el nombre de Pero Barba, el nombre de su padrino. Enseguida se estableció la necesaria cadena: Grijalva le decía a Julián lo que había de transmitir a Barba y este a su vez se lo comunicaba a los indios. La cadena se rompió muy pronto, pues, a las primeras de cambio, los lenguaraces huyeron de las manos de los españoles. Y como comentaba Fernández de Oviedo,

«ved que verso habrían fecho en sus interpretaciones y que intención tenían de salvarse en la fe de Cristo, y cómo habían entendido el sacramento del bautismo que habían tomado».²

Estas cadenas de lenguas no fueron útiles en la Florida, debido a la existencia de unos 350 dialectos diferentes y a las condiciones de vida de los aborígenes que, como apenas se desplazaban a unos pocos kilómetros de sus aldeas, no conocían más idiomas que los suyos.

Sí, en cambio, estas cadenas fueron utilizadas con gran éxito en la Nueva España. Baste recordar el excepcional regalo que recibió Hernán Cortés en Tabasco: la Malinche, una bella cacica bien educada, entonces esclava, que hablaba el maya además del nahuatl, su lengua de nacimiento. Desde aquel preciso momento fue la Malinche, llamada doña Marina por los españoles, la intérprete que Cortés utilizó en su camino a Tenochtitlán. Para poder entenderse con ella don Hernán hablaba en castellano a Jerónimo de Aguilar, de quien trataremos más adelante, y éste a su vez se dirigía a la Malinche en maya y ella lo traducía al náhuatl.

También se dio el caso de indígenas que voluntariamente se unieron a las tropas colonizadoras ofreciéndose a aprender castellano y a acompañarlas en su aventura. Así, el cacique Apafalaya se brindó gustoso a ser el guía y la lengua de Hernando de Soto en la Florida. Sirvió muy poco, ya que desconocía las lenguas comarcanas. En otras ocasiones, eran los caciques quienes entregaban a los españoles a varios de sus indios con idénticos fines, quizá pensando que, de esa forma, los animarían a marcharse de sus tierras.

² G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1959, v. II, pág. 133.

2. INTÉRPRETES BLANCOS

Desde los inicios de la colonización los portugueses utilizaron un sistema peculiar para reconocer los territorios que iban descubriendo. En todas las tripulaciones enrolaban a un número indeterminado de «degradados». Eran estos unos condenados que o bien habían sido sentenciados al exilio o bien habían logrado conmutar su sentencia por un período de servicio a la corona en el extranjero. Los degradados cumplieron un rol de vital importancia, debido a las tareas que se les asignaban. Al llegar a una playa se desembarcaba a uno o dos de estos personajes para comprobar si eran bien recibidos. Pasado ese primer filtro, debían de internarse en el territorio durante unos días, mientras que el resto de la tripulación permanecía en los barcos, a fin de averiguar las posibilidades del terreno y tratar de poner en contacto a los dirigentes locales con el capitán portugués. Cuando el convoy retomaba su ruta, estos degradados quedaban en tierra con la orden vivir entre los indios, aprender la lengua local y averiguar todo lo que pudieran sobre el territorio en el que habían sido abandonados. Transcurrido el tiempo de la condena —si habían servido fielmente— eran reintegrados en la sociedad.

Conocemos los nombres y las actividades de muchos de ellos. Así por ejemplo citaremos a Alfonso Ribeiro y Alfonso Rodrigues, los primeros degradados portugueses en el Nuevo Mundo, dejados por Cabral en las costas brasileñas en 1500 que —recogidos 20 meses más tarde— regresaron a Portugal para dar cuenta al rey don Manuel de las características de las nuevas tierras. Resultaron ser excelentes intérpretes.

Sin embargo, no todos cumplieron su papel a la perfección. Muchos saltaron de los barcos durante la travesía, otros se internaron perdiéndose para siempre y algunos combatieron a sus paisanos, como el bachiller de Cananea, un converso dejado en 1502 en las costas de Brasil que, completamente indianizado, se convirtió en un caudillo blanco que logró formar un ejército que fue durante unos años el terror de portugueses y españoles.³

Los españoles, que yo sepa, nunca siguieron esta vía y solo conozco un caso de posible degradado: el de Cristóbal Rodríguez, apodado *la lengua*, el primer intérprete español en el Nuevo Mundo. No se debe a una casualidad que fuera Cristóbal Colón, que tan bien conocía el sistema de colonización portugués, el único dirigente que ordenó a uno de sus hombres que se internara entre los indígenas.

En esta primera época muchos blancos —bien perdidos o bien capturados por los indios— quedaron viviendo entre los indígenas. Algunos, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, miembro de la expedición de Pánfilo de Narváez con el cargo de tesorero y alguacil mayor, inició en Tampa en 1528 un viaje que concluiría en 1536 en Culiacán, México. En su largo cautiverio recorrió 11.000 kilómetros

³ Luigi Avonto, «El Bachiller de la Cananea: un misterioso «Rey Blanco» en los albores del Brasil», *Revista de la Universidad de Montevideo*, Año 1, N.º. 1, 2001, págs. 103-122.

desde la Florida pasando por los actuales estados de Alabama, Misisipi y Luisiana. Reintegrado a la «civilización» describió su cautiverio en el libro *Naufragios y comentarios*, donde narró las vicisitudes de los cuatro supervivientes de la expedición y su periplo como esclavos y curanderos.⁴

Un caso muy llamativo es el dos supervivientes, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, que habían sobrevivido al naufragio de un bergantín que hacía la ruta desde Darién a Santo Domingo en la flota de Nicuesa en 1511.

Cuando en 1519 la flota de Hernán Cortés desembarcó en Campeche, algunos indios se dirigieron a ellos gritándoles: «Castilan, castilan!». Cortés, seguro de que los españoles que vivían entre ellos estaban deseosos de ser liberados y ansiando poder contar con castellanos que hablasen el idioma de aquellas tierras, decidió contactar con ellos enviándoles unas cartas en las que les exhortaba a unirse a su expedición y marcándoles el punto de encuentro. Cuando, por fin, coincidieron no los reconocieron. Pensaron que eran indios. En un bote habían conseguido llegar a las costas del Yucatán y llevaban viviendo entre los nativos siete años. Gonzalo Guerrero hablaba mejor el maya que el castellano, se había tatuado el cuerpo, perforado las orejas y los labios y había formado una familia. Cuenta Bernal Díaz⁵ que a los intentos de Aguilar para convencerlo para que se uniera a la expedición de Cortés Guerrero respondió:

«Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos. Tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras, la cara tengo labrada, y horadadas las orejas ¿que dirán de mi esos españoles, si me ven ir de este modo? Idos vos con Dios, que ya véis que estos mis hijitos son bonitos y dadme por vida vuestra de esas cuentas verdes que traéis, para darles, y diré, que mis hermanos me las envían de mi tierra».

Y añade el cronista,

«La mujer con quien el Guerrero estaba casado, que entendió la plática del Gerónimo de Aguilar, enojada con él dijo: Mirad con lo que viene este esclavo á llamar á mi marido, y que se fuese en mala hora, y no cuidase de mas. Hizo de nuevo instancia Aguilar con Guerrero, para que se fuese con él diciéndole, que se acordase que era cristiano y que por una india no perdiese el alma, que si por la mujer e hijos lo hacía que los llevase consigo, si tanto sentía el dejarlos».

Y concluye: «No aprovechó tan santa amonestación, para que el Gonzalo Guerrero (que era marinero, y natural de Palos) fuese con Gerónimo de Aguilar, que viéndole resuelto en quedarse, se fue».

⁴ Publicada en 1542 en Zamora (España) y en una edición corregida y aumentada (con la adición del viaje del autor al Río de la Plata) 1555 en Valladolid.

⁵ *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Benito Cano, 1795, pág. 109.

Por su parte, Gerónimo de Aguilar, incorporado a las huestes expedicionarias, desempeñó un relevante papel como traductor imprescindible cuando meses más tarde de su liberación la tropa de Cortés llegó al altiplano, como vimos más arriba.

He traído este ejemplo porque representa las dos maneras diferentes de actuar. Dos personajes, compañeros de la misma expedición, que vivieron la historia de manera muy diferente. El uno, Guerrero, se indianizó adaptándose a la nueva tierra donde llegó a convertirse en un cacique; el otro, Aguilar, que era diácono, vivió siempre pensando en retornar a España y continuó leyendo su libro de horas que celosamente había conservado durante todo su cautiverio, y por ello no llegó nunca a alcanzar una situación de privilegio entre los indios: como esclavo fue dedicado por sus captores a labores de labranza.

En la Florida encontró Hernando de Soto a Juan Ortiz, acompañante de Pánfilo de Narváez al Yucatán que retornó más tarde a la Florida, donde permaneció cautivo durante doce años. Cuenta Fernández de Oviedo que, al llegar la expedición a la Florida, justo cuando se les habían escapado los tres indios que llevaban de lenguas, súbitamente salió de entre un montecillo un hombre desnudo, embijado, que gritaba: «Señores, por amor de Dios y de Santa María no me matéis, que yo soy cristiano como vosotros, y soy natural de Sevilla y me llamo Joan Ortiz».⁶ Y comenta el cronista: «El placer que los cristianos sintieron fue muy grande en les dar Dios lengua e guía en tal tiempo de que tenían gran necesidad». Fue Ortiz un intérprete eficaz que durante tres años, de 1539 hasta su fallecimiento en 1542, acompañó a Soto en su aventura. Remontando ríos, la hueste recorrió un amplísimo territorio pasando de Florida a los actuales territorios de Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Arkansas, Oklahoma y Luisiana. Don Hernando falleció «de fiebres», el 21 de mayo de 1542 a orillas del Misisipi. Aunque su jornada fue un fracaso conquistador, representó un éxito geográfico, pues se hizo una exploración inmensa en regiones desconocidas.

3. LA SITUACIÓN DEL INTÉRPRETE Y LA VALIDEZ DE SUS TRADUCCIONES

A diferencia de los intérpretes que trabajaban para la administración, los de la primera etapa, los que acompañaban a los conquistadores en sus jornadas y los que ayudaban a los religiosos —mejores o peores—, no gozaban de ningún status especial. No cobraban sueldos y a lo más que podían aspirar era a un reconocimiento posterior.

Salvo casos excepcionales, que son los más conocidos, los cronistas de Indias nos muestran, en la mayoría de los casos, a estos intérpretes como hombres y mujeres desclasados. Los blancos cautivos que al ser rescatados causaban tanta

⁶ Fernández de Oviedo, v. II, pág. 155.

alegría a la hueste descubridora en poco tiempo les producían reluctancia. Habían convivido con salvajes, comido carne humana y sabe Dios que más pecados habrían cometido. Algunos, transcurrido un tiempo con sus libertadores regresaron a los poblados, junto a sus mujeres e hijos o con sus amantes en el caso de los homosexuales. De otros, pronto olvidados, sabemos de ellos por los *Memoriales* que enviaban a la Península solicitando un reconocimiento que no se les daba.

El caso de los intérpretes indios era diferente. Bien es verdad que muchos regresaron a sus tierras, aunque la mayoría parece que prefirió seguir viviendo con los españoles, no porque esa vida les pareciera mejor sino porque sus compatriotas no se fiaban de ellos. La vuelta en muchos casos resultaba imposible.

Es difícil saber con exactitud la validez de sus traducciones. Las *Crónicas* recogen más los errores que los aciertos.⁷ Así, por ejemplo, nos describieron la amena conversación entre Felipillo, el indígena lengua de Francisco Pizarro y el inca Atahualpa, transcurrida muy probablemente en presencia de Hernando de Soto, entonces en Perú. Felipillo, al intentar explicar la Trinidad, misterio incomprensible, «por dezir Dios trino y uno, dixo tres y uno son quatro, sumando los números»; y, como comenta Fernández de Oviedo al narrar la anécdota, no lo hizo «maliciosamente, sino porque no entendía lo que interpretava [traducía]».

En cualquier caso, todo parece indicar que, salvo en los grandes conceptos, tanto los unos como los otros fueron intérpretes eficaces. Por ejemplo, en la confección de vocabularios. Cuenta Pigafetta, el italiano que formaba parte de la expedición de Magallanes-Elcano en 1519, cómo a lo largo del viaje fue capaz de componer varios utilísimos glosarios. Primero con su intérprete brasileño, después con el patagón y una vez en el Pacífico interrogando por señas a los mandatarios a los que tuvo acceso. De esta manera, y con infinita paciencia, logró el italiano confeccionar un vocabulario de las costas de Brasil de 12 palabras; uno patagón de 83; uno de la isla de Cebú de 160, de las que más del 80% están aún vigentes, y otro de 450 de las Molucas y Malaca.

Al igual que hiciera Pigafetta, Thomas Hariot, el astrónomo y matemático que acompañó en su viaje a las costas de Virginia a sir Walter Raleigh, utilizó a sus esclavos Manteo y Wanchese, a quienes había enseñado los rudimentos de la lengua inglesa, para confeccionar un vocabulario del algonkiano al que añadió, para ayudar a su pronunciación, un «alfabeto universal» de treinta y seis símbolos con el que, aseguraba, que se podía pronunciar correctamente no solo la lengua hablada en Virginia, sino también todas las habladas tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

La lista de vocabularios que se realizaron en estos años es amplia, pero estos léxicos no servían para la vida cotidiana pues, en general, estaban pensados para

⁷ El cronista, por lo general, no conoce las lenguas de la región que describe y ha de fiarse de sus *lenguas*, al que habitualmente no citan.

ayudar a los sacerdotes en las confesiones. Solo voy a dar un ejemplo: el Pedro de Arenas, un tratante que vivía en la ciudad de Mexico que, ante la imposibilidad de contar con un buen truchimán, decidió en 1611 imprimirse su propio vocabulario. El mismo indicó su propósito:

No pretendo más elegancia de poder hablar con los indios y entenderlos, por lo cual acordé de escribir en lengua castellana las palabras, nombres, preguntas y respuestas que me acaescieron ser más necesarias para el referido efecto, lo cual hecho, lo entregué a un intérprete de los naturales de este reino, el cual las volvió en lenguaje mexicano... Hase puesto el romance castellano en letra bastardilla y la declaración en mexicano de letra redondilla.

El librito, del que se hicieron muchas impresiones, es una delicia. Arenas consideró aquellas situaciones más frecuentes de la vida común, como ir a comprar comida, vender caballos o enfrentarse al imposible negocio de contratar a un albañil, inventándose unos diálogos hispano-mexicanos muy sabrosos.

Estos intérpretes de la Nueva España, que traducían del castellano al nahuatl, se conocen con el nombre de nahuatlato. La primera documentación de la palabra está atestiguada en 1530. El vocablo pronto se generalizó, llegándose a convertir en sinónimo de «lengua» o de «intérprete» en toda la América hispana y, más tarde, en las Filipinas. Desde 1537, la legislación carolina aplica este término al intérprete destinado en las audiencias o al que acompañaba a los diversos oficiales en sus visitas de inspección, con independencia de las lenguas entre las que trabajara.

4. LA ENSEÑANZA DE LOS RELIGIOSOS

A medida que la conquista avanzaba, aparecían nuevas lenguas. En un principio fueron los religiosos los más sensibles ante la dificultad que ello suponía, entre otras razones, porque su misión evangelizadora no podía prosperar sin entenderse con sus interlocutores. Que sepamos, ninguno tuvo la suerte del santo eremita Pacomio, que solo sabía copto, y que milagrosamente, tras tres horas de rezos, adquirió el conocimiento del griego y el latín suficiente para poder confesar a uno de sus fieles que se negó a decir sus pecados con la intervención de un intérprete.

Fueron los franciscanos los primeros que establecieron colegios en el Nuevo Mundo. De estos salieron buena parte de las lenguas que auxiliaron a las comunidades en contacto.

Además de los colegios en los que se enseñaba gramática, latín y toda suerte de disciplinas, existieron unas escuelas de lenguas en las que se educaron muchos de los que más adelante actuarían como traductores e intérpretes. Las más conocidas

son las de la Nueva España. Juan de Herrera, lego franciscano instalado en Yucatán, fundó en 1545 en el monasterio de Maní, un «estudio de gramática para indios» del que salieron personajes bien conocidos como Gaspar Antonio Xiu, llamado «el gran nahuatlato», que era capaz de expresarse en cuatro lenguas, o Pablo y Pedro Pech, que escribieron la historia de sus pueblos. Por los testimonios del comisario fray Alonso Ponce, sabemos que fray Hernando de Guevara enseñaba en Valladolid, hoy Morelia, y fray Diego de Landa en Izamal, en un centro que en principio era de aprendizaje del maya para los frailes que llegaban a la Nueva España. Infortunadamente las fuentes nos ocultan los métodos empleados.

5. LEGISLACIÓN

La primera necesidad de la administración es entenderse con sus administrados y para ello ha de contar con intérpretes que faciliten las relaciones de la población con la administración civil y las autoridades encargadas del gobierno. La enseñanza del castellano a los indígenas posibilitó que el oficio de intérprete se fuera, poco a poco, conformando y adquiriendo un estado legal.

En las Leyes de Indias, recopiladas por Carlos III en 1776, en su Libro II, título XXIX, se recogen las catorce normas dictadas por Carlos V, Felipe II y Felipe III entre 1529 y 1630, referidas a las actuaciones de los intérpretes o «lenguas de yndios». Nada menos que ocho de ellas fueron decretadas por Felipe II, el gran rey ordenancista. Gracias a estas instrucciones conocemos las tareas que tenían asignadas los intérpretes y los actos en los que solían intervenir: otorgamiento de escrituras, declaraciones, confesiones y, en general, todo tipo de autos judiciales y extrajudiciales.

El intérprete era un cargo oficial, con la consideración de fedatario público, que tenía la obligación y el derecho de intervenir en todas las declaraciones judiciales de indios y estaba supeditado a un nombramiento oficial con fórmulas de juramento. En un principio, muchos encomenderos nombraban a sus criados —que no sabían castellano— como intérpretes que, en los actos administrativos, se limitaban a repetir las frases que les había dictado su amo. Ante las quejas de los jueces, Carlos I dispuso la obligatoriedad de que los indígenas pasaran un examen de castellano y de la lengua del lugar que tenía que ser aprobado por el cabildo de los indios. Una vez que fuere nombrado, el nahuatlato no podía ser removido sin una causa que lo justificara. Además tenían que ser sometidos a un juicio de residencia cuando la hubieren de dar los demás oficiales de las ciudades y cabildos en los que actuaban (título 13).⁸

⁸ Salvo en el caso de Michoacan, que por un privilegio especial el intérprete era propuesto por el cabildo indígena y el nombramiento aprobado por el virrey. Esta designación chocaba con los funcionarios españoles que preferían ser ellos quienes los eligieran, como de hecho ocurrió en no pocas ocasiones.

La designación era vitalicia y estaba dentro de los oficios «vendibles y renunciables», de manera que el titular tenía la propiedad del cargo y podía incluso cederlo (previa autorización) a un familiar.

Normalmente cobraban por trabajo realizado: de un interrogatorio de más doce preguntas, dos tomines, y «de doce preguntas y menos, un tomin y no más». Se les prohibía taxativamente recibir ninguna otra remuneración, —«aunque sean cosas de comer, ó beber»— (título 3)⁹. Cuando tenían que salir a negocios o pleitos fuera del lugar donde residía la Audiencia, cobraban de salario y ayuda de costa dos pesos; no percibían dietas ni de comida ni de alojamiento y les estaba vedado con fuertes multas que aprovecharan el viaje para hacer compañías o negocios por su cuenta (título 10).

Debían de acudir a los acuerdos, audiencias y visitas de cárcel, cada día que no fuere feriado y por las tardes tenían que presentarse en las casas del presidente y oidores de la Audiencia para asistirles, si eran requeridos para ello (título 4).

Los días de Audiencia habían de acudir a los oficios de los escribanos a las nueve de la mañana, para tomar la memoria que diere el fiscal, y llamar los testigos (título 5).

Tenían prohibido tratar con los indios que habían de acudir a los pleitos con anterioridad y durante los juicios (título 6), y no podían presentar causas en sus nombres ni ser sus procuradores (título 7).

El legislador ha de proteger a los indígenas de falsas traducciones de sus quejas. Por ello, los que tuviesen que declarar podían hacerse acompañar de un cristiano ladino, amigo suyo, «para que vea si lo que ellos dicen a lo que se les pregunta y pide, es lo mismo que declaran los naguatlatos, é intérpretes, porque de esta forma se pueda mejor saber la verdad de todo, y los indios estén sin duda de que los intérpretes no dexaron de declarar lo que ellos dixeron» (título 12).

6. ¿QUIÉNES EJERCIERON EL OFICIO?

Como es sabido, en Castilla el cargo desempeñado por el alfaqueque fue en muchas ocasiones transmitido de padres a hijos, lo que originó verdaderos linajes de intérpretes. Algunos fueron de noble cuna, como la dinastía de los Saavedra, que inauguró Juan Arias de Saavedra en 1439; otros tuvieron orígenes más modestos, como los Carrillo o los Cansino y los Rute, instalados desde el siglo XVI en el norte de África al servicio de jeques y sultanes. El Estado trataba así de garantizar la lealtad de los intérpretes al sistema. En el Nuevo Mundo, la situación se repetiría. Y, al igual que en la Península, prosperaron tanto descendientes de nobles como mestizos o indios puros.

⁹ El intérprete de las audiencias gozaba de un especial estatus a los ojos de los nativos. En teoría, debía mantenerse neutral ante las partes para garantizar así que en los asuntos de los indios se impartiera justicia como convenía, y las infracciones a este código de comportamiento (abundaban, por ejemplo las denuncias por soborno) eran sancionadas con los correspondientes castigos.

La familia que más destacó en la Nueva España fue la Alva Ixtlilxóchitl. Fueron sus fundadores Juan Navas de Peraleda, de quien solo sabemos que actuó como lengua, y Ana Cortés Ixtlilchóchitl, padres de Fernando y Bartolomé Alva Ixtlilxóchitl. Ana era mestiza: su padre era descendiente directo del gobernante texcocano Nezahualcoyotl, el vencedor de Cortés en la Noche Triste. Como hijos de español y mestiza, los hermanos Alva se educaron en ambas tradiciones culturales, dominando tanto el náhuatl como el castellano.

Fernando (1568-1648), siguió una carrera administrativa: fue juez gobernador de indígena de Texcoco (1612), intérprete del Juzgado de Indios y gobernador de Tlamanalco (1621). Con objeto de dar a conocer a los españoles su nación redactó, entre otras obras de menor importancia, una *Relación Sumaria de la Historia General de la Nueva España* (c. 1600); una *Historia de Chichimeca*, y un *Compendio histórico de los reyes de Texcoco* (c1608).

Bartolomé, su hermano pequeño, dedicado a la letras y a la enseñanza, escribió un confesionario bilingüe náhuatl-castellano para uso de los sacerdotes¹⁰ y tradujo al náhuatl obras de teatro coetáneas de Calderón de la Barca y en prosa, de Lope de Vega y de Mira de Amezcuca.

Así pues, dos hermanos, hijos y nietos de intérpretes españoles (nacidos ya en la Nueva España), sirvieron de traductores e intérpretes no sólo en las transacciones diarias de las audiencias y en la evangelización de la Nueva España, sino que el uno tradujo al castellano la historia de su linaje, y el otro tradujo al náhuatl las obras de teatro que se estaban escenificando en esos mismos años en España.¹¹

Otros, como Hernando de Alvarado Tezozómoc, indio puro, nieto de Moctezuma, actuó en diversas ocasiones como intérprete de nobles mexicas en la real audiencia de México de la que tal vez fue intérprete oficial. Bilingüe, escribió para las dos culturas. Para los indígenas redactó en 1609 en nahualt la *Crónica Mexicayotl*, y para los españoles una *Crónica Mexicana* escrita hacia 1598.¹² En 1600, este nieto de Moctezuma se vistió como su abuelo para representarlo en una farsa que se hizo ante el virrey en México. Fue un perfecto mediador: intér-

¹⁰ Bartolomé de Alva, *Confessionario mayor y menor en lengua mexicana y platicas contra las supresticiones [sic] de idolatria, que el día de oy an quedado a los naturales desta Nueva España, è instruccio n de los Santos Sacramentos &c.* México D.F.: Imprenta de Francisco Salbago, 1634. En Michoacán el oficio de «intérprete general» de la provincia fue ocupado de manera hereditaria por miembros de una familia noble indígena de Pátzcuaro, los Salazar.

¹¹ El cacique don Juan de Sotomayor fue intérprete desde 1676; le siguió su primo, el también cacique don Nicolás de Cáceres Huitziméngari en 1692. La línea hereditaria se interrumpió en 1724, cuando se nombró a don Pedro de la Cruz Nambo, a quien sucedió su hijo Nicolás hacia 1743. Se trataba de personajes distinguidos, porque don Juan fue gobernador de Pátzcuaro en 1682; don Nicolás tuvo este honor en 1678, 1681, 1682 y 1696; don Pedro cumplió su obligación en 1712, 1716 y 1719 y su hijo don Nicolás en 1752 y 1753.

¹² No fueron publicadas hasta 1878.

prete de lenguas para los pleitos entre indígenas y españoles e intérprete teatral para mostrar a los españoles quien fue su abuelo.¹³

En general el oficio de intérprete fue ejercido por indígenas o mestizos educados en las escuelas franciscanas.

7. LA «HISTORIA PÓSTUMA»: POCAHONTAS Y JUAN ORTIZ

¿Qué fue de estos intérpretes? Salvo en el caso de Gerónimo de Aguilar y de Gonzalo Guerrero desconocemos el devenir del resto de los lenguas de esta primera etapa. Aguilar fue recompensado por Cortés en 1526 con tres encomiendas al norte del valle de México. Guerrero murió en 1536 luchando contra los españoles. Hoy en día es el héroe de Quintana Roo.

En cambio, las aventuras y desventuras de estos náufragos abandonados a su suerte y cautivos de los indígenas americanos fueron contadas y, a veces, noveladas por los cronistas. Así, por ejemplo, el cautiverio de Juan Ortiz, que dio lugar a una curiosa contaminación histórica.

Los comienzos de la conquista y colonización fueron difíciles para todas las potencias europeas. Los gastos eran inmensos y era necesario mostrar en Europa los logros. Entre ellos, no era el de menor importancia «enseñar» a los indígenas, que, por supuesto, no eran bárbaros y podían adaptarse a las mil maravillas en el Viejo Mundo.

Baste recordar a los seis indios que Colón trajo de su primer viaje y el paseo triunfal por la Península: desde Palos a Barcelona; el rey del Congo que fue presentado con todos los honores en la corte lisboeta o la embajada que el rey don Manuel envió al Papa con elefante incluido. Todo europeo que se preciara tenía en su casa un «indio». A Bartolomé de las Casas, siendo aún niño, su padre le trajo un antillano que tuvo que devolver cuando los Reyes Católicos prohibieron la esclavitud. La novedad no se limitó a España. Montaigne también tenía su «barbaro» particular, que no era tan bárbaro como sus conciudadanos creían: a él le dedicó páginas preciosas en sus *Essais*.

La primera indígena que llegó a Inglaterra fue Mataoka, más conocida con el nombre de Pocahontas, «Pequeña licenciada», el mote que le pusieron de niña en su tribu sin duda debido a sus desinhibiciones sexuales. Poco se conoce de su niñez, salvo que era hija de una de las varias mujeres de Wahunsenacawh, más conocido como *jefe Powhatan*, la tribu más cercana a Jamestown, la primera ciudad que los británicos fundaron en la actual Virginia.¹⁴

¹³ Nacido hacia 1520 y murió después de 1610 en la misma ciudad donde nació. La misma que, allá por el año 1325, fundaron sus antepasados en un islote del lago Texcoco llamándola Tenochtitlán, pero que los españoles, desde 1530, bautizaron con el nombre de Ciudad de México.

¹⁴ Una historia de Pocahontas en el libro de Grace Steele Woodward, *Pocahontas*, Palma de Mallorca, 2006.

Debió de nacer hacia 1595. En marzo de 1611 Pocahontas fue capturada por los ingleses con la pretensión de que su padre la intercambiara por algunos prisioneros que tenía en su poder. Wahunsenacawh soltó a los cautivos, pero no tuvo el más mínimo interés en recuperar a su hija, quien, según Thomas Dale, prefirió quedarse entre los blancos a la vista de que su padre la valoraba «menos que viejas espadas, monedas y hachas».

Pocahontas fue conducida al nuevo poblado Henricus, donde no solo aprendió a hablar inglés, sino que también se convirtió al cristianismo, recibiendo el nombre de Rebeca. Al poco de llegar, Pocahontas conoció a un viudo John Rolfe, un empresario del tabaco, que al punto consideró pedirla en matrimonio, no sin vencer sus escrúpulos de conciencia, como aclaraba en una carta al gobernador en la que le pedía permiso para casarse con ella, expresando tanto su amor como la posibilidad de salvar su alma.¹⁵ Tras recibir el beneplácito del gobernador, Pocahontas y Rolfe se casaron el 5 de abril de 1614 y un año más tarde, el 30 de enero de 1615 nació su único hijo Thomas. Todo parece indicar que la boda, a la que asistieron como testigos el jefe Powhatan y una nutrida representación indígena, creó un clima pacífico entre los colonos de Jamestown y las tribus vecinas durante largos años. Como aseguró Ralph Harmor en 1615, desde la boda «tuvimos comercio amistoso y no comerciábamos solamente con Powhatan, sino también con sus súbditos».¹⁶

Los patrocinadores de los colonos de la Compañía de Virginia empezaron a tener dificultades para atraer nuevos plantadores e inversores a Jamestown. En una junta municipal los vecinos de Henricus decidieron usar a Pocahontas como incentivo y evidencia para convencer a los británicos que los nativos del Nuevo Mundo podían ser «domesticados». Antes de organizar la marcha solicitaron de John Smith, uno de los primeros colonos de la Compañía que entonces se encontraba en Inglaterra, que escribiera a la Reina Ana recomendando a la pareja y rogando que Pocahontas fuera tratada con el respeto de un visitante de la realeza.

En 1616 la familia Rolfe viajó a Inglaterra, llegando al puerto de Plymouth el 12 de junio, desde donde viajaron a Londres en carruaje. Iban acompañados por un grupo de alrededor de once nativos Powhatan y del chamán Tomocomo. Pese a que el rey Jacobo había sido contrario al matrimonio, lady Rebeca fue tratada en Londres con todos los honores y recibida en Whitehall el 5 de enero de 1617, donde asistió a una representación de la *Visión del Paraíso* de Ben Johnson. Tal acontecimiento mereció que Pocahontas fuera retratada por el pintor de corte Simon van Passe. Ni que decir tiene que también fue agasajada por la familia de Rolfe cuya casa visitó.

¹⁵ Los textos de los primeros colonos ingleses en Norte América citados a continuación los he obtenido en. *First Hand Accounts of Virginia, 1575-1705*. [Original Spelling Versions] en *Virtual Jamestown Project*. Rolfe, Letter to Thomas Dale, p. 851.

¹⁶ *Ibidem*, Harmor, *True Discourse*, p. 809.

En marzo de 1617 los Rofle se embarcaron en Londres para regresar a Virginia. Al poco de zarpar Pocahontas se sintió indispueta; pronto se descubrió que tenía viruela. Murió el 21 de marzo a los 21 años de edad. Un día más tarde se celebró el funeral en la parroquia de San Jorge de Gravesend. Se desconoce donde fue enterrada.

Hasta aquí la historia de Pocahontas. Veamos ahora la de de Juan Ortiz. El Fidalgo de Elvas¹⁷, en los capítulos VIII y IX de su crónica narró con detalle el encuentro de Hernando de Soto con Juan Ortiz, que el mismo como participante de la expedición había presenciado, así como algunas anécdotas de su vida en cautiverio. Náufrago de la expedición de Pánfilo de Narváez, como se señaló más arriba, logró Ortiz, junto con otro compañero cuyo nombre desconocemos, desembarcar de su humilde bote en una playa de la costa sur de la bahía de la actual Tampa cerca de una aldea dominada por el cacique Ucita. Los españoles fueron mal recibidos por los aborígenes: el acompañante de Ortiz murió asaeado y el mismo resultó gravemente herido. Quizá como un acto ritual, ordenó Ucita colocar al superviviente sobre unas barras a modo de pira para proceder a su ejecución. Cuando estaba a punto de ordenar que se prendiese fuego, su hija Ulele, arrojándose sobre el español, rogó a su padre que le perdonase la vida con un argumento irrefutable: un solo hombre poco daño podría hacerles. Accedió Ucita a la petición e incluso consintió que le fuesen curadas sus múltiples heridas. Convertidos en amantes, Juan Ortiz vivió junto a Ulele durante tres años gozando de una cierta tranquilidad hasta que un buen día Ulele le advirtió que su padre, cambiando de opinión, había decidido matarlo. Temerosa, la india lo aconsejó que se fuese con el cacique Moscoço, buen amigo de ambos, y al anochecer lo acompañó hasta indicarle la dirección que había de seguir para salvarse. Por dos veces la joven Ulele había librado la vida del español.

En 1624 salía de las prensa el tercer libro de John Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles*, donde Smith contaba, de nuevo, cómo había sido capturado por los Powhatans. A diferencia de las versiones anteriores, ahora resultaba que cuando, tumbado sobre una piedra, estaba a punto de ser ejecutado, la joven Pocahontas se había arrojado encima de él pidiendo a su padre clemencia. Esta valerosa acción le salvó la vida. Desde entonces, según Smith, Pocahontas fue la más fiel aliada de los ingleses, pues no solo les indicó dónde podían encontrar comida, sino que también, y eso era más importante, les advirtió de los planes de los Powhatans. Una historia casi idéntica a la de nuestro náufrago Juan Ortiz.

¹⁷ Véase mi trabajo, «De Jerez de los Caballeros al Misisipi. Hernando de Soto en la *Relación* del Fidalgo de Elvas» en Jacobus. Para el texto del Fidalgo he manejado la edición de M^a de Graça Mateus Ventura, citada en la Bibliografía.

Pronto se descubrió la superchería, pues el bueno de Smith ya había inventado una historia similar cuando relató que en 1602, capturado por los turcos, había sido rescatado en Hungría por la intervención de una bella jovencita hija también de un noble.¹⁸ Los defensores de Smith han señalado que sus dos primeros libros, *A true Relation of such Occurrences and Accidents of Noate as hath Hapened in Virginia* y *A map of Virginia*, publicados en 1608 y 1612, eran de interés etnográfico y geográfico mientras que éste era más literario y por ello se podía permitir esas licencias. Unas licencias que recordaban de alguna manera a viejas historias como la de Medea, la hija del rey Eetes que salvó la vida de Jasón con quien se fugó o la de Ariadna o la de la hija de Minos, que con su hilo condujo a Teseo a través del laberinto.

¿Cuál fue la fuente que inspiró a Smith esta curiosa anécdota? Ni más ni menos que la lectura de la *Relación* de la jornada de la Florida del Fidalgo de Elvas, que Richard Hakluyt había traducido e incluido en 1609 en su *Colección* de viajes con el sugestivo título, *Virginia richly valued by the description of the Maine land of Florida her next neighbour, out of foure yeers continuall travvell and discoverie for above ne thousand miles est and west of don ferdinando de Soto, ans six hundredable menin his companie. Wherein are truly observed the riches and fertilitie of those parts abounding with things necessarie, pleasant, and profitable for the life of man; with the nature and dispositions of the inhabitants. Written by a Portugall gentleman of Elvas, employed in all the action, and translated out of Portugueses by Richard Hakluyt*. El texto tuvo enorme éxito, como demuestra el hecho de que se hiciera una segunda edición dos años más tarde con un título más corto, *The worthy and famous historie of the travailles, Discovery, and conquest of terra Florida*.¹⁹

Smith no necesitaba adornarse. Era un hombre muy conocido. De joven, por sus aventuras como soldado de fortuna en la Europa oriental y el norte de África; había sido el primer Presidente de Virginia y más tarde el descubridor en Maine de la bahía de Massachusetts, a la que llamó Nueva Inglaterra. Sus libros y su mapa de Virginia gozaron de enorme éxito. Los más piadosos con su persona han querido ver en la suplantación un deseo de ensalzar a Pocahontas y a sus gentes para animar a los ingleses a cruzar el Atlántico.

Fuera por ello o por pura vanidad, la realidad es que Smith hizo famosa a Pocahontas, pero no en su época, sino mucho más tarde. A comienzos del siglo XIX cuando los americanos del Norte, independizados de los ingleses, necesitaban héroes, recordaron a Pocahontas y reinventaron su historia de amor

¹⁸ Así en Karen Ordashl Kupperman, *The Jamestown Project*, Cambridge, Harvard, 2007, págs. 51-60.

¹⁹ Las hazañas del sevillano fueron también narradas por el Inca Garcilaso y por Gonzalo Fernández de Oviedo. Cualquiera de esos tres textos, que conocía Hakluyt con quien Smith tenía contactos, fueron los que sirvieron de base al inglés para embellecer su curriculum.

con Smith y su posterior matrimonio con Rolfe, que solo se casó con ella para entroncar con la nobleza local.²⁰ Huelga decir que cuando en 1840 se erigió el Capitol en la Rotonda se colocaron unas metopas de John Gadsby Chapman representando la historia de Pocahontas, desde su intervención para salvar a Smith hasta su conversión y bautismo. En el siglo pasado la Compañía Disney produjo dos películas narrando la historia en la que, por supuesto, nuestro Juan Ortiz no aparece ni por asomo.²¹

²⁰ John Davis *Travels in the United States of America*, pág. 291.

²¹ En 1995 y 1998 las de Disney, y en 2005 *El Nuevo Mundo* de Terrence Malick.

BIBLIOGRAFÍA

Arenas, Pedro de, *Vocabulario manual de las lenguas castellana, y mexicana*, La Puebla de los Angeles, en la oficina de don Pedro de la Rosa, en el portal de las Flores, 1793.

Avonto, L. «El Bachiller de la Cananea: un misterioso «Rey Blanco» en los albores del Brasil», *Revista de la Universidad de Montevideo*, Año 1, N°. 1, 2001

Davis, John, *Travels in the United States of America*, Londres, R. Edwards, 1803.

Díaz de Castillo, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Benito Cano, 1795.

Fernández de Oviedo, G. *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1959.

First Hand Accounts of Virginia, 1575-1705. [Original Spelling Versions] en *Virtual Jamestown Project*. En red: <http://etext.lib.virginia.edu/etcbin/jamestown-browse,id=J1009>.

Ordashl Kupperman, Karen, *The Jamestown Project*, Cambridge, Harvard, 2007.

Relação verdadeira dos trabalhos que o governador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no descobrimento da provincia da Florida. Agora novamente feita por un Fidalgo de Elvas, texto, introducción, notas e índices de M.^a Graça Mateus Ventura, Lisboa, Colibrí, 1998.

Steele Woodward, G., *Pocahontas*, University of Oklahoma Press, 1969.

Varela, C. y Gil, J., *Cristóbal Colón, Textos y Documentos Completos. Nuevas Cartas*, Madrid, Alianza, 1992.

Varela, C., «De Jerez de los Caballeros al Misisipi. Hernando de Soto en la *Relación* del Fidalgo de Elvas» en *Jacobus*. 25-60, Homenaje a J. Verisimo Serrão. 2009.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LOS MITOS CLÁSICOS
EN LA AMÉRICA DEL SIGLO XVI**

JUAN GIL

LOS MITOS CLÁSICOS EN LA AMÉRICA DEL SIGLO XVI

JUAN GIL

*Catedrático de Filología Latina
Real Academia de la Lengua*

En el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo desempeñaron un papel de primera importancia los mitos grecolatinos. Rara es la crónica del siglo XVI en la que no suene, de un modo o de otro, el eco de la Antigüedad clásica. Unas veces nos salen al paso aguerridas amazonas, las mujeres flecheras de una sola mama, haciendo frente gallardamente a los españoles; otras, el recuerdo de los terribles grifos espanta a los conquistadores, que se apresuran a poner pies en polvorosa al advertir un posible rastro de sus huellas; aquí, la expedición parte jubilosa en demanda del país donde la arena es oro puro; allá, se busca con ahínco una fuente que devuelve a los hombres la eterna juventud. Toda la historia de la conquista viene a ser una búsqueda persistente, tenaz, a veces angustiosa, de mitos que prometían a los míseros mortales gloria, felicidad y riquezas sin cuento. Eso sí, el supremo bien no puede alcanzarse sino a costa de sufrir penalidades infinitas, incluso a riesgo de la propia vida.

A poco que se reflexione, esta imbricación indisoluble de historia y mito tiene su razón de ser: una razón evidentísima. Colón murió en 1506 con la convicción de haber descubierto las Indias (Indias en plural, porque Ptolomeo había dividido la India en dos partes: la India aquende el Ganges y la India allende el Ganges: lo que hoy sería el Pakistán, la India y el Sureste asiático). Y de las Indias los geógrafos antiguos habían contado muchas y muy variadas cosas, siempre con marcada tendencia a exagerar y mezclando, como suele suceder, lo visto con lo no visto. En el s. V a.C. Heródoto habló del desierto de arenas de oro, guardado por hormigas del tamaño de zorras. Al final del s. IV a.C. algunos historiadores de Alejandro, para magnificar las hazañas de su rey, mintieron descaradamente e incluyeron a las amazonas entre los pueblos sometidos, narrando sin sonrojarse

que su reina, Talestris, se había presentado ante el macedonio con la pretensión de tener un hijo suyo. En el s. I d.C. Plinio el Viejo hizo una extensa y pormenorizada relación de los pueblos monstruosos que habitaban la India: hombres con cabeza de perro (cinocéfalos), hombres sin cabeza (acéfalos) y con ojos en los hombros (esternoptalmos), hombres de un solo pie con el que se protegían del sol abrasador (esciápodes), hombres que tenían el empeine al revés (opistodáctilos), etc. Los tres primeros pueblos (el cuarto es el no menos fabuloso y distante Gran Kan) ilustran el frontispicio del *Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la Tierra Santa* de Juan de Mandeville impreso en Valencia en 1524; y es de notar que, como reclamo publicitario, el impresor anunció en esa misma página: “Compre este libro y sabrá cosas que s’espantará”. Pues bien, no menor asombro sintieron los españoles en el siglo XVI al contemplar las inmensidades del Nuevo Mundo.

Por tanto, lo que hoy llamamos un tanto despectivamente mitos tuvieron una vez valor de ley, dado que no los presentó en sociedad un libro de aventuras, sino que los propaló como un dogma la ciencia grecolatina, una ciencia discutida, criticada y ridiculizada a veces, pero no por ello menos ciencia. Al tesoro mítico con que se aureolaban aquellas regiones vino a añadirle la religión un broche de oro con el refrendo incalculable de los tres credos monoteístas, cuando la mayoría de sus teólogos decidió emplazar el Paraíso Terrenal al Este de Asia. Fue así como el halo legendario de la India (insisto: la India entendida en su sentido más lato) acabó por apoderarse de la realidad. Quien pisó el suelo hindú, dio más crédito a lo que contaban las tradiciones seculares que a lo que veían sus propios ojos. Los viajeros no se atrevieron a bregar contra corriente, quizá por miedo a que se dudase de la veracidad de sus relatos si no referían maravillas. De esta suerte, el peso de la tradición intimidó a Marco Polo, a Ibn Battuta, a Nicolò de’ Conti: los tres recordaron la isla de las amazonas al acercarse a la isla de Socotorá, los tres se rindieron a lo maravilloso al describir el Sureste asiático. De esta suerte nació, pero con varios siglos de anterioridad, el *Orientalism* denostado por Edward Said, que se ciñó casi en exclusiva a estudiar su pernicioso influjo en la historia colonial moderna.

Si esto fue así, ¿qué tiene de extraño que Cristóbal Colón se dejara embriagar por los portentos de la India al navegar por el mar de las Antillas? La cercanía al Paraíso Terrenal demostró sus benéficos efectos con hechos bien palpables que el primer almirante se encargó de destacar convenientemente. En efecto, su gente no enfermó durante el primer viaje, antes bien, hasta sanó un hombre que sufría del riñón. El propio Martín Alonso Pinzón, el curtido y sensato marinero, se dejó seducir por las grandezas y maravillas de Asia. En la arenga que lanzó a los vecinos de Palos, poco dispuestos a alistarse en un viaje de resultado muy incierto, el palermo acarició los oídos del pueblo con promesas de riquezas infinitas:

Amigos que andáis aquí misereando, andad acá, íos con nosotros esta jornada, que avemos de descubrir tierra con la ayuda de Dios que, segund fama, avemos de fallar las casas con tejas de oro, y todos vernéis ricos e de buena ventura.

“Segund fama”, adviértase bien, esto es, según la tradición. Pinzón no había leído el libro de Marco Polo, donde se afirmaba que el palacio del rey de Cipango estaba recubierto de oro fino y que los templos de aquella isla se techaban no con plomo, sino con plata. Tan reconfortante noticia le había llegado a Martín Alonso de segunda o tercera mano, bien de viva voz, bien por haber visto alguna leyenda alusiva en un mapamundi coetáneo.

Esta “fama” prendió asimismo en aquellos hombres que andaban “misereando” en las costas onubenses, como decía gráficamente Pinzón, unos infelices que, visto el feliz resultado del primer viaje colombino se enrolaron alegremente en 1493 pensando hacer fortuna inmediata, en la idea de que “el oro era a coger con pala... e todo a la ribera del mar, que no avía más salvo echarlo en las naos”. Esta vana ilusión revela de manera paladina la sustancia de sus sueños. ¿No era esa la arena aurífera de la que había hablado Heródoto? ¿No se cogía así, a espaldas, sin el menor esfuerzo, el oro en la playa de Ofir?

Advirtió el almirante, muy puesto en razón, que él no había hallado “ombres mostrudos, como muchos pensavan”. Esta ausencia de razas portentosas había extrañado ya a otros viajeros como fray Odorigo de Pordenone y Nicolò de’ Conti. A pesar de todo, por las páginas del Diario de abordaje palpitan a cada paso las tradiciones clásicas, como tendremos ocasión de comprobar. Todos, desde el almirante hasta el último grumete, creyeron a pie juntillas que se había descubierto la isla soñada: Haití (Feyti) fue identificada con dos países míticos: Cipango y Ofir. En 1495 Bartolomé Colón creyó haber descubierto en la Española las minas construidas por los enviados del rey Salomón. El 3 de febrero de 1500, pocos días antes de ser apresado por Francisco de Bobadilla, Colón escribió a los Reyes Católicos una carta que fechó “en la isla Española, *olin* Ofir, *uel* Feití”.

Tras este necesario preámbulo, ya es hora de centrarse en el tema que hoy nos ocupa. Mas antes de proceder a su análisis, conviene resaltar una serie de características comunes a los mitos de los que vamos a tratar.

En primer lugar, se trata de mitos imperecederos, ya que tocan cuestiones tan esenciales para el hombre como el acceso a la inmortalidad, la posesión de riquezas infinitas o la posibilidad de llevar una vida dichosa en un paraíso terrestre. De aquí se infiere que, por virtud de su propia perdurabilidad, los mitos, en vez de morir, se trasladan de lugar, ya que, una vez que se ha comprobado su inexistencia en el territorio explorado, se refugian en lo que está más allá, en lo que todavía no ha sido descubierto. Por esta razón el mito es esencialmente algo propio de la frontera, de ese límite siempre huidizo e inestable tras el cual comienza lo desconocido.

Así lo fue ya en Grecia. Los mitos florecieron en el Norte de Europa; en la India en su sentido más lato y en el Sur de África. De todas estas regiones se predicaron parecidas fábulas. En las tres se pensó que había oro infinito; de los habitantes de las tres se dijo que vivían una infinidad de años, y a las tres se atribuyó una proliferación sin igual de monstruos desafortunados. Así fue ayer. Hoy los mitos de la frontera se han trasladado al espacio sideral, como lo prueban de manera fehaciente las películas de ciencia ficción, que se nutren de seres y personajes inventados por los griegos.

Los mitos, además, enseñan una moraleja: nada se puede lograr sin esfuerzo. Para conseguir el oro hay que luchar con grifos o con hormigas gigantes, o bien hacer frente a hombres no menos monstruosos. El viaje se transforma, así, en una especie de rito iniciático en el curso del cual el viajero debe salir airoso de unas pruebas terribles.

Finalmente, los mitos se enortijan unos con otros. Basta con que aparezca uno de ellos para que, tras él, salgan en tropel los demás. El encuentro con un monstruo es señal inequívoca de que se está cerca del objetivo: la tierra maravillosa con cuyas riquezas y bondades se podrá disfrutar de una vida regalada. De ahí el júbilo, no exento de temor, con el que registraron los conquistadores la existencia de animales o seres humanos portentosos. Donde hay Amazonas, por fuerza habrá pigmeos, acéfalos y demás ralea prodigiosa, pero allí también se encontrará la mina inagotable de oro, perlas, diamantes y demás pedrería.

Los tres mitos de los que vamos a hablar viajaron a América en las naves de Cristóbal Colón. Fueron fruto de la época en que, por una alucinación colectiva, se vieron reflejadas las Indias en el Nuevo Mundo.

1. LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

El primer mito que perturbó la mente de los conquistadores fue la existencia de una fuente que devolvía a los hombres la juventud. Para su cabal comprensión, no hace falta sino abrir el Diario del primer viaje colombino por la página en que se refiere la arribada a tierra.

Estallan el júbilo y la admiración de los marineros cuando, tras dejar atrás en España un campo agostado por el sol, desembarcan en una isla de exuberante vegetación, un paraíso de verdor y lleno de aromáticas fragancias en el que suenan por doquier los trinos incesantes de los pajaritos. Mas también salen a su encuentro hombres amables y pacíficos, así como sociables mujeres, todos en cueros, con una desnudez virginal. He aquí la descripción que hizo el primer almirante de las Indias del aspecto que tenían los aborígenes de Guanahaní:

Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres... Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de

más de XXX años, muy bien hechos, e muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de cavallos.

De esta descripción nos interesa sobremanera ese detalle de que todos los indios “eran mancebos”. Salta a la vista la intención del almirante al anotar este pormenor. Los hombres que viven a la vera del Paraíso Terrenal por fuerza han de beneficiarse de sus efluvios bienhechores, y este influjo se traduce en que viven un sinfín de años, si no es que se conservan siempre en perfecta juventud. Recuérdesse que ya habíamos encontrado ejemplos insignes de longevidad en las fronteras míticas del mundo antiguo: por esta razón unos etíopes fueron llamados Macrobios (“los de lengua vida”); y en la India se dijo que los atacoros (deformación del país legendario hindú de Uttara Kuru) alcanzaban quinientos años de edad o más, hasta al punto de que algunos de ellos, presas de hastío, ponían fin voluntariamente a su aburrida existencia.

Colón destacó otro detalle fundamental al observar que ningún taíno tenía más de 30 años. La razón de este límite cronológico salta a la vista. A los 30 años, según la concepción medieval, el hombre llegaba a la edad perfecta. A esa edad había comenzado a predicar Jesús; esa edad tenía Adán cuando fue creado y con esa edad, según se pensaba, habría de resucitar el hombre cuando despertase de su sueño milenarismo al resonar con estruendo las trompetas del Juicio Final. Así lo dijo Berceo:

Cuantos nunca murieron en cualquier etat
Niños e eguados e en grand vege dat
Todos de treinta años, cuento de Trinidad,
Vernán en essi día ante la Magestat.

Si ningún taíno sobrepasaba la edad perfecta, si nadie se hallaba en el umbral de la melancólica vejez, es porque en la mente de Colón, aunque este no lo llegase a expresar claramente, se había asentado ya la idea de que aquellos taínos se hallaban en la eterna juventud. Obsérvese que Guanahaní pertenece al archipiélago de las Lucayas, las islas más cercanas a Florida; sus habitantes fueron, como resaltó Colón, una raza viril y apuesta, diezmada después por las razzias esclavistas de los españoles. Es claro que la hermosura de su complexión física impresionó vivamente al primer almirante de las Indias.

La longevidad puede ser un don de la tierra, pero también se consigue por otros medios. Un manjar o una bebida pueden procurar la inmortalidad. Narra la Historia legendaria de Alejandro que, en la incursión victoriosa de los macedonios por la India extrema, el cocinero que preparaba la cena al ejército quiso cocer unos peces en el agua cogida de una fuente; ante su sorpresa, los peces recobraron la vida al caer en el caldero. Una vez partidas las tropas de aquel lugar, se cayó en la cuenta de que esa agua era el agua de la vida, pero el hontanar maravilloso, desgraciadamente, quedaba ya muy atrás, y Alejandro no quiso

desandar sus pasos, ganoso de proseguir su serie incesante de conquistas. En la Edad Media se retomó esta vieja tradición en el gran poema épico dedicado al macedonio, *Le roman d'Alexandre*, si bien se le dio una mayor importancia. Al monarca le llegaron noticias de que existía una fuente milagrosa:

Hom qui a set vins ans, de noient ne vos ment,
Se un l'une se baigne et en l'eau descent,
En l'aé de trente ans revient hastieusement.

“Quien tiene siete veces veinte años, para nada os miento, si se baña y se mete en el agua, vuelve de inmediato a la edad de treinta años”.

Alejandro se aproxima a la fuente de la juventud, que impregna de un perfume embriagador los parajes circundantes en un radio de legua y media. Algunos de sus soldados veteranos hacen la experiencia, se bañan en el agua y recobran la lozanía de sus años mozos.

Con la leyenda alejandrina confluyó la tradición judeocristiana, según la cual se curaba de su enfermedad quien se bañase en la piscina probática de Jerusalén —una alberca para las ovejas; *próbaton* en griego significa ‘ganado menor’—. De esta guisa, quedó confirmada por varias vías la existencia de una fuente de la juventud, fuente que se situó en diversas partes del mundo. El gran falsario que fue Juan de Mandeville aseguró haber bebido tres veces de esa agua en la región de Polombe (Quilón, India), de lo que quedó muy reconfortado y lleno de nuevo vigor. Con los resultados de esta indagación volvamos ahora al Nuevo Mundo.

En 1511 Juan Ponce de León se hallaba no solo defraudado en sus expectativas, sino también indignado ante el curso de los acontecimientos. En vez de confirmarlo en sus privilegios como primer colonizador que había sido de Puerto Rico, don Diego Colón, el segundo virrey de las Indias, lo había despojado de su poder al nombrar alcalde mayor de la isla a Juan Cerón. Y, para colmo, en ese año el Consejo de Justicia de Castilla había dado la razón a don Diego, corroborándolo en la gobernación de la isla de San Juan. La única manera de encarrilar el negro futuro que se le avecinaba era emprender una nueva jornada. Incansable, Ponce volvió a España y consiguió del monarca una capitulación para el descubrimiento y población de la isla de Bimini (23 de febrero de 1512). Por diversas razones se atrasó la expedición. Por fin, el 3 de marzo de 1513 partieron del puerto de San Germán dos carabelas, el *Santiago* y la *Santa María de la Consolación* y el carabelón *San Cristóbal*, en búsqueda de aquella isla. Tras pasar por Guanahaní y el archipiélago de las Lucayas, la armadilla divisó tierra el 27 de marzo, domingo, Pascua de Resurrección. Cedamos ahora la palabra al único historiador que refirió este viaje, Antonio de Herrera, que escribió lo siguiente:

Y pensando que esta tierra era isla, la llamaron la Florida, porque tenía muy linda vista de muchas y frescas arboledas, y era llana y pareja; y porque también

la descubrieron en tiempo de Pascua Florida, se quiso Juan Ponce conformar con el nombre con estas dos razones.

El acento del nombre hoy ha sido alterado por los estadounidenses, quienes, en la idea equivocada de que el corónimo procede del latín, lo pronuncian como un esdrújulo, dado que tal es el acento que lleva el adjetivo latino de tres terminaciones *floridus-a-um*. Pero dejemos a los norteamericanos en su error y volvamos a Herrera. Su historia nos dice que Juan Ponce

fue a buscar la fuente de Bimini y en la Florida un río, dando en esto crédito a los indios de Cuba y a otros de la Española, que decían que, bañándose en él o en la fuente, los hombres viejos se volvían moços.

Por cuanto llevamos visto, no podemos dar la razón al gran cronista en este punto crucial. Juan Ponce fue víctima de un espejismo, sí, pero el mismo espejismo había cegado los ojos de Colón veinte años antes. El escenario en que se produjeron las dos alucinaciones fue el mismo: verdura infinita, eterna primavera, perenne juventud. En definitiva, los españoles buscaron en las Indias lo que ellos pretendían encontrar, sin necesidad de recibir indicaciones por parte de los indios, si bien algunas tradiciones aborígenes pudieron estimular sus deseos.

Juan Ponce no habló nunca de la fuente de la juventud, de la misma manera que Álvaro de Mendaña se guardó mucho de hacer alusión alguna a la isla de Salomón que había descubierto en el Océano Pacífico. Los conquistadores, por prudencia o timidez, fueron muy parcos en palabras. Mas habla por ellas el hecho de que en 1521 el adelantado, ya entrado en años, volviese a intentar la colonización de la Florida, una jornada fallida de la que regresó herido mortalmente de una flecha. Gonzalo Fernández de Oviedo, que asimismo prestó crédito a la existencia de una tradición indígena, se burló de la credulidad del adelantado. Según él, Juan Ponce “anduvo en busca de aquella fabulosa fuente de Bimini, que publicaron los indios que tornaba a los viejos mozos. Y esto yo lo he visto, sin la fuente, no en el sujeto e mejoramiento de las fuerzas, pero en el enflaquecimiento del seso e tornarse, en sus hechos, mozos y de poco entender; y d’estos fue uno el mismo Juan Ponce, en tanto que le turó aquella vanidad de dar crédito a los indios en tal disparate, y a tanta costa suya de navíos y gentes”.

Nadie escarmienta en cabeza ajena. En 1521 la corte española recibió con alegría las atractivas noticias que traía Lucas Vázquez de Aillón acerca de una tierra llamada Chicora, situada al norte de Florida, donde reinaba un gigante, Datha, en compañía de su no menos gigantesca mujer. También en la Española cundió el entusiasmo al anunciar Aillón su propósito de ir a descubrir las maravillas que encerraba aquel país en su seno. Una verdadera avalancha humana partió en 1526 de Puerto de Plata, tal y como había ocurrido en 1493. La expedición acabó en otro fracaso. Para nuestro objeto, importa señalar que los españoles asentaron su real en la ribera de un río llamado Jordán. Ahora bien, en la mitología popular

el río Jordán pasaba no solo por limpiar los pecados, sino también por sanar a los enfermos y devolver la juventud. Entre las muchas citas literarias que pueden aducirse a este respecto, baste traer a colación un delicioso pasaje de Ruiz de Alarcón, aquel en el que don Mendo rebaja la belleza de doña Ana achacando su lozana hermosura a untos y afeites: “Mil botes son el Jordán / con que se remoça y laba” (*Las paredes oyen* 998-999).

Herrera remató sus noticias sobre la fuente de Bímíni con estas palabras: “Oi porfían algunos en buscar este misterio, el qual vanamente piensan algunos que es el río que aora llaman Jordán, en la punta de Santa Elena, sin considerar que fueron castellanos los que le dieron el nombre el año de veinte, quando se descubrió la tierra de Chicora”. No reparó el cronista en que si los españoles le dieron ese nombre tan significativo al río fue por algo; y ese algo no pudo ser otra cosa que el convencimiento de que el bañarse en sus aguas proporcionaba la ansiada juventud.

2. LAS SIETE CIUDADES

Entre dos mitos griegos, no será mala cosa intercalar una leyenda ibérica. Durante la Edad Media, y aun antes, las fábulas de los navegantes poblaron de islas fabulosas el Atlántico (*San Brandán, Brazill, Antilia*, etc.). De ellas requiere ahora nuestra atención un mito exclusivamente hispanoluso, la isla de las Siete Ciudades, en cuya búsqueda zarparon con terca insistencia los marinos portugueses a finales del siglo XV; consta, al menos, que pidieron a don Juan II su descubrimiento Fernão Tellez (1474) y Fernão d’Ulmo (1486). Decía la leyenda que, después de la invasión de los musulmanes, el arzobispo de Oporto con sus seis obispos sufragáneos habían abandonado España, refugiándose en una isla en la que cada uno de ellos fundó una ciudad. Pero el arzobispo, que era un gran nigromante, cercó de espesa niebla toda su costa, a fin de ocultar su escondrijo a la codicia rapaz del enemigo y a la curiosidad del resto del mundo. Y se contaba también que, hacia 1447, una nave lusa, derrotada por una tormenta, había arribado a dicha isla. Sus habitantes, que seguían hablando portugués, preguntaron a los marineros si la Península se hallaba todavía dominada por el Islam; parece ser que aquella clausura insular en las Siete Ciudades habría de terminar cuando se acabase la Reconquista. Fuera como fuese, el contraestre del navío, previsor, se llevó unos puñados de arena de la playa, que vendió a un orfebre de Lisboa; y este, al refinar la arena, obtuvo de ella una buena cantidad de oro. Para eternizar la memoria de hecho tan increíble, la nueva quedó consignada en los archivos del Tombo por mandato del infante don Pedro, que era regente de Portugal a la sazón. Hasta aquí las noticias cronísticas.

Esta isla mágica de arena de oro es, sin duda, la isla Perdida de la que tanto se habló en la Baja Edad Media y por cuya posesión disputaron los castellanos

y los portugueses durante el concilio de Basilea; en definitiva, la isla de Ofir. La isla que jamás se ha de encontrar por más que se la busque figuró, curiosamente, en varios mapamundis: una notable contradicción que no arredró a los cartógrafos, otros mitómanos de primera clase. La dibujó desde luego, dándola por “muy conocida”, el gran astrónomo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli en la famosa carta de navegar, hoy desaparecida, que envió al canónigo lisboeta Martins. En 1492, puesta en la latitud de las Azores, fue representada en el no menos conocido globo de Martín Behaim. En 1507 apareció, con el nombre de *Antilia*, en el mapa con que Johannes Ruysch ilustró las viejas tablas de Ptolemeo. La cartografía, tan conservadora, conservó su recuerdo hasta la *Descriptio* del viaje de Drake que Iodicus Hondius publicó en Londres en 1589; en este mapa la isla de *Sept citez* (ahora, curiosamente, con el nombre traducido al francés) está situada un poco más arriba del trópico de Cáncer.

En la Península Ibérica, sin embargo, parece como si se hubiese perdido desde los tiempos colombinos la pista de las Siete ciudades. Durante décadas, nadie trajo a colación el nombre de aquella tierra cuyo pueblo, como decía Ruysch, vivía “abundoso en todas las riquezas de este siglo”. Pero la historia se mantuvo viva en la tradición oral, en estado latente, como diría don Ramón Menéndez Pidal. No sorprende, en consecuencia, que su magia volviese a renacer en boca no de un hombre de letras, sino de un negro de Azamor, Esteban de Dorantes, quien, como remate de un largo periplo de ocho años por tierras de Norteamérica, apareció en Sinaloa junto con Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y un séquito de indios, que iban en pos de los españoles creyendo en su condición de hombres milagrosos.

La entrada de tan singulares peregrinos en México, que se produjo el día de Santiago —25 de julio— de 1536, causó un profundo revuelo. Álvaro Núñez, además de referir cosas increíbles de tierras jamás holladas por los europeos, se las dio de chamán y proporcionó ensalmos milagrosos a los enfermos. Estebanico refirió maravillas no menos fantásticas de aquellas partes. Sus relatos impulsaron a Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, a solicitar el descubrimiento de una tierra tan rica. El virrey don Antonio de Mendoza accedió a su solicitud, a condición de que precediesen su entrada dos miembros de la Orden franciscana a fin de predicar allí el evangelio y, de paso, devolver a su patria a los indios que los habían acompañado. El 7 de marzo de 1539 salió de la villa de San Miguel (Culiacán) una vistosa comitiva, compuesta por fray Marcos de Niza, fray Onorato (que enfermó y tuvo que ser dejado en Petatlan), el negro Esteban y los indios libertados. El heterogéneo cortejo fue recibido a su paso por los diferentes poblados con gran júbilo y algazara. Enviado en avanzada tierra adentro, Estebanico mandó aviso al fraile de haber “topado gente que le dava relación de la mayor cosa del mundo”, pues en la primera provincia había nada menos que “siete çiudades muy grandes todas debaxo de un señor, y de casas de

piedra y cal grandes; la más pequeña, de un sobrado y açutea ençima, y otras de dos y de tres sobrados; y la del señor, de quatro sobrados...; y en las portadas de las casas prinçipales, muchas labores de piedras turquesas, de las quales... avía en grande abundançia; y... la gente d'estas siete çiudades anda muy bien vestida". La primera de estas ciudades se llamaba Cíbola, pero más adelante había otras provincias todavía más ricas (los reinos de Marata, Acus y Totontec).

Estebanico estaba describiendo —o, mejor dicho, magnificando— las aldeas de los indios pueblo de Zuñi, pero hasta qué punto su mente estaba ya imbuida de tradiciones hispánicas se echa de ver claramente en esta mención de las siete ciudades míticas, de las que habría oído hablar más de una vez a portugueses y españoles. Por esta razón se produjo en su cerebro, de modo inconsciente, una acomodación de la realidad a la leyenda.

Otro tanto le ocurrió a fray Marcos cuando le describieron por primera vez el bisonte. Según refirió al virrey, es este "un animal que tiene solo un cuerno en la frente, y... este cuerno es corvo hazia los pechos, y... de allí le sale una punta derecha, en la qual dizen que tiene tanta fuerça que ninguna cosa, por rezia que sea, dexa de romper si topa con ella". Fray Marcos, sin querer, se empeñó en convertir el búfalo en el rinoceronte que él sabía que existía en la India; ese *abada* que don Manuel de Portugal había enviado al Papa y que había dibujado Durero; y al hacer el cuerno recto y fortísimo se acordó también, de manera inconsciente, del arma invencible del todopoderoso unicornio. Otra transferencia más: al referir que los indios de Cíbola tenían "paletillas con que se raen y quitan el sudor", el fraile trasladó al Nuevo Mundo las estrígiles con que los antiguos limpiaban su cuerpo tras el pugilato o el baño.

A decir verdad, en fray Marcos y Estebanico se juntó el hambre con las ganas de comer: un hombre fantasioso se topó con otro ávido de oír fantasías. Lástima que la paz y armonía existentes hasta entonces se rompiesen con la muerte violenta del negro a manos de los indios; pero todavía el fraile, enfervorecido, llegó a divisar de lejos aquella ciudad de Cíbola, de la que contó maravillas: "A lo que me paresció desde un çerro donde me puse a vella, la población es mayor que la ciudad de México", y ello a pesar de ser Cíbola la más pequeña de las siete ciudades, de modo que, sin duda, la tierra "la mayor y mejor de todas las descubiertas". Después, desde la boca de una abra, el franciscano vio "siete poblaciones razonables algo lejos, un valle abajo muy fresco y de muy buena tierra", donde había mucho oro y joyas. Fray Marcos volvió a imaginar lo que quería ver, un fenómeno que se repitió muchas veces en el curso de la conquista de las Indias.

La expedición de Vázquez de Coronado (1540-1542) echó un jarro de agua fría sobre los ánimos enardecidos de los españoles, reduciendo las cosas a sus justos términos. Así describió la ciudad maravillosa el capitán Juan Jaramillo, que hizo una relación de la jornada:

El padre frai Marcos avía entendido —o dio a entender— que el çercuito e comarca en que están siete pueblos hera un solo pueblo que llamava él Çívola, e toda esta poblazón e comarca se llama Çívola. Los pueblos son de a trezientas e dozientas, e de a çient e çinquenta casas algunos. Están las casas de los pueblos todas juntas, aunque en algunos pueblos están partidos en dos o tres varrios; pero por la mayor parte son juntos, e dentro sus patios y en ellos sus estufas de invierno; e fuera de los pueblos las tienen de verano. Las casas son de dos e tres altos, las paredes de piedra e lodo, y algunas de tapias. Los pueblos por muchas partes son casamuro, para indios son demasiados de buenas casas, mayormente para estos, que son vestiales e no tienen otra poliçia sino en las casas.

3. LA ISLA DE LAS AMAZONAS

Retornemos de nuevo a los mitos griegos para terminar hablando de mujeres, pero no de mujeres normales. La amazona, violenta y amante del combate, encarna al antihéroe que, aliado con las fuerzas del mal, lucha contra quienes defienden el bien (esto es, contra los griegos que propagan el orden, la justicia y la civilización: Aquiles, Hércules, Teseo). Por ser representación de una virilidad antinatural, su figura repele y fascina a la vez a la mentalidad masculina: prueba de ello es que no hay epopeya en que no aparezca alguna de estas mujeres guerreras; y cuéntase que el suyo será uno de los pueblos inmundos que seguirán la bandera del Anticristo en las postrimerías del mundo.

El hábitat de las amazonas está ligado indisolublemente con el agua. Su antigua capital, Temiscira, estuvo emplazada a orillas del río Termodonte (Terme Tshai), uno de los ríos que desembocan en la costa oriental del Mar Negro. Tras las campañas de Alejandro Magno, la imaginación helenística, más burguesa y, por ello, más amante de la aventura que de la guerra, trasladó su asiento a una isla de la India, en la que vivían pacíficamente aisladas y tenían intercambio sexual una vez al año con los *gimnosofistas*, ‘los sabios desnudos’, esto es, los yoguis. En la Edad Media la isla de las Mujeres (*insula Feminina*) se desplazó a las cercanías de Socotorá, donde también se situó la isla de los Hombres (*insula Masculina*), sus compañeros accidentales, dado que su efímera unión tenía como único objeto asegurar la propagación de tan extraña especie.

Como no podía ser menos, Cristóbal Colón creyó oír hablar de amazonas en los primeros días de 1493, cuando emprendía el regreso a España. El 13 de enero un indio le informó de la existencia de “la isla de Matininó..., que es toda poblada de mugeres sin hombres, y... en ella ay mucho *tuob*, que es oro o alambre”. Al mismo tiempo, se le anunció que muy cerca de ella había otra isla llamada Carib. Al escuchar las dos noticias, la imaginación del almirante se disparó y proyectó sobre el par insular la tradición milenaria, identificando a Matininó con la *insula Feminina* y a Carib (= caribes) con la *insula Masculina*. El 16 de enero

refirió Colón no lo que le habían contado los indios, sino lo que él había leído u oído: “Era cierto que las avía [las mujeres sin hombres], y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que diz qu’estava d’ellas diez o doze leguas; y si parían niño, enbíávanlo a la isla de los hombres, y si niña, dexávanla consigo”. Bajo estas condiciones, en efecto, se producía el ayuntamiento de las amazonas con los yoguis (y sus descendientes medievales, los habitantes de la isla de los Hombres). Es lo que nos había referido, por ejemplo, Marco Polo:

Las mujeres no van nunca a la isla de los hombres, pero los hombres van a la isla de las mujeres y viven con ellas durante tres meses seguidos. Habita cada uno en su cada con su esposa, y después retorna a la isla Masculina, donde permanece el resto del año. Las mujeres tienen a sus hijos varones consigo hasta los XIV años, y después los envían a sus padres.

El viajero veneciano introdujo en su relato algunas variantes de bulto (mujeres y hombres son cristianos; la educación del hijo varón dura hasta su pubertad), pero las líneas fundamentales de la leyenda siguen siendo claramente reconocibles tanto en su narración como en la de Cristóbal Colón, quien, por cierto, tuvo que combatir con estas supuestas amazonas en su viaje de vuelta a España en 1496.

A partir de entonces, las amazonas pasaron a ser habitantes predilectas del continente americano, asociadas siempre a un contexto acuático. Primero se asentaron cerca del Dorado, en las riberas del Orinoco. Juan de Castellanos no puso en duda la fábula, aunque él, en el curso de su larga vida, jamás las hubiera visto, alegando como único argumento favorable a su existencia la posibilidad de que así fuera:

Pues en tan penitísimas regiones
Podría ser que vivan amazones.

Hasta un flemático inglés se dejó arrullar por estos cantos de sirena. Sir Walter Raleigh tuvo una entrevista con las amazonas del Orinoco, que se declararon muy dispuestas a aliarse en su lucha contra los españoles con la Reina Virgen, pues la soberana, por su soltería, no podía sino ganarse el favor de unas mujeres enemigas mortales del matrimonio. Tales fantasías quedaron escritas en su *Discovery of... Guiana* (1595).

Antes, Orellana creyó pelear con las hembras guerreras al descender en 1542 por el río al que dieron nombre. Un dominico, fray Gaspar de Carvajal, que nos dejó la historia del fabuloso viaje, nos proporcionó sabrosas noticias de aquellas amazonas: separadas por completo de los hombres, vivían a siete jornadas del río y daban muerte a los niños que parían si eran varones (otra versión, muy antigua, de la leyenda); su reina, Coñori, señoreaba sobre setenta ciudades labradas en piedra. A partir de entonces, el majestuoso Amazonas se convirtió en fiel guarida y refugio inescrutable de las mujeres flecheras. En 1622 o 1623 allí las encontró

—así dijo— un parlero irlandés llamado Bernardo O’Brien, que tuvo la gentileza de describírselas al rey Felipe IV:

Llegaron a tierra donde no vieron hombres, sino muchas mujeres, que los indios llaman *Cuña atenare*, que quiere decir ‘mugeres varoniles’... Estas tienen las tetas derechas chicas como los hombres con artificio, de modo que no crecen, para tirar las flechas, y las izquierdas largas como otras mugeres. Están armadas como los indios. Su reina, que se llama *Cuña Muchú*, que quiere decir ‘muger’ o ‘señora grande’, estaba entonces en una isla del río.

Mujeres guerreras se vieron después en otras partes de la América meridional, sobre todo en la comarca que limita con los ríos Paraguay y Mamoré, pero también en la tierra de los Césares.

Como no podía ser menos, el reino de las amazonas se desplazó también hacia el Norte del continente americano. En una carta escrita en 1524 Hernán Cortés diseñó, con mirada de águila, los límites y áreas de influencia de lo que habría de ser el virreinato de la Nueva España. El conquistador fue muy consciente de las posibilidades de expansión marítima que le ofrecía el anchuroso Pacífico, pero en este punto se dejó vencer otra vez por el mito. Según comunicó al rey Carlos I, a diez jornadas de Ciguatán había una isla

toda poblada de mujeres sin varón ninguno, y... en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso; y las que quedan preñadas, si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía... Dícneme asimismo que es muy rica de perlas y oro.

Llama la atención la insistencia que pusieron los informantes (primero Colón y después Carvajal, O’Brien, Cortés *e tutti quanti*) en resaltar la periódica pero efímera actividad sexual de aquellas hembras; era la manera de certificar a sus corresponsales (en todos los casos, el rey) la autenticidad de las amazonas que habían encontrado: todas las noticias obtenidas sobre ellas se ajustaban a las normas del mito, luego quedaba excluida la posibilidad de una superchería. La fantasía llegó a más. En un libro de caballería entonces muy en boga, las *Sergas de Esplandián*, aparecía una isla llamada California, “muy llegada al Paraíso Terrenal, la qual fue poblada de mugeres negras, sin que algún hombre varón entre ellas hubiese”. Si esa California se encontraba próxima al Edén, por pura lógica tenía que estar emplazada en el Pacífico. El paso siguiente, muy fácil de dar, consistía en acercar la isla lo más posible a la Nueva España. No extraña, entonces, que aquellos hombres, que vivían en un mundo maravilloso poblado de Amadis y Esplandianes, diesen el sonoro nombre de California a una península que ellos consideraron en un principio isla, poblándola de amazonas y haciéndola riquísima en oro.

Las mujeres guerreras no tardaron en hacer aparición, esta vez un tanto vergonzante, allí donde por primera vez se fijó su paradero. En 1529 el envidioso

Nuño de Guzmán, tratando de emular infructuosamente a Cortés, despachó al capitán Gonzalo López a descubrir la región de los chichimecas en la Nueva Galicia. Se anunció a los españoles que las amazonas se encontraban en Ciguatán, más o menos donde las había situado Cortés. López, deseoso de emular a Alejandro Magno, se armó de punta en blanco para entrar en combate; sin embargo, el porte pacífico de las mujeres que salieron a su encuentro lo sacó pronto de su error, con lo que se evitó hacer un ridículo morrocotudo. El chasco del capitán frenó asimismo el entusiasmo del gobernador. Nuño de Guzmán, hablando una vez de las mujeres de Ciguatán, aseguró a Gonzalo Fernández de Oviedo que “era muy gran mentira decir que son amazonas, ni que viven sin hombres”.

Hernán Cortés intentó una y otra vez la conquista de California, siempre en vano. Siguieron su ejemplo otros españoles, también sin éxito. El magro resultado de estas expediciones no respondió ni mucho menos a las expectativas creadas; pero al menos se pudo comprobar que esa tierra, fuera isla o continente, como había asegurado Alarcón, no era la morada de las mujeres guerreras buscadas con tanto ahínco.

De esta suerte, la isla de las amazonas se adentró algo más en el Pacífico. En el centro del Océano la situó en 1632 Nicolás de Cardona, un hombre interesado en explotar las pesquerías perlíferas de California:

En una isla que está en medio de aquel mar ay una población famosa, y... es reina y gobernadora d’ella una muy alta muger, que, según señalaron su estatura, es como de un gigante; y... tray colgada de la garganta... muchas sartas de... perlas gordas; y... la reina suele hacer polvo d’ellas y mezclar en las bebidas.

La reina se ha convertido por arte de birlibirloque en una gigante (recuérdese que así se llamaba la estatua de la Fe que coronaba la Giralda sevillana); y a esta mujer de tamaño exagerado se le atribuye una extravagante costumbre que sucedió una vez realmente, pero en el mundo antiguo. La anécdota es curiosa: la reina Cleopatra se apostó con Marco Antonio a que se bebería diez millones de sesteracios de una vez; y ganó la apuesta, tragándose disuelta en vinagre una perla valorada en ese precio. De nuevo vemos cómo la imaginación de los conquistadores se nutría del rico acervo de anécdotas plausibles o inverosímiles que procuraba el mundo clásico, muy dado a sermonear sobre la excentricidad femenina.

A finales del siglo XVI la isla en cuestión retrocedió todavía más hasta situarse en los aledaños del Japón. La tradición siguió siendo la misma, si bien sufrió un retoque exótico. Los mercaderes del Japón que traficaban allá en un determinado momento del año notificaban su llegada a la reina. Las mujeres, entonces, acudían a la playa en número igual al de los hombres y ponían en la playa sus zapatos; a continuación desembarcaban los hombres y cogían cada uno un zapato al azar. Así, a ciegas, se hacía el sorteo amoroso. Es llamativo que, en el último tumbo que dio la isla de las amazonas, el acoplamiento tuviese lugar

sin mediar una palabra previa, casi por virtud de un trueque mudo, un tipo de comercio que se dio en varios lugares del mundo, entre ellos en África y, según los autores clásicos, también en China. “Esto se me hace dificultoso de creer”, escribió cargado de razón el agustino Juan González de Mendoza en su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de China* (Roma, 1585), “aunque me lo han certificado religiosos que han hablado con personas que... han estado en las dichas islas y han visto las dichas mujeres”.

Es hora de acabar. Hemos visto cómo en el imaginario del conquistador encontraron fortísimo eco los mitos grecolatinos, unos mitos que alimentaron a menudo sus ensueños, fomentaron sus aspiraciones y consolaron sus penas. La magia de la Antigüedad clásica no se limitó solo a sacudir su inercia y espolear su esfuerzo. Ni mucho menos. De hecho, toda la realidad del Nuevo Mundo fue interpretada a través de los arquetipos clásicos. Gonzalo Fernández de Oviedo tomó a Plinio como modelo en su descripción de la naturaleza de las Indias. Dioscórides fue la guía de Francisco Hernández al emprender la catalogación de la flora de la Nueva España. El indígena americano fue contemplado con criterios propios de la filosofía helénica. En su exaltación del indio como buen salvaje los humanistas (por ejemplo, un Pedro Mártir de Angleria) no hicieron sino imitar la pauta de los griegos, que habían celebrado la inteligencia de escitas prototípicos como Anacarsis o Tóxaris; las recomendaciones y advertencias que, según las crónicas, hicieron unos indios desnudos a los españoles (a Colón, un cacique durante su periplo por Cuba; a Vasco Núñez de Balboa, el hijo de Comogre en el Darién) son trasunto fiel de los avisos y consejos que dieron los brahmanes (o, en otras variantes, los escitas) al impetuoso y alocado Alejandro Magno. Bartolomé de las Casas, para ensalzar la bondad innata de taínos y lucayos, no encontró mejor punto de comparación que los *seres* o ‘chinos’, un pueblo del que se hicieron lenguas los geógrafos antiguos. Cuando le hablaron de los caribes comehombres, Colón se acordó de inmediato de los cíclopes. Juan Ginés de Sepúlveda justificó la conquista del Nuevo Mundo gracias a la teoría de la esclavitud natural propugnada por Aristóteles. Y así hasta el infinito. Era inevitable que ocurriera de este modo.

Todos los hombres se educan en culturas que, inconscientemente, les inculcan prejuicios, y más en esta era globalizada, en la que las ideas preconcebidas son más fáciles de diseminar y con más sutileza entra por los ojos no la verdad, sino la propaganda. Quizá dentro de unos siglos la humanidad se asombre de nuestra ingenua credulidad en muchas cuestiones y tache de mito absurdo lo que hoy para nosotros es un dogma inconcuso. Es probable.

BIBLIOGRAFÍA

BAYLE, Constantino, S.I. *El Dorado fantasma*, Madrid, 1943.

GANDÍA, Enrique de. *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, 1946.

GIL, Juan. *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su época*, Madrid, Alianza Editorial, 1989 (reimpr. 1992), 302 págs.

—*Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, 414 págs.

—*Mitos y utopías del Descubrimiento. 3. El Dorado*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, 432 págs.

LEVILLIER, Roberto. *El Paititi, El Dorado y las amazonas*, Buenos Aires, 1976.

MORA, Carmen de. *Las siete ciudades de Cíbola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez Coronado*, Ediciones Alfar, Sevilla, 1993.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LA CALIFORNIA HISPANA:
FRAILES, COLONOS Y SOLDADOS
EN EL FIN DEL MUNDO (1767-1821)**

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

LA CALIFORNIA HISPANA: FRAILES, COLONOS Y SOLDADOS EN EL FIN DEL MUNDO (1767-1821)

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Investigador Científico

Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

I. DESCUBRIMIENTO Y DEMARCACIÓN DE CALIFORNIA

La profesora Blanca Perea, en la clase de “Español avanzado” para sus alumnos californianos, propuso un particular *Un, dos, tres, responde otra vez*, en donde por veinticinco pesetas imaginarias recordaran ciudades del Estado de California con nombre de santo o santa en español. “Por ejemplo, Santa Cecilia. Un, dos, tres, responde otra vez.” Las respuestas se sucedieron con rapidez: San Francisco, Santa Rosa, San Rafael, San Mateo, San Gabriel, Santa Cruz, Santa Clara, Santa Inés, Santa Bárbara, San Luis Obispo, San José, etcétera. A continuación, les planteó nombres en castellano que apareciesen en el mapa californiano. Y los alumnos no dudaron en contestar: “Alameda, Palo Alto, Los Gatos, El Cerrito del Norte, Paso Robles, Atascadero, Fresno, Salinas, Manteca, Madera, La Jolla, etcétera”.

Este episodio pertenece a la novela *Misión Olvido* de la escritora María Dueñas, aparecida en el 2012 y que se ha convertido en un superventas en pocos meses. He querido iniciar mi trabajo con esta novela porque, tras el curioso *Un, dos, tres* planteado a sus estudiantes, la escritora introduce el siguiente diálogo entre Blanca Perea, docente española que se traslada a los Estados Unidos para superar una separación sentimental, y Joe Super, profesor emérito, que entra en la clase de improviso. Este último se pronuncia acerca de las misiones, calificando a los padres franciscanos de:

“Hombres legendarios, empujados por una fuerza que, equivocada o no, los llevó a perseguir sus objetivos con determinación. Y el Camino Real es el resultado: la cadena de misiones que estos padres fundaron a lo largo de toda California.

—Veinte misiones, ¿no?

—preguntó Lucas, un estudiante.

—Veintiuna —corrigió Joe— Empiezan en el sur, con San Diego de Alcalá, y acaban en el norte, muy cerca de aquí, en Sonoma, con San Francisco Solano. En España, en general, no se sabe mucho de esta gran aventura californiana, ¿verdad, Blanca?

—Poco —reconocí con un punto de vergüenza colectiva—. Se conoce muy poco sobre estas misiones, es cierto.

—Y es triste, señala Joe, porque todo eso es parte de vuestra herencia. Una herencia histórica y sentimental que es esencial para vosotros, para nosotros y para todos”.¹

Pues bien, María Dueñas y la Escuela Diplomática de España han coincidido en aportar su granito de arena a este desconocimiento, aunque hay que señalar, desde ya, que hemos avanzado mucho en relación a las últimas décadas gracias al turismo, a los documentales históricos, a los artículos editados en numerosas revistas y a la aparición de varios libros sobre el legado español en los Estados Unidos. Sin embargo, hay mucha tarea por hacer, no sólo en cuanto a la difusión, sino también en la investigación, pues quedan numerosos legajos y mapas sin estudiar todavía, y a ello nos invita la novela *Misión Olvido*, planteada como la búsqueda de información de una supuesta misión 22, que la protagonista intenta descubrir entre los cuantiosos papeles dejados a la Universidad de Santa Cecilia por un viejo profesor español, ya fallecido, llamado Andrés Fontana.

Pero recordemos otro best seller, este último del siglo XVI. En el año 1510 salió de la imprenta sevillana de Juan Crobenger la primera edición de las *Sergas de Esplandián*, escrita por el regidor castellano Garci Rodríguez de Montalvo. Se trata de un libro de caballería, continuación de los cuatro libros del *Amadís de Gaula*, la novela más emblemática del género. De hecho, Esplandián es su hijo, y las “sergas” significan aventuras. Aunque no se ha localizado ningún ejemplar de la primera edición, el éxito acompañó al libro a lo largo de todo el siglo XVI, realizándose nueve impresiones. De algunas de ellas se llevaron ejemplares al Nuevo Mundo, siendo leídos por los marinos, soldados y pobladores en las largas horas de descanso en los barcos y en las expediciones terrestres dirigidas al Nuevo Mundo y al Pacífico.

En uno de sus capítulos aparece por primera vez el topónimo *California*: “Sabed que a la diestra mano de las Indias ovo una isla llamada California mucho

¹ María Dueñas. *Misión Olvido*. Barcelona: Editorial Planeta, 2012, pág. 103.

llegada a la parte del Paraíso terrenal, la cual fue poblada de mugeres negras sin que algún varón entre ellas oviese, que casi como las amazonas era su estilo de bivar; estas eran de valientes cuerpos y esforçados y ardientes coraçones, y de grandes fuerças. Las sus armas eran todas de oro, que en toda la isla no havia otro metal alguno.”²

Aunque se pensó durante mucho tiempo que el topónimo California resultaba de la unión de *Cal* y *fornox*: horno de cal, por lo ardiente de su clima, o de la corrupción de algún término indígena, desde mediados del siglo XIX sabemos que el término procede del libro de Rodríguez de Montalvo gracias a la lectura de Edward Everett Hale de la edición moderna de las *Sergas de Esplandián* incluida en la Biblioteca de Autores Españoles: California era la isla de donde procedían las amazonas. Estas mujeres guerreras están encuadradas dentro del grupo de los seres salvajes junto a los escitas, los hiperbóreos, los atlantes, etcétera, si bien en su persona se aúnan la domesticidad femenina con la brutalidad guerrera: imagen de mujer con atributos de hombre. Una combinación de elementos conocidos, cuya mezcla atípica convierte a dichas féminas en amenazantes y peligrosas. Este antiguo mito, que tuvo un gran éxito en el Nuevo Mundo, coincidió en el Noroeste de México con otras creencias aztecas, que situaban hacia el mismo rumbo *Cihuatlan*, el lugar de las mujeres, donde habitaban aquéllas que habían muerto de parto y que se convertían en compañeras del Sol, fundiéndose en el topónimo California, en consecuencia, tanto leyendas occidentales como indígenas.³

Pero lo más interesante del mito, para los soldados y colonos, es que la isla de California estaba llena de oro y piedras preciosas, riquezas que los españoles habían encontrado primero en la capital del imperio azteca y posteriormente en otros reinos cercanos, como Michoacán. Por ello, cuando Hernán Cortés anunció una nueva jornada hacia el Noroeste, en la que participaría personalmente, fueron muchos los que le siguieron con los ojos cerrados. La nueva expedición, a la que se alistaron, según el cronista López de Gómara, 300 hombres y 37 mujeres, atravesó los actuales estados de Jalisco y Nayarit, y, tras atravesar el Golfo de California o Mar Bermejo, alcanzó la península de Baja California el 3 de mayo de 1535, fundando en una gran bahía el primer asentamiento español, bautizado Santa Cruz por la efeméride del día, si bien posteriormente recibiría el nombre de La Paz.

Sin embargo, la colonia tuvo que abandonarse tras varios meses de trabajos por la falta de alimentos y agua. ¿Hacia dónde se dirigieron estos pobladores que confiaron en el gran Cortés? y ¿qué recuerdos guardaron de la tierra donde pusieron sus esperanzas? Desde luego los peores recuerdos. Alonso de Ceballos

² Garcí Rodríguez de Montalvo. *Sergas de Esplandián*. Madrid: Castalia, 2003, pág. 727.

³ Véase Miguel León-Portilla. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985, pág. 38.

señaló en una probanza realizada en 1535 “ques la mas estéril e la mas perversa e malvada tierra que hay en el mundo, e que cree que no hay otra mas mala en lo descubierto ni por descubrir.”⁴ Algunos la llamaron *Tarsis*, pero poco a poco se impuso California, si bien a modo de burla, de despecho, de ira y de venganza contra el conquistador extremeño, pues nada de lo prometido se había encontrado.

La expedición de Hernán Cortés hay que enmarcarla en el deseo de la Corona hispana por ocupar las costas pacíficas de Norteamérica desde el siglo XVI. Los monarcas españoles financiaron y enviaron un gran número de expediciones al Noroeste, que pueden agruparse en dos etapas. La primera comenzaría con los viajes organizados por Hernán Cortés y terminaría con las expediciones marítimas de Sebastián Vizcaíno (1532-1603).

El viaje más interesante desde el punto de vista de los descubrimientos fue el liderado por el portugués Juan Rodríguez Cabrillo (entre 1542 y 1543), que dio nombre a numerosos accidentes geográficos, antes de morir en la isla de San Miguel, frente a la futura misión de Santa Bárbara. Sus pasos fueron seguidos por Sebastián Vizcaíno entre 1602 y 1603, quien fijó un punto mítico en la costa para iniciar la colonización española: el puerto de Monterrey, además de alabar las excelentes condiciones de otro fondeadero situado más al sur, que nombró puerto de San Diego.

A continuación se produjo un largo paréntesis (de 1603 a 1768: nada menos que 165 años), en el que las actividades españolas se concentraron en el Golfo de California: expediciones perleras como las encabezadas por Nicolás de Cardona (1615) o Francisco de Ortega (1631). Mientras tanto, barcos extranjeros surcaron las costas californianas, atacando al galeón de Manila e incluso desembarcando durante meses en las playas de la península de California. Pero serían los rumores de la llegada a América de los súbditos de otra nación extranjera: Rusia, los que impulsaron la definitiva ocupación hispana de la California, cuyos límites norteños se extendieron durante muchos años hasta las regiones de las nieves perpetuas: Alaska, considerada en el siglo XVIII como el fin del mundo, pues era la zona del globo más lejana de Europa para llegar por mar.

II. INSTRUMENTOS DE COLONIZACIÓN: MISIONES, PRESIDIOS, PUEBLOS Y RANCHOS

La llegada del abogado malagueño José de Gálvez al virreinato como visitador general de la Nueva España (1765-1771) fue de gran trascendencia para el desarrollo de la frontera norte. Dotado de una enérgica personalidad y un eficaz poder de iniciativa, decidió desde los primeros momentos de su estancia en Mé-

⁴ Carlos Lazcano Sahagún. La bahía de Santa Cruz. Cortés en California, 1535-1536. Ensenada: Fundación Barca-Museo de Historia de Ensenada, 2006, pág. 113.

xico acometer la solución de los problemas de la frontera septentrional, agudizados por la sublevación de los indios seris y pimas en el noroeste. Tras dedicar los primeros años de su visita a reformar y sanear las finanzas del virreinato, Gálvez centró su atención en la pacificación y recuperación económica de Sonora, Sinaloa y California: impulsó una expedición militar en contra de los indios rebeldes, fundó el puerto de San Blas en la costa de Nayarit y consiguió ocupar los puertos de San Diego y Monterrey, primer capítulo de la fundación de la Nueva o Alta California. Otras medidas tuvieron menos éxito —como el adelantamiento de la península californiana, que quedó en manos de los dominicos en 1773— o tuvieron que esperar varios años para fructificar.⁵

Gálvez, muy cercano a los franciscanos, eligió a esta orden, pionera en la Nueva España, para sustituir a la Compañía de Jesús en las misiones del Noroeste. Con esta elección se cumplió un viejo anhelo de los hijos de San Francisco, que habían sido superados por los ignacianos en su deseo de evangelizar en California a finales del siglo XVII. Pero ahora la suerte había cambiado: el virrey marqués de Croix ordenó que a California irían los padres del Colegio Apostólico de San Fernando, situado en la ciudad de México. En la elección debió de pesar los éxitos de los llamados fernandinos en la Sierra Gorda (Querétaro), cuyas misiones, muy recientes, estaban ya listas para ser entregadas a los seculares. En adelante, frailes y misiones se convirtieron en agentes de la última expansión en América: la Gran California, que tendría lugar durante los reinados de Carlos III y Carlos IV.

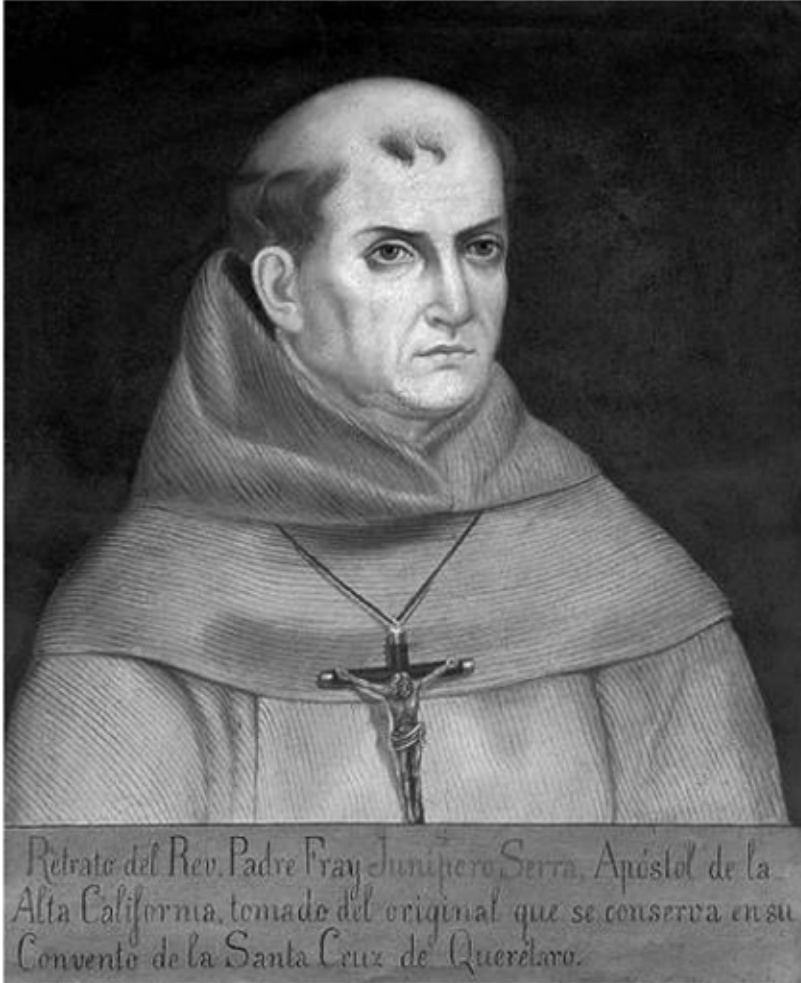
En un viaje *reformista* hacia el citado departamento, Gálvez recibió una carta de la metrópoli ordenándole tomar medidas efectivas en contra de la presencia rusa en el Pacífico Norte. En consecuencia, poco después de llegar a San Blas, el abogado malagueño convocó una junta de oficiales y expertos —celebrada el 16 de mayo de 1768— para preparar una expedición marítima y otra terrestre, conocidas como la *Santa Expedición*, con el fin de encontrar y ocupar el puerto de Monterrey, lo que se logró en 1770.

José de Gálvez eligió al primer gobernador de California, el militar catalán Gaspar de Portolá, para comandar la empresa de colonizar San Diego y Monterrey.⁶ La sección marítima estaba formada por dos barcos, los paquebotes *San Antonio* y *San Carlos*, que navegaron de forma separada. La terrestre también se dividió en dos partidas, que ascendieron la península de forma independiente. La primera fue comandada por Fernando de Rivera y Moncada, capitán de la Compañía de Loreto, quien llevaba de apoyo al franciscano Juan Crespi, al piloto José Cañizares, a veinticinco soldados y a numerosos indios de las misiones

⁵ Por ejemplo el Informe y plan de Intendencias que conviene establecer en las provincias de este reino de Nueva España, firmado por el virrey, marqués de Croix, y José de Gálvez el 15 de enero de 1768, y el Plan para la creación del gobierno y comandancia general que comprenda la península de California y las provincias de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, que data del 23 de enero del mismo año.

⁶ Salvador Bernabéu Albert, “El ‘Virrey de California’. Gaspar de Portolá y la problemática de la primera gobernación californiana (1767-1769).” *Revista de Indias*, núm. 195/196, 1992, págs. 271-295.

jesuitas. La segunda fue capitaneada por el gobernador Portolá, llevando en su compañía a fray Junípero Serra, presidente de las misiones, y al sargento José Francisco de Ortega. También formaban parte de la expedición varios soldados, criados e indios de las misiones, que guardaban las numerosas mulas que transportaban los víveres y otros enseres.



“Ilustración 1: Retrato del Rev. Padre fray Junípero Serra, Apóstol de la Alta California, tomado del original que se conserva en el Convento de la Santa Cruz de Querétaro”.

El grupo, que había salido de Loreto el 9 de marzo de 1769, siguió los pasos de la primera partida, alcanzando el puerto de San Diego el 29 de junio. Portolá y Serra se unieron con todos los expedicionarios de mar y tierra, comprobando que numerosos marineros estaban postrados a causa del escorbuto y que varios sirvientes de las partidas terrestres habían huido durante el tránsito por la penín-

sula de Baja California. Sin embargo, tanto el gobernador como el presidente de los misioneros decidieron que un grupo prosiguiera la exploración hacia el norte para buscar el puerto de Monterrey, jornada que realizaron entre el 14 de junio de 1769 y el 24 de enero de 1770. Aunque no localizaron el citado puerto, los viajeros contactaron con numerosas rancherías de indios y consiguieron hacerse con una primera idea de lo que sería la nueva provincia ultramarina. La llegada del paquebot *San Antonio* al puerto de San Diego el 23 de marzo con abundantes bastimentos, capitaneado por Juan Pérez, animó a Portolá a emprender nuevamente la búsqueda, esta vez por mar y tierra. La combinación de fuerzas fue un acierto, pues se reconoció y tomó posesión del puerto de Monterrey el 3 de junio de 1770. Siguiendo las órdenes reales, se fundó un presidio y una misión —la segunda— bajo la advocación de san Carlos Borromeo. Meses antes, y mientras los expedicionarios trataban de hallar el mítico Monterrey, fray Junípero Serra fundó San Diego de Alcalá, la primera misión de la Alta California, el 16 de julio de 1769. El padre andariego contaba con 56 años.

La ocupación hispana de la Alta California fue un éxito gracias a la rapidez de las fundaciones misionales y al apoyo constante de la Corona, que se tradujo en el mantenimiento de un pequeño, pero esencial, grupo de barcos que permitió mantener los lejanos territorios unidos al resto del virreinato.⁷ Las autoridades fueron conscientes del creciente peligro de un ataque extranjero, principalmente por parte de rusos e ingleses, en consecuencia, para proteger la Alta California de las ambiciones foráneas y ayudar a los padres en sus tareas de evangelización, se fundaron cuatro presidios: San Diego (1769), Monterrey (1770), San Francisco (1776) y Santa Bárbara (1782).⁸ Además, de acuerdo con las políticas colonizadoras de los ilustrados, se propició el establecimiento de colonos mientras se reconocía el terreno para fundar los primeros pueblos.

Sin embargo, los misioneros fueron más moderados y sólo acogieron a unas cuantas familias de sirvientes en sus misiones durante los primeros años, aunque más tarde, cuando Felipe de Neve ocupó el cargo de gobernador de las Californias (1777-1782), llevó esta política al extremo de promover la fundación de pueblos e incluso a sugerir que los frailes ya no administraran los bienes materiales de los neófitos en las misiones y tan sólo se encargaran de su “bienestar espiritual”. Los franciscanos se opusieron a esta última medida y lograron que no se realizase, pero no hubo marcha atrás en cuanto a la creación de pueblos.⁹

⁷ Sobre el establecimiento, crecimiento y consolidación de los centros de colonización, véase Martha Ortega Soto. *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa-Plaza y Valdés Editores, 2001.

⁸ Estos presidios se convirtieron, desde 1782, en los centros de las cuatro jurisdicciones, tanto civiles como militares, en las que se dividió la Alta California. En el resto del territorio, el gobernador estaba representado por los cabos y los comisionados, aunque los pueblos que se fundaron llegaron a tener un gobierno municipal como en el resto del virreinato.

⁹ Francis Guest, “Misión Colonization and Political Control in Spanish California.” *Journal of San Diego History*, núm. 1, vol. 24, 1982, págs. 103-113.

La Corona, escarmentada con la exclusividad misional jesuita en la Antigua California durante setenta años (1697-1768), aprobó la constitución de San José (1777), Los Ángeles (1781) y la villa de Branciforte (1797). En los pueblos, además de los vecinos mestizos, poco a poco se sumaron nativos que convivían con quienes ya portaban las formas de vida consideradas como civilizadas. En consecuencia, el proyecto integracionista planteó estrategias innovadoras que, al menos en teoría, se pusieron en práctica como medio de acelerar la incorporación de las rancherías nativas a una sociedad agrícola.

Asimismo, el gobierno español impulsó la creación de ranchos como instrumentos de ocupación y control de los grandes espacios que quedaban despoblados entre las misiones, los pueblos y los presidios. A partir de 1784, el entonces gobernador Pedro Fagés (1782-1791) fue autorizado para otorgar tierras a los colonos, en las que pudieran establecer ranchos. Muchos de ellos eran soldados presidiales retirados que decidieron permanecer en la lejana provincia. Esta política partía de la suposición de que la presencia de colonos serviría de ejemplo a los nativos para adoptar, de manera más efectiva, las nuevas formas de vida que se esperaba que adquirieran para integrarse en la sociedad colonial. Los ranchos pronto se convirtieron en un elemento fundamental del paisaje californiano, como el concedido a Mariano de la Luz Verdugo en 1790, llamado *El Portezuelo*, o el otorgado al soldado Juan José Domínguez, bautizado el *San Pedro*, ambos en las proximidades de Los Ángeles.

A pesar de la importancia estratégica de los presidios, los pueblos y los ranchos –fundamentales para la defensa del territorio–, la expansión hispana en California hasta 1821 sólo fue posible gracias a la multiplicación de las misiones y a la labor de los padres. En el Septentrión Novohispano, la misión fue una de las instituciones principales de la ocupación hispana, pero en el caso de la Alta California fue esencial, pues el sistema pueblo/rancho/presidio no fue suficiente para defender el inmenso territorio de la gobernación y controlar a las numerosas rancherías que lo habitaban.

III. EL FRÁGIL ÉXITO DE LAS FUNDACIONES

Como hemos señalado, los franciscanos llegaron al nuevo territorio con la finalidad de cristianar a los nativos y convertirlos en súbditos de Su Majestad Católica, es decir, hacerlos útiles al Estado y en defensores de sus territorios.¹⁰ Para conseguir la transformación cultural de bandas de recolectores-cazadores

¹⁰ Para un análisis sobre las consecuencias del establecimiento de las misiones, James A., Sandos. *Converting California. Indians and Franciscans in the Missions*. New Haven & London: Yale University Press, 2004, y Steven W. Hackel. *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

en pueblos de cultivadores sedentarios, los misioneros se dedicaron a enseñar a los nativos, o de grado o por fuerza, a cultivar, a vestirse y a adoptar las costumbres de la llamada “gente de razón”. Esta tarea implicaba todo un sistema educativo que consistía en inculcarles los preceptos básicos del cristianismo católico para, a continuación, forzarlos a adquirir nuevas formas de vida y nuevos valores que hicieran de las rancherías nativas comunidades capaces de integrarse en la sociedad colonial.

Esta labor se inició en 1768 con la fundación de la misión de San Diego y se prologaría, tras la independencia de México (1821), con la fundación de la misión más norteña: San Francisco Solano, también conocida como misión Sonoma, el 4 de julio de 1823.

Las misiones franciscanas fundadas en la Alta California fueron las siguientes:

Nombre	Fecha de fundación	Fraile/es fundadores
San Diego de Alcalá	16 de julio de 1769	Junípero Serra
San Carlos de Monterrey	3 de junio de 1770	Junípero Serra
San Antonio de Padua	14 de julio de 1771	Junípero Serra
San Gabriel Arcángel	8 de septiembre de 1771	Pedro Cambón y Ángel Somera
San Luis Obispo de Tolosa	1 de septiembre de 1772	Junípero Serra
San Francisco de Asís	29 de junio de 1776	Francisco Palou
San Juan Capistrano	1 de noviembre de 1776	Junípero Serra
Santa Clara de Asís	12 de enero de 1777	Junípero Serra
San Buenaventura	31 de marzo de 1782	Junípero Serra
Santa Bárbara	4 de diciembre de 1786	Fermín Lasuén
La Purísima Concepción	8 de diciembre de 1787	Fermín Lasuén
Santa Cruz	28 de agosto de 1791	Fermín Lasuén
Nuestra Señora de la Soledad	9 de octubre de 1791	Fermín Lasuén
San José	11 de junio de 1797	Fermín Lasuén
San Juan Bautista	24 de junio de 1797	Fermín Lasuén
San Miguel Arcángel	25 de julio de 1797	Fermín Lasuén
San Fernando Rey de España	8 de septiembre de 1797	Fermín Lasuén
San Luis Rey de Francia	13 de junio de 1798	Fermín Lasuén
Santa Inés	17 de septiembre de 1804	Esteban Tápis
San Rafael Arcángel	14 de diciembre de 1817	Vicente de Sarría
San Francisco Solano	4 de julio de 1823	José Altamira

Combinando vigor, versatilidad y una férrea obediencia al padre presidente Junípero Serra, y posteriormente a su sucesor, Fermín Lasuén, los franciscanos se extendieron a gran velocidad en la Alta California. Pero, ¿qué se esconde bajo este término? En primer lugar, *misión* tiene un sentido jurídico: la autorización

papal para convertir infieles en un determinado espacio del globo. En segundo lugar, *misión* equivale a los trabajos de cristianización y de occidentalización de los indígenas. Por último, *misión* es un lugar geográfico y administrativo: el complejo de edificios, campos de cultivo, corrales, lugares de visita, acueductos, depósitos de agua, etcétera, situados en su espacio jurisdiccional, aunque en la actualidad ese territorio e instalaciones queden reducidos y compendiados en la iglesia principal de la misión.¹¹ Sobre misiones y misioneros franciscanos en el Norte de México hay una abundante literatura dedicada a los inicios y las sucesivas fundaciones de los hijos de san Francisco, aunque son necesarios más estudios microhistóricos para conocer con mayor profundidad la evolución histórica de cada uno de los establecimientos misionales, ya que fueron muy diferentes en instalaciones, potencial agropecuario y en número de conversiones.

Otras cuestiones apenas abordadas en los estudios sobre las misiones californianas son las habilidades o defectos de los diversos padres para cumplir con los amplios cometidos que se esperaban de ellos. El padre provincial buscaba para enviar a las misiones religiosos capaces de salir airoso de las empresas más difíciles y adaptarse a los terrenos más diversos. Pero muchos padres no pudieron realizar el trabajo por problemas físicos o psíquicos. La selección no era infalible. En el conjunto de los misioneros existen diferencias más que notables, en personalidad y métodos, a pesar de que todos trabajasen por un mismo fin y tuvieran, en general, una preparación similar.

La falta de microhistorias misionales crea importantes problemas, pues impide acceder a discursos más equilibrados y realistas que las visiones laudatorias o negativas (*misión/barbarie*, *occidentalismo/indigenismo*).¹² A menudo, multitud de memorias fragmentadas, singulares, son diluidas por los trazos gruesos con los que se han escrito las historias generales, incluyendo las redactadas para mayor gloria y honor de las diversas órdenes religiosas. Hay un gran peligro de homogeneizar tanto a los misioneros como a los neófitos, tanto los éxitos como los fracasos. ¿Hubo imposición o hibridación, violencia o suavidad? ¿Se puede hablar de negociaciones en el seno de esas misiones? ¿Y de intercambios culturales? Al menos en este último punto sí, como demuestran los estudios sobre medicina natural, el aprovechamiento de los conocimientos de los ecosistemas locales por los misioneros, las aportaciones geográficas de los nativos a la cartografía, etcétera.

¹¹ Es significativo que el término misionero no se generalizase en el lenguaje de las distintas órdenes hasta los primeros decenios del siglo XVII, empleándose anteriormente sinónimos como predicadores, obreros, varones de Dios, sujetos, etcétera. Véase, Juan Bautista Olaechea Labayen, "Origen español de las voces *misión* y *misionero*." *Hispania Sacra*, núm. 46, 1994, págs. 511-517.

¹² David J. Weber, "Blood of Martyrs, Blood of Indians: Toward a More Balanced View of Spanish Missions in Seventeenth-Century North America", in David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences*. Vol. 2. *Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*, Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1990, págs. 429-448.

Si bien anteriormente listamos las misiones por su fecha oficial de fundación, no hay que olvidar que muchas de ellas cambiaron de sitio en una o varias ocasiones. Ello fue posible, durante los primeros meses de vida de la misión, por lo liviano de las instalaciones: tres o cuatro jacales que eran destinados a capilla, vivienda del padre, cobijo de los soldados y criados, y almacén de enseres y alimentos. Los padres llevaban algunos perros, caballos, mulas, vacas, ovejas, gallinas y varios sacos con maíz, calderos, objetos religiosos, regalos para atraer a los indios y miles de semillas con las que iniciar el cultivo de los campos. Uno de esos cambios lo protagonizó fray Junípero Serra, quien trasladó la misión de San Carlos Borromeo desde su primera ubicación hasta la orilla de un río que bautizó del Carmelo, situado a una milla del presidio de Monterrey. Su biógrafo, fray Francisco Palou, recogió el momento:

La primera obra que mandó hacer fue una grande cruz, que bendita enarboló (ayudado de los soldados y sirvientes) y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato a la barraca de su habitación, y otra que servía de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecía y cantaba la tropa el Alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, e inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, a que asistían todos los soldados y mozos. Después comenzaban todo su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al día adoraba la santa cruz [...]¹³

Tras elegir el lugar adecuado donde levantar la misión, los franciscanos buscaban a los indios, quienes permanecían en la cabecera misional alimentándose con las provisiones allí reunidas. Durante ese tiempo, se les enseñaban los misterios básicos de la Fe, repitiendo las oraciones una y otra vez hasta que las memorizaban. Cuando el misionero lo creía conveniente, recibían el bautismo y, con él, unas cruces que colgaban al cuello y algunas prendas para cubrir su desnudez. La ceremonia se adelantaba con los niños y con los enfermos en peligro de muerte, teniendo que desplazarse el misionero hasta donde se encontraban para que recibieran el sacramento, en ocasiones a larga distancia de la misión. Cuenta Palou que Serra les enseñó a saludarse con la frase “amar a Dios”, extendiéndose esta costumbre con tal rapidez, “que hasta los gentiles decían esta salutación, no solamente a los padres, sino a cualquier español [...]¹⁴”

Sin embargo, las misiones no fueron un edén. Los autores que han abordado las relaciones entre nativos, franciscanos y colonos subrayan la diversidad de experiencias adoptadas según los tiempos y las misiones. En general, podemos distinguir tres posturas: en primer lugar, los que participaron de forma entusiasta

¹³ Francisco Palou. Vida de Fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México: Porrúa, 1982, pág. 93.

¹⁴ Palou, Vida de Fray Junípero, op. cit., pág. 93.

del sistema colonial, adoptando numerosos aspectos de la cultura hispana; en segundo lugar, los que aceptaron esa cultura de forma selectiva y, por último, los que rechazaron abiertamente el sistema colonial. En este caso, los indios expresaron su descontento mediante rebeliones, retirándose a zonas de refugio —donde disminuían los contactos con los misioneros y soldados—, o participando en las bandas que robaban ganados y caballos.



“Mapa de los presidios y fundaciones franciscanas en la Alta o Nueva California”.

IV. RETOS Y DESENCUENTROS DEL PROCESO EVANGELIZADOR

Más difícil que enumerar los establecimientos misionales y el calendario de sus fundaciones, es el evaluar los métodos de evangelización, el éxito de los mismos y la relación de los indígenas con los franciscanos y otros grupos hispanos: funcionarios, criados, soldados, marineros, etcétera. Algunos —los menos— procedentes de la lejana Europa y la mayoría criollos, mestizos e indios más o menos occidentalizados, originarios generalmente de la Nueva España, que van a servir tanto a los misioneros como a los presidios, ranchos y pueblos. Todos ellos serían conocidos en la lejana frontera como “gente de razón”.

Pero vayamos por partes. Transformar los pueblos originarios de acuerdo con el modelo de sociedad que los misioneros querían construir no era tarea sencilla. Los religiosos, tras siglos de experiencias, habían ido concretando algunas estrategias que les habían dado buenos resultados. La operatividad de tales métodos era producto no sólo de la dedicación y el celo de los misioneros —apoyados por los soldados de los presidios—, sino también de las características de los grupos nativos, que súbitamente se veían compelidos a abandonar sus formas de vida tradicionales para adoptar otras totalmente ajenas a su cultura. Los franciscanos se encontraron con una gran variedad de rancherías, que hablaban numerosas lenguas y que plantearon problemas diversos de integración al sistema misional, si bien las autoridades (civiles, militares y religiosas) no valoraron, por lo general, la diversidad y riqueza cultural de los recolectores-cazadores de América del Norte. El caso de los nativos de la Alta California no fue la excepción, de ahí que los mismos métodos no arrojaran los mismos resultados entre los diversos grupos nativos de la región cuando fueron congregados en las misiones y convivieron con los colonos de los pueblos y ranchos.¹⁵

Los primeros nativos en recibir a los españoles fueron los llamados *diegueños*, del tronco lingüístico yumano, en cuya área fue fundada la misión de San Diego de Alcalá en 1769. Pero como el plan de colonización elaborado por José de Gálvez y fray Junípero Serra incluía la fundación de dos misiones más en los territorios de la Alta California, otros nativos, tanto del tronco lingüístico yumano como del uto-azteca, fueron afectados de inmediato. Prácticamente desde el inicio de la vida en la misión se produjo una caída drástica de la población nativa porque las enfermedades infecciosas, desconocidas para los indios, empezaron a propagarse con gran rapidez, agravándose el problema cuando los nativos fueron obligados a cohabitar en grandes galerones poco ventilados, lo que favoreció el contagio.

¹⁵ La diversidad cultural de los nativos se observa en el gran número de idiomas que se hablaban en el área, de manera que grupos nativos cercanos no utilizaban la misma lengua. Los troncos lingüísticos a los que pertenecían los territorios donde se ubicaron los establecimientos españoles son: hokan, penutian y uto-azteca. Hay que enfatizar, sin embargo, que la variedad lingüística no implicaba formas de vida totalmente diferentes. Al contrario, los rasgos culturales generales eran compartidos, aunque en un análisis muy fino se pueden observar prácticas culturales distintas, sobre todo en los rituales y en las formas de organización familiar. Por tanto, los grupos podían reconocerse y distinguirse entre sí.

De acuerdo con los cálculos de Sherburne F. Cook, los grupos autóctonos congregados en las misiones perdieron, a lo largo de setenta años, aproximadamente 135.000 miembros. A pesar de que las epidemias no alcanzaron grandes proporciones, el deceso de los neófitos fue constante.¹⁶ Cook señaló que los pueblos del interior no habían sufrido ningún cambio. Sin embargo, recientes investigaciones han demostrado que los nativos de California fueron alterados por la presencia española desde el siglo XVI, cuando se realizaron las primeras exploraciones en la región. Asimismo, el hecho de que los establecimientos españoles se hayan fundado en las zonas costeras, no significa que los habitantes de los valles interiores no hayan recibido alguna influencia.¹⁷ Los franciscanos congregaron primero a las rancherías que deambulaban por los alrededores de las misiones y más tarde tuvieron que buscar naturales en zonas cada vez más alejadas. Así, reunieron en las misiones a nativos que no se entendían o que eran abiertamente enemigos. En suma, con los colonizadores llegaron enfermedades para las que los indios californianos no tenían defensas, y ello provocó un descenso importante de la población. Asimismo, las nuevas prácticas sociales impuestas por los misioneros desequilibraron a las comunidades, modificando su reproducción natural.¹⁸

La concentración de los indios en las misiones transformó, asimismo, su dieta alimenticia. Durante los primeros años, la escasez de bastimentos que llegaban en los barcos de San Blas obligó a los frailes y soldados a dejar salir a los indios de la misión para pescar, cazar y recolectar semillas. Además, en épocas de gran carestía, la ayuda de los nativos fue fundamental para la alimentación de los españoles.¹⁹ Más tarde, cuando las misiones se convirtieron en importantes centros de producción agrícola, los indios solían huir para alimentarse a la vieja usanza. Sin embargo, los padres querían acostumbrarlos a ingerir los alimentos que consumían los españoles, y el cambio en los hábitos de consumo propició la desnutrición en no pocos casos.²⁰

Por otro lado, las prácticas de reproducción también se vieron afectadas por la vida en la misión. Uno de los patrones culturales que los franciscanos pusieron más

¹⁶ Sherburne F. Cook. *The Conflict Between the California Indian and White Civilization*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976, págs. 3-5, 18-20 y 200-201. Este libro es un clásico en el estudio del impacto de las enfermedades que llevaron los europeos sobre la población nativa y, aunque se han recalculado algunas de sus cifras, el panorama general sigue siendo el mismo que plantea.

¹⁷ Sherburne F. Cook y Woodrow Borah. *Ensayos sobre historia de la población 3. México y California*. México: Siglo XXI, 1980, págs. 210, 217, 221-223.

¹⁸ Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 8.

¹⁹ "Carta de fray Junípero Serra al Padre Guardián fray Juan Andrés, San Diego, 3 de julio de 1769" en Junípero Serra, *Writings of Junípero Serra*. Washington: Academy of American Franciscan History, 1955, pág. 134. En esta carta comenta que la expedición a Monterrey sólo sobrevivió gracias a que los nativos dieron de comer a los exploradores.

²⁰ No debemos ignorar que el medio ambiente también se vio afectado por la presencia de animales y plantas diferentes de las que existían en la región. Tal situación transformó de forma radical el ecosistema en el que los nativos vivían, por tanto, de manera indirecta, también su dieta alimenticia tuvo que cambiar.

empeño en modificar fue la estructura de la familia. Siguiendo el modelo cristiano, los misioneros obligaron a los nativos a adoptar una estructura familiar monogámica. Para enseñarles a cuidar su castidad, separaron a los hombres de las mujeres cuando eran solteros. Estas limitaciones sexuales eran ajenas a las costumbres de los nativos, como lo fueron el obligarlos a modificar sus ropas y adornos. Querían que aprendieran a vestirse con calzón y camisa los hombres y con vestido las mujeres. Los nativos de la Alta California utilizaban tatuajes y pintura corporal para distinguirse unos de otros ante la falta de vestido. Esta costumbre les parecía repulsiva a los españoles, de manera que los misioneros se afanaron en impedir que siguieran realizando esta práctica. Por lo general, la mayoría de los grupos nativos dejaron de tatuarse y de usar la pintura corporal a medida que aceptaron vestirse como la gente de razón.

Otra imposición de los franciscanos era obligar a los nativos a que abandonaran sus lugares de residencia, aunque fueran temporales, para reunirlos en el sitio que ellos decidían.²¹ Con esto no sólo les coartaban su libertad de movimiento, sino que también cercenaban y reducían los recorridos territoriales que realizaban para recolectar, cazar y pescar. Una de las manifestaciones del malestar de los neófitos era la nostalgia: cuanto más se les alejaba de sus comunidades, más padecían de esta situación anímica.

Estas son quizá las manifestaciones más evidentes de las diferencias culturales entre colonizadores y colonizados.²² Hay otras, sin embargo, más sutiles. Por ejemplo, para los nativos, el concepto de propiedad privada individual no tenía aplicación respecto de los cotos de caza o los campos de recolección. Tampoco sobre el alimento que obtenían. La comunidad y la familia estaban por encima del individuo. Para los colonizadores, en cambio, los derechos de propiedad se concebían de otra forma, no sólo porque existía la propiedad privada individual, sino porque en las misiones, aunque en el discurso todos los bienes misionales eran propiedad de los indios, nadie podía acceder a ellos si no era con el permiso y bajo el control de los franciscanos. Además, la gente de razón consideraba casi cualquier actitud de apropiación como un robo. Cuando se inició el proceso colonizador, los frailes se quejaban de que los nativos eran ladrones porque se llevaban algunas prendas o cualquier cosa que llamara su atención. Así, de la misma manera, la aplicación de la justicia entre los nativos no recaía en un juez, sino que la comunidad o, en todo caso, los jefes de los *tibelet*,²³ sin contravenir a la comunidad, decidían el castigo que debía recibir un trasgresor.

²¹ Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 73.

²² Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 136 y ss.

²³ Los pueblos de esta área cultural eran grupos de recolectores-cazadores con territorialidad definida. Incluso algunas comunidades tenían asentamientos permanentes. Al parecer, dichas comunidades tenían alianzas entre ellas, de manera que muchas aldeas reconocían a una como su cabeza. El concepto que se ha acuñado para denominar a este tipo de comunidades es el de *tibelet*, que no corresponde exactamente al de tribu. Véase, Kent G. Lightfoot. *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2005.

V. HACIA UNA SOCIEDAD FRONTERIZA

El número de españoles que residieron en la Alta California varió con los años, pero siempre fue muy pequeño en relación al inmenso territorio y a los grupos nativos. Por ejemplo, en 1820, el número de habitantes, sumados neófitos y gente de razón, rondaba las 23.000 personas, siendo las misiones los asentamientos más poblados. Por ese motivo, los sucesivos gobernadores y virreyes impulsaron la llegada de colonos y la creación de pueblos y ranchos, donde también tuvieron cabida los soldados de los presidios que se jubilaban o terminaban sus servicios. Misioneros y militares contaron con sus sínodos y situados, que eran transformados en mercancías en la ciudad de México y enviados a las misiones y presidios, sin que se beneficiase el resto de los habitantes, pues no tenían monedas ni productos adecuados para obtener herramientas, telas finas y otras mercancías. California era una inmensa zona ganadera, con miles de ovejas y ganado mayor, amén de grandes producciones de maíz y trigo, que desde 1787 hicieron a la provincia autosuficiente en estos rubros. Sin embargo, este potencial no bastó para sostener un comercio regular con el continente.

En la década de 1780, el gobierno virreinal envió a un grupo de artesanos para que enseñaran sus oficios a los mestizos altacalifornianos, pero éstos se negaron a instruirse y los artesanos fueron enviados a las misiones. De modo que “los indios de misión” —como los llamaban los franciscanos— aprendieron, entre otras artes, a hilar, a hacer cerámica, a trabajar la madera y a fabricar jabón. El conocimiento de estos oficios artesanales no impidió que los nativos de California siguieran practicando la cestería, una de las artes indígenas más elaboradas de todo el continente americano, y otras costumbres tradicionales, como adornos y productos con pieles de animales.

La relación de los colonos y rancheros con los nativos era censurada por los frailes porque no forzaban a los indios a bautizarse ni a permanecer en los pueblos; a cambio de ello, podían contar con los nativos como trabajadores y, sobre todo, mantener un intercambio fructífero. Los indios les llevaban carne fresca de venado, pieles y hierbas del interior de la Alta California. La convivencia entre niños y adultos dio como resultado que muchos mestizos aprendieran el idioma de los nativos mientras que éstos no siempre hablaban español. Esta situación agudizaba la animadversión de los frailes, quienes no perdían oportunidad para denunciar, ante las autoridades, que todo el trabajo en los pueblos y ranchos lo realizaban los gentiles y no los colonos, a los que acusaban de flojos y pervertidos por no cumplir con la finalidad que los había conducido hasta la Alta California: la fundación de pueblos y el fomento de la provincia.²⁴

²⁴ Sobre el tema, véase Robert H. Jackson and Edward Castillo. *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*. Albuquerque: The University of New Mexico, 1995.

Sin duda, los colonos no cumplieron con su cometido, pues no ponían empeño alguno en obligar a los naturales a vivir a la usanza española. Esto, desde luego, no significa que la vida de los nativos no estuviera transformándose al convivir con la gente de razón, aunque no ocurriera exactamente cómo los misioneros creían que debía pasar. El asentamiento de colonos propició de inmediato la convivencia con los nativos, lo que dio lugar no sólo al intercambio cultural entre unos y otros, sino también a que se casaran entre sí. Cabe señalar que, a pesar de la voluntad de los frailes de mantener a las indias de misión aisladas de la “gente de razón”, con frecuencia hubo encuentros sexuales entre colonizadores y nativas. Ya desde 1773, fray Junípero Serra se quejaba de la lujuria de los recién llegados hacia las indígenas.²⁵ La suerte de los nuevos mestizos dependía de la actitud del padre hacia ellos. Si formaban una familia con las nativas pasaban a asimilarse al grupo de los colonizadores; de lo contrario, permanecían con los neófitos. Al pasar el tiempo, la adopción del cristianismo y la convivencia con los mestizos, no siempre forzosa, propició que paulatinamente fuera imponiéndose la familia monogámica, aunque también fue común que se siguiera conservando un modelo de familia extensa.

En los presidios, los soldados y los oficiales se relacionaron tanto con los indios de misión como con los gentiles. Los nativos se acercaban a vender pescado y harina; los militares podían intercambiar con ellos cualquier artículo, excepto sus espadas y lanzas, pero a veces contravenían las órdenes, pues por lo común el alimento escaseaba en los presidios. Pese a estas relaciones, los soldados no quedaban exentos de perseguir a los indios fugitivos y de tratar de evitar que los gentiles robaran el ganado.²⁶ Como podemos observar, la relación de los soldados con los naturales era muchas veces contradictoria, pues los soldados no siempre querían castigar a los naturales, aunque tenían que hacerlo por orden de sus superiores.

El sueño de los franciscanos de convertir la Nueva California en una utopía cristiana se fue desvaneciendo poco a poco, si bien pusieron las bases de una nueva sociedad que heredó el México Independiente. Del sueño seráfico se pasó a la quimera del oro con el hallazgo del dorado metal en los ríos situados al norte de San Francisco. Cuando miles de ciudadanos de medio mundo se dirigieron a California en 1848, ya bajo la bandera de los Estados Unidos, tan sólo revivieron los anhelos de los navegantes españoles que desde el siglo XVI pusieron en el mapa uno de los mitos más persistentes de la Historia. Pero volvamos, para finalizar, a la novela *Misión Olvido*:

²⁵ Informe de fray Junípero Serra al virrey, México, 20 de abril de 1773, Archivo General de la Nación, México (AGNM en adelante), ramo Californias, vol. 26, fols. 258-259.

²⁶ Instrucción que ha de gobernar al comandante del presidio de Santa Bárbara y respectivamente a los sargentos que mandan las escoltas de misiones de La Purísima Concepción y San Buenaventura, sin lugar, 1782, en AGNM, ramo Californias, vol. 61, fól. 111.

“Salimos de la cafetería hablando aún [...] me rondaron por la mente los nombres de las veintiuna misiones levantadas por los franciscanos españoles en esa larga cadena que festoneaba toda California a lo largo del Camino Real. [...] Historias de frailes conjurados y de soldados violentos, de indios bautizados e indios rebeldes, de reyes ambiciosos, expediciones en tierra ignota y una vieja España ansiosa por extender *ad infinitum* sus confines sin prever lo efímero de sus conquistas”.²⁷

²⁷ Dueñas, Misión Olvido, op. cit, pág. 233.

BIBLIOGRAFÍA

BERNABÉU ALBERT, Salvador, “El ‘Virrey de California’. Gaspar de Portolá y la problemática de la primera gobernación californiana (1767-1769).” *Revista de Indias*, núm. 195/196, 1992, págs. 271-295.

COOK, Sherburne F. *The Conflict Between the California Indian and White Civilization*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976.

COOK, Sherburne F. y Woodrow BORAH. *Ensayos sobre historia de la población 3. México y California*. México: Siglo XXI, 1980

DUEÑAS, María. *Misión Olvido*. Barcelona: Editorial Planeta, 2012.

GUEST, Francis Guest, “Misión Colonization and Political Control in Spanish California.” *Journal of San Diego History*, núm. 1, vol. 24, 1982, págs. 103-113.

HACKEL, Steven W. *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

JACKSON, Robert H. and Edward CASTILLO. *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*. Albuquerque: The University of New Mexico, 1995.

LAZCANO SAHAGÚN, Carlos. *La bahía de Santa Cruz. Cortés en California, 1535-1536*. Ensenada: Fundación Barca-Museo de Historia de Ensenada, 2006.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

LIGHTFOOT, Kent G. *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2005.

OLAECHEA LABAYEN, Juan Bautista, “Origen español de las voces *misión* y *misionero*.” *Hispania Sacra*, núm. 46, 1994, págs. 511-517.

ORTEGA SOTO, Martha. *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa-Plaza y Valdés Editores, 2001.

PALOU, Francisco. *Vida de Fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional*. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México: Porrúa, 1982.

RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci. *Sergas de Esplandián*. Madrid: Castalia, 2003.

SANDOS, James A. *Converting California. Indians and Franciscans in the Missions*. New Haven & London: Yale University Press, 2004.

SERRA, Junípero. *Writings of Junípero Serra*. Washington: Academy of American Franciscan History, 1955.

WEBER, David J., "Blood of Martyrs, Blood of Indians: Toward a More Balanced View of Spanish Missions in Seventeenth-Century North America", in David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences*. Vol. 2. *Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*, Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1990, págs. 429-448.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**SAN AGUSTÍN DE LA FLORIDA,
CIUDAD SÍMBOLO DE LA RIVALIDAD IMPERIAL
DEL SIGLO XVIII**

LOLES GONZÁLEZ-RIPOLL

SAN AGUSTÍN DE LA FLORIDA, CIUDAD SÍMBOLO DE LA RIVALIDAD IMPERIAL DEL SIGLO XVIII

LOLES GONZÁLEZ-RIPOLL

*Científica Titular
Instituto de Historia, CSIC*

1. CARTOGRAFIAR EL VACIO: SAN AGUSTÍN EN 1764

“Plano de la Real Fuerza, baluartes y línea de la plaza de San Agustín de Florida, con su parroquial mayor, convento e iglesia de San Francisco, casas y solares de los vecinos y más algunas fábricas y huertas extramuros de ella, todo según y en la forma que existe hoy 22 de enero de 1764, cuando en virtud de su entrega a la Corona británica se han embarcado y salen para la Havana y Campeche el último resto de tropas y familias españolas de la guarnición y vecindario de dicha plaza de San Agustín”.

Así reza el largo título de presentación de un plano más citado que verdaderamente conocido firmado por Juan José Eligio de la Puente quien señala haberlo elaborado “en los días de la pasada Pascua de Navidad” como puede leerse en una de las notas insertas en el mapa, por lo que fue levantado en el mes de diciembre de 1763. (Ilustración 1).

RECINTO DE LA PLAZA CUYA LINEA DESDE LA

Real Fuerza... de San Agustín de la Florida...

de la Plaza

- 1. Alameda de San Agustín... 2. Alameda de San Agustín... 3. Alameda de San Agustín...

EXTENSION DE LA PLAZA

- 18. Alameda de San Agustín... 19. Alameda de San Agustín... 20. Alameda de San Agustín...

QUADRA DE LA PLAZA

- 21. Casa de San Agustín... 22. Casa de San Agustín... 23. Casa de San Agustín...

QUADRA (II)

- 24. Casa de San Agustín... 25. Casa de San Agustín... 26. Casa de San Agustín...

QUADRA (III)

- 27. Casa de San Agustín... 28. Casa de San Agustín... 29. Casa de San Agustín...

QUADRA (IV)

- 30. Casa de San Agustín... 31. Casa de San Agustín... 32. Casa de San Agustín...

QUADRA (V)

- 33. Casa de San Agustín... 34. Casa de San Agustín... 35. Casa de San Agustín...

QUADRA (VI)

- 36. Casa de San Agustín... 37. Casa de San Agustín... 38. Casa de San Agustín...

PLANO DE LA R. FUERZA, B. ALUARNOS, Y LINEA DE I. ERROQUAL, J. MAIOR, CONVENTO E IGLESIA DE SAN FRANCISCO, CASAS Y SOLARES DE...

segun y en la forma que existe oy 22 de Enero de 1764, quando en virtud de su edito el ultimo reslo de tropas y Familias Españolas de la Guardia...

DESCR

Con los numeras 1º hasta 18, han señaladas la principal Real Fuerza, Puercas y muras de la Plaza, Junco de la...



Table with multiple columns and rows, containing detailed descriptions and measurements of the buildings and structures shown in the plan above. It lists various courtyards and buildings, such as 'QUADRA (I)', 'QUADRA (II)', etc., and provides details about their dimensions and locations.

LA PLAZA DE S.^o AGUSTIN DE FLORIDA, CON SU PALACIO VECINOS, Y MAS ALGUNAS FABRICAS Y HUERTAS EXTRAMUROS DE ELLA, TODO SEGUN A LA COVENIO PETAUICA se han combuzado y salen para la Havana y Campeche. Relacion y Vexulario de dicha Plaza de San Agustín.

DESCRIPCION.

De cuarenta y de la linea, y de 16 a 21, las fabricas construidas en las Juntas extra-terrestre al terreno que compete al Reino. En las Juntas para las que se distinguen por el ABCD y con los numeros 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000.



QUADRA (A)	QUADRA (B)	QUADRA (C)	QUADRA (D)	QUADRA (E)	QUADRA (F)	QUADRA (G)	QUADRA (H)	QUADRA (I)	QUADRA (J)	QUADRA (K)	QUADRA (L)	QUADRA (M)	QUADRA (N)	QUADRA (O)	QUADRA (P)	QUADRA (Q)	QUADRA (R)	QUADRA (S)	QUADRA (T)	QUADRA (U)	QUADRA (V)	QUADRA (W)	QUADRA (X)	QUADRA (Y)	QUADRA (Z)
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26

QUADRA (A)	QUADRA (B)	QUADRA (C)	QUADRA (D)	QUADRA (E)	QUADRA (F)	QUADRA (G)	QUADRA (H)	QUADRA (I)	QUADRA (J)	QUADRA (K)	QUADRA (L)	QUADRA (M)	QUADRA (N)	QUADRA (O)	QUADRA (P)	QUADRA (Q)	QUADRA (R)	QUADRA (S)	QUADRA (T)	QUADRA (U)	QUADRA (V)	QUADRA (W)	QUADRA (X)	QUADRA (Y)	QUADRA (Z)
27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52

Este Agustin de Florida y Monte es de 1763.
 Juan de Dios
 Juan de Dios

Este documento es uno de los tantos derivados de la firma en marzo de dicho año de la Paz de París que puso fin al tremendo duelo anglo francés a lo largo de siete años y con operaciones en los cuatro continentes. Un enfrentamiento que sancionó la plena victoria británica en América y en el que, si bien la monarquía española mantuvo al principio su política de neutralidad con Fernando VI, terminó rompiéndola en 1761 al firmar Carlos III el Tercer pacto de familia y declarar la guerra a Inglaterra y Portugal.

El ámbito del Caribe y seno mexicano se vio muy afectado en el transcurso del conflicto, especialmente por la fulminante campaña en la que los ingleses conquistaron La Habana en el verano de 1762, lo que supuso un duro revés y una gran conmoción en el mundo hispánico. También las condiciones de la paz afectaron mucho a esta zona ya que supusieron el germen de sucesivos conflictos, del arranque de una profunda acometida reformista para los territorios de la monarquía hispana y puso de relieve la aspiración hegemónica de Gran Bretaña.

En la Paz de París de 1763 Francia fue la gran perdedora al quedar Canadá y la mitad oriental de Luisiana en manos de los ingleses que sí devolvieron Martinica y Guadalupe; España, por su parte, recuperó La Habana y Manila a cambio de desprenderse de Florida, una región que llevaba en su poder desde 1513.

El plano señalado de San Agustín, la población más septentrional de los dominios españoles en América fundada en 1565 es, pues, reflejo de una larga historia de políticas imperiales e intercambio territorial —permaneció en manos británicas durante veinte años hasta 1784 en que volvió a España para perderse ya definitivamente en 1819—, de la evolución de los asentamientos europeos y sus conflictos, el contacto con las tribus nativas y, por supuesto, de la historia concreta de las miles de vidas de hombres y mujeres de distintas etnias, lenguas y orígenes que hicieron todo ello posible con su trabajo, sufrimiento y afán de supervivencia.

Aunque evidente, es importante no olvidar que cualquier medida política, cualquier ley, decreto o tratado firmado en un remoto y suntuoso salón por los gobernantes de ayer y de hoy, afectan siempre y -a veces de forma irreversible- el transcurrir de las vidas de muchos seres humanos con nombres y apellidos como los que aparecen en los márgenes del plano de San Agustín de la Florida de 1764, convertido en un interesante y vivo documento histórico de la escala humana de la gran política plena de ambiciones, estrategias, intereses y resistencias. Un plano que, cual "cartografía del vacío", plasma el esqueleto de una ciudad cuya población estaba siendo evacuada antes de su entrega oficial a los ingleses.

El plano sirve también como listado fehaciente de las propiedades de los cientos de "floridanos" o "floridanos expatriados", como fueron conocidos en su trasiego antillano, quienes abandonaron sus hogares y pertenencias con la aspiración de recuperarlas algún día y marcharon acompañados de un importante con-

tingente de indios y africanos que también prefirieron ser evacuados a Cuba. Este plano constituye, pues, una imagen de un presente fugaz, virtual y congelado en ese mes de diciembre de 1763 que condensaba un largo pasado y que, sobre todo, implicaba pretensiones de cara al futuro tanto a nivel local como imperial.

Para James Grant, primer gobernador inglés de Florida, el territorio que encontró alrededor del río San Juan (al norte de San Agustín) era a sus ojos un “Nuevo Mundo en el estado de naturaleza”, con solo un puñado de habitantes y algunas granjas y ranchos dispersos para el ganado; a esta visión interesada de una región sin apenas actividad ni habitantes contribuyeron otras fuentes de viajeros ingleses que confirmaron que antes de la llegada de los británicos, Florida era una tierra virgen, por explotar.

Todas las fuentes señalan que en el momento de la cesión a Inglaterra, San Agustín tenía una población aproximada de unas 3.000 personas; era una población heterogénea y multirracial compuesta por europeos —españoles mayoritariamente—, con un elevado porcentaje de canarios, indios, negros libres y esclavos, mestizos y mulatos. Según datos de Katheleen A. Deagan (1983) para quien el mapa de Eligio de la Puente es el más importante de la historia de San Agustín habría, hacia 1760, unas 3.000 personas: 551 militares, 392 negros (esclavos y libres), 24 alemanes, 246 canarios y 83 indios. Los datos del propio de la Puente arrojaban para el momento de la evacuación un saldo de 545 familias, 961 hombres, 798 mujeres, 681 niños y 656 niñas: 3.096 personas en total que, desglosados en otras categorías, suponían 1.750 “españoles antiguos del presidio”, 449 isleños (o procedentes de las islas Canarias llegados en 1757, 1758 y 1759), 97 catalanes llegados en 1762, 83 indios, 59 morenos, 25 alemanes católicos llegados en 1756 y 20 pardos libres; a éstos había que agregar las autoridades civiles, el personal militar, los religiosos, además de otras personas entre “forasteros” (21), “gastadores de reales fábricas” —o condenados— (38) y esclavos del rey (8) y de particulares (342) (Archivo General de Indias, Santo Domingo, 2595, n.º 1).

Como bastión militar situado en la frontera norte de los territorios hispanos y sirviendo de puerto de control del canal de Bahamas, la actividad de los habitantes principales de San Agustín estaba vinculada a la gestión, mantenimiento y provisión del pequeño ejército que allí radicaba, al trabajo en organismos de carácter civil como la contaduría o a la tarea misional de la orden franciscana en el ámbito religioso, cuyo convento de piedra se halla muy destacado en el plano de 1764.

Así pues, todos los que entonces importaban en la sociedad de San Agustín —en tanto individuos y grupos representados— y que hubieron de abandonar sus propiedades “en ciega obediencia al rey” como se enfatiza en la documentación, están presentes en el plano. La Corona prometía ayuda a todos los habitantes quienes a lo largo de diez meses —alargados finalmente a 18— fueron abandonando la plaza y embarcaron rumbo a un futuro incierto. En enero de 1764 partía

el último navío con el gobernador, consejeros, párroco y los últimos españoles y negros libres ya que solo permanecieron unos pocos hombres encargados de la venta de las propiedades y de otras labores de vigilancia y control bajo directriz de la Corona.

El detallado cargamento de algunos de los navíos que efectuaron el traslado dan una idea de los objetos, víveres y géneros de la vida cotidiana de los habitantes de San Agustín: taburetes, mesa de caoba, sillas, loza de China, cajones, faroles de cristal, loza inglesa, láminas de misterios, de Países, velas de esperma, vidrios de ventana, escopetas de indios, espejos de nogal y perfiles dorados, cafeteras de metal de cobre, camisetas blancas, aceite, arroz, cacao, piezas de paño colorado y azul para indios, sierras y serruchos, tablas de pino, etc. (AGI, Cuba, 372).

Aunque algunos floridianos navegaron hasta Veracruz y Campeche, la mayoría eligió como destino Cuba, isla con la que existía una relación desde antiguo, con muchos nexos entre sus habitantes ya que La Habana era el lugar donde los floridianos deseaban retirarse o la elegían como sede de sus principales actividades familiares como signo de estatus y para reforzar su posición social. Allí, en las cercanías de la ciudad cubana de Matanzas se intentó establecer una colonia de floridianos llamada “San Agustín de la Nueva Florida” que no tuvo éxito por la fácil inserción de sus integrantes en la sociedad habanera, si bien mantuvieron la idea de una comunidad floridana a través de las reiteradas quejas que de forma individual o colectiva elevaron a la Corona para que sus necesidades fueran atendidas y les fueran reembolsadas las propiedades abandonadas en la evacuación de San Agustín.

El plano detallado de San Agustín de Florida con la exacta localización de edificios y propiedades en 1763 fue útil durante mucho tiempo, sirvió como base de otros mapas en la idea de recuperar Florida pero es, sobre todo, un documento social y cultural de primer orden. Desde la perspectiva de la cartografía como retórica, de sus posibilidades como discurso metafórico de la realidad, resalta la significación simbólica, social y política del plano, el valor de su temática, de las tipografías y colores elegidos, la importancia de los márgenes –en lo que este plano desde luego es paradigmático- porque como señalan muchos especialistas, en ellos radica “la verdad”. Un mapa como forma de conocimiento que implica poder, como acto de control de una imagen del mundo ya que, como señalaba J. B. Harley, devoto del significado profundamente histórico de las imágenes cartográficas, concretamente en la Paz de París de 1763 los artículos relevantes del tratado definitivo fueron grabados sobre mapas para confirmar las fronteras extendidas del imperio inglés.

En el pormenorizado plano de Eligio de la Puente se advierten aspectos reveladores de San Agustín siendo posible distinguir las propiedades urbanas de las rústicas, los tipos de edificación o los materiales de construcción (piedra, tablas, etc.). Mientras los solares aparecen en un tono rosáceo destacando el número 25

perteneciente a “los herederos de D. Nicolás Ponce de León”, descendiente del descubridor de la península de Florida, se destina el color rojo para los edificios emblemáticos como el fuerte de San Marcos, el convento de San Francisco o la iglesia todavía en obras debido a un incendio, además de las propiedades destinadas a viviendas como las del propio Eligio de la Puente; también destacados en rojo la colonia de morenos libres Gracia Real de Santa Teresa de Mose y los dos pueblos de indios Nuestra Señora de la Leche y Nuestra Señora de Guadalupe de Tolomato.

Protagonista importante del plano de 1764 y de la historia de San Agustín y de la región de la Florida española en general, es Juan José Eligio de la Puente y Regidor, quien ha sido descrito como el español floridano más importante del siglo XVIII por su conocimiento, influencia en el área y actividades no exentas de intriga. Nacido en San Agustín en 1724, donde su padre —habanero— fue regidor, Eligio de la Puente se casó con otra floridana de San Agustín llamada María Sánchez (nombre, por cierto, del lago artificial actual) y murió en La Habana en 1781, solo dos años antes de que España recuperara Florida, la causa por la que luchó toda su vida. Hombre de considerable riqueza, su casa de la calle de la Marina —hoy Marina Street— era una de las mejores residencias privadas de San Agustín, además de otras posesiones también consignadas en el plano. Debido a su oficio real, su prestigio, recursos financieros y conocimiento de la comunidad fue elegido para representar a los propietarios de entre los emigrados españoles que abandonaron Florida entre 1763 y 1764. Eligio de la Puente fue contador del tribunal de cuentas de La Habana entre 1764 y 1777 y uno de los agentes de la Corona española enviados a puntos clave del área en el contexto de la guerra de independencia de las trece colonias —a cuya causa tanto ayudó España— como el más conocido Juan de Miralles en Filadelfia, cuya esposa era Josefa Eligio de la Puente, prima de nuestro floridano. De la Puente fue comisionado a la Florida inglesa en calidad de comerciante, simple subterfugio para vigilar las fuerzas y los movimientos británicos, contactar con los norteamericanos de Georgia y las Carolinas y recabar ayuda de los indios en caso de un eventual ataque español. De la Puente escribió sobre los indios Uchiz y Talapuches sobre los que tenía gran ascendiente y fue autor de unas Memorias histórico-políticas para Florida y de numerosos informes en los que defendía una estrategia de alianza con los naturales para recuperar el terreno perdido a manos de Gran Bretaña.

2. EL PRESIDIO DE SAN AGUSTÍN, UNA SOLUCIÓN DE FRONTERA

En 2013 se celebraron los 500 años en que Juan Ponce de León divisó por primera vez lo que creyó una gran isla a la que bautizó Florida por coincidir ese día con domingo de resurrección o de la “Pascua Florida” y cuya toma de posesión realizó tras desembarcar en el río San Juan muy cerca de donde se fundaría San

Agustín más de cincuenta años después. En esa época, lo que podía considerarse el territorio de la Florida que los nativos llamaban Cautio abarcaba lo que hoy son los estados estadounidenses de Georgia, Florida, Alabama, Mississippi, parte de Louisiana, parte de Texas y Carolina del Sur. En tan extenso área vivían numerosas tribus de indios muy distantes unas de otras, muy difíciles de identificar y con muchas lenguas diferentes que nunca dejaron de desconcertar a los españoles. Algunas grandes tribus eran los muskogee integrada por los indios creek, choctaw y chikasaw en el curso del Mississippi, los timucua formados por grupos diversos asentados en la costa atlántica y casi toda la península de Florida y los calusa al sur de ésta (Sáinz 1992:105). Fueron estos dos últimos grupos —los calusa y los timucua— con los que primero contactaron los españoles y por distintos testimonios como el de Hernando de Escalante, cautivo durante quince años de los primeros, conocemos algo de sus actividades. Dedicados a la agricultura de subsistencia con el maíz como base alimenticia, cultivaban tabaco, consumían carne de la caza de venados, bisontes, pavos, etc., eran expertos pescadores, seminómadas en diferentes grados y, sobre todo, eran buenos guerreros y estrategas en las repetidas pero breves luchas mantenidas entre vecinos y contra los españoles. Pese a su dispersión y diferencia idiomática, se comunicaban en caso de necesidad como cuando llegaron los españoles y encendieron hogueras para alertarse unos a otros. Su aspecto resultó muy agradable a los españoles que admiraron su forma física, belleza y estatura; el hijo de un cacique fue descrito como “de dieciocho años, tan alto que ningún castellano le llegaba al pecho”. La no existencia de una autoridad suprema entre los nativos dificultó el modelo de relación por parte de los españoles que intentaron granjearse la confianza de los caciques locales con regalos y sus misioneros intentaron sin mucho éxito la conversión religiosa. La relación fue mala durante mucho tiempo y, en ocasiones, de guerra abierta si bien con la presencia de las distintas potencias se fueron creando alianzas e intereses como era patente ya a finales del siglo XVIII.

Así pues, Florida no resultó para los españoles un territorio rico en oro, tampoco el lugar de la mítica fuente de la eterna juventud y sí un paraje inhóspito, con indígenas hostiles y violentas tormentas cuyo gran valor estratégico hizo necesario su mantenimiento pese a lo gravoso que ello sería para la Corona. El objetivo era asegurar el retorno de los navíos a España y evitar el acoso de súbditos de otras potencias europeas prestas a hacerse con el botín del Nuevo Mundo por lo que los sucesivos monarcas hispanos instaron a la exploración y conquista de la península de Florida siguiendo los pasos de Ponce de León. Muchos fueron los que perecieron en esta empresa tanto en los primeros viajes costeros como el que protagonizó Lucas Vázquez de Ayllón —fundador del primer establecimiento en la zona en 1526, San Miguel de Guadalupe, situado en la actual Carolina del Sur que fue pronto abandonado por el acoso indígena—, como en los intentos de adentrarse en tierras ignotas como Pánfilo de Narváez, también muerto en aquellas latitudes; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de la

expedición de Narváez, realizó la odisea de alcanzar el río Colorado y llegó al Pacífico, Hernando de Soto emprendió el viaje más ambicioso de los organizados a Florida en cuyo transcurso encontraron a Juan Ortiz, superviviente de la expedición de Pánfilo de Narváez que llevaba doce años viviendo entre indios y se incorporó en calidad de intérprete. Cada vez era más patente la dificultad de explorar la tierra floridana, pobre, dura e insalubre que parecía tragarse las expediciones “sin lograr provecho alguno ni para Dios ni para el rey” (Keegan 1957) y es que los intentos de conversión religiosa de los indígenas condujo a dudar de la pertinencia de que los misioneros acompañaran a las huestes conquistadores o, quizás, les fuera mejor solos. Así, en 1549, Fray Luis de Cáncer logró emprender una expedición compuesta únicamente de religiosos en la creencia de que su talante pacífico y amistoso les granjearía la simpatía de los indígenas quienes, sin embargo, terminaron matando a golpes al propio Cáncer. Fue, finalmente, la constatación de la presencia francesa en la costa este de Florida lo que hizo persistir en la idea de la Corona de establecer puntos estratégicos y defender la zona mediante la presencia permanente de españoles. La numerosa expedición comandada por Tristán de Luna fundó Santa María Filipina en 1559 en la Florida occidental —en lo que fue la bahía de Mobila (hoy Mobile en el actual estado de Alabama)— pero cuyo lastimoso final de nuevo evidenció la imposibilidad de asentarse y evangelizar a los indios. Incluso la Corona sensibilizada con tantos desastres sufridos por sus súbditos promulgaría un decreto para “prohibir ir a esas tierras malditas” (Sáinz 1992: 96), si bien los reiterados ataques a las flotas españolas por otros europeos y el establecimiento de un fuerte francés (Fuerte Carlos) no hicieron posible mantenerse al margen.

Es por todo ello que la fundación de San Agustín de la Florida por el asturiano Pedro Menéndez de Avilés en 1565 como pequeño bastión militar de carácter estratégico supuso un logro sin precedentes para la España del momento y, a punto de cumplir 450 años de vigencia, tiene el honor de ser considerada la ciudad más antigua de los Estados Unidos. Como señalaba el presidente John F. Kennedy los americanos olvidan este hecho y piensan erróneamente que su historia arranca con el establecimiento de Jamestown en Virginia en 1607 y la llegada de los peregrinos del Mayflower a las costas de Massachusetts en 1620. Hay que tener en cuenta que una de las fórmulas hispanas para integrar un territorio de frontera —junto a la misión, la hacienda, el real de minas y la ciudad— era el denominado presidio militar, entendido como “la guarnición de soldados que se pone en las plazas, castillos y fortalezas, para su guarda y custodia” y como “la misma ciudad, ó fortaleza que se puede guarnecer de soldados” (Diccionario de Autoridades, RAE, 1780). Así, el presidio de San Agustín de la Florida —junto a varios fuertes, Santa Elena, San Mateo y San Felipe— fue el modo de actuar sobre un territorio virgen a fin de poner bajo el poder y la dominación española la distante frontera y como reflejo de la continuidad del interés estratégico de la monarquía por el flanco oriental de las Indias desde América del Norte al sur magallánico.

Como centro de carácter militar, civil y misional de la orden franciscana, San Agustín estaba —como está hoy día— abierta al mar, tenía una peculiar planta alargada con una plaza de armas en el centro y en los primeros tiempos se hallaba protegida por una torre de vigilancia situada en la isla Anastasia, verdadera barrera natural a lo largo de la costa; precisamente el avistamiento de la torre permitió al corsario inglés Francis Drake localizar San Agustín y saquearla en 1586. El ataque del también inglés John Davis en 1668 decidió la construcción de un baluarte defensivo de entidad que protegiera de los frecuentes asedios que destruían las pocas casas existentes: desde 1702, año en que volvió a ser atacada, pudo contarse con la imponente fortaleza de San Marcos.

Desde los enclaves británicos llegaron a San Agustín negros fugitivos, cuya liberación a cambio de acogerse a la religión católica supuso un elemento de atracción para muchos escapados, entre ellos esclavos de origen carabalí, congos y mandingas que se establecieron como hombres libres conformando una compañía militar en la colonia de Gracia Real de Santa Teresa de Mose en las cercanías de San Agustín. Asimismo, familias de indios componían los pueblos de Nuestra Señora de la Leche y Nuestra Señora de Guadalupe de Tolomato.

El modesto progreso del asentamiento militar de San Agustín fue también posible al convertirse en un puerto de intercambio de productos desde las colonias inglesas hacia las islas del Caribe o, en palabras de Herminio Portell Vilá, “la terminal española del contrabando con los 13 colonias británicas”. Así pues, se simultaneaban los contactos comerciales y los ataques de ingleses al establecimiento español como los sufridos en 1704, 1728 y 1740, fecha esta última de un conocido “plano de San Agustín y sus contornos en el cual se demuestran los parajes que han ocupado los ingleses, baterías de cañones y morteros con que han atacado el referido fuerte y plaza por espacio de 27 días, contados desde el 24 de junio hasta el 20 de julio (ambos inclusive) de este año de 1740”.

A medida que transcurría el siglo XVIII, la disputa de los imperios ultramarinos por los espacios coloniales se agudizó y el “Circumcaribe español”, desde la isla de Trinidad hasta el punto más septentrional de la península de Florida, constituyó una zona en permanente conflicto, un área de frontera de límites tan imprecisos como interesados en el que el intercambio de territorios fue incesante (Graffenstein 1997). Como señaló John H. Elliot no se trató sólo de lo que en la superficie podría considerarse como una pugna por el control de las grandes rutas de navegación y comercio marítimo, sino de una transformación completa de los equilibrios entre la naturaleza de los intercambios, las economías implicadas y los sistemas coloniales.

Desde la guerra de los Siete años iniciada en 1756 y hasta el fin de las guerras napoleónicas, Gran Bretaña y Francia vivieron un periodo de máxima tensión por el dominio de los mares que, lógicamente, repercutió en otras potencias como España. Al acabar la contienda en 1763, España pudo constatar el estado

de indefensión en que se encontraban sus territorios y comenzar a replantearse su política americana; con el fin de reforzar el control político y económico sobre las posesiones ultramarinas se implementó un paquete de reformas destinadas a su mantenimiento y rentabilidad con medidas muy diversas: creación de intendencias, mayor libertad comercial, aumento de la fiscalidad, obras de fortificación, labores estadísticas y hasta comisiones científicas para mayor conocimiento de los recursos naturales y mejor ordenación y defensa del territorio.

Este proyecto reformador supuso también una profunda transformación de las posesiones del Caribe (Cuba y Puerto Rico) —hasta entonces muy importantes como plazas fuertes militares y baluartes defensivos del imperio— que se convirtieron en productoras mundiales de azúcar, café, tabaco y otros productos tropicales de exportación con base en la mano de obra esclava, lo que también implicó una geoestrategia diferente.

3. ESTRATEGIA, RIVALIDAD, CONOCIMIENTO CIENTÍFICO E INTERCAMBIO TERRITORIAL A FINALES DEL SIGLO XVIII

En cuanto a poder territorial, 1763 supuso la desaparición de Francia de Norteamérica quedando solas España y Gran Bretaña enfrentadas con el Mississippi como línea de separación ya que la zona al este del río —o mitad oriental de la Luisiana francesa— pasó a manos de los ingleses mientras España se quedó con el control de la parte del oeste. Ambas potencias compartían también otras áreas de frontera escasamente pobladas pero con amplias extensiones interiores habitadas por grupos indígenas con quienes los británicos establecieron una política de atracción y pactos muy exitosos que después los españoles quisieron imitar.

A fin de aumentar la población del territorio recién adquirido por Gran Bretaña y que había sido abandonado de forma masiva por los españoles, los nuevos propietarios establecieron una fórmula denominada “derecho de familia” o “family right” para transferir tierras a quienes se asentaran en Florida, contabilizándose desde 1765 unas 576 cesiones a otros tantos individuos y grupos familiares. Entre los agraciados se hallaba el médico y empresario escocés Andrew Turnbull, organizador de la recluta de pobres europeos necesitados que quisieran afincarse en Florida. Finalmente logró el traslado de un grupo numeroso de personas deslumbradas por la promesa de una mejora de vida, principalmente originarias de Menorca, isla en poder de los ingleses donde se vivía una situación de gran penuria, además de griegos e italianos. Fueron instalados en lo que Turnbull llamó New Smyrna o Nueva Esmirna, población situada en una zona costera al sur de San Agustín, hoy día New Smyrna Beach, donde más de un millar de europeos se dedicaron al cultivo de algodón y otros productos hasta que en 1777, cansados de las dificultades del lugar, se trasladaron a San Agustín. Se conserva el libro de registros de bautizos y matrimonios de la parroquia de San Pedro de

Mosquitos o “libro de oro” anotado por el sacerdote menorquín Pedro Camps Janer que acompañó a los emigrantes en la primera etapa (Rasico 1998). Entre los integrantes de la colonia menorquina en Florida, cuya influencia ha pervivido largo tiempo en costumbres e idioma, destaca también Jorge Ferragut, padre del que se convertiría en primer almirante de Estados Unidos David G. Farragut.

Durante los veinte años de posesión inglesa de tan amplios territorios (1763-1783), los españoles desarrollaron planes para recuperarlos que, en el caso de Florida oriental, se basaban en el plano de Eligio de la Puente. La ocasión llegó al producirse la sublevación de las 13 colonias británicas contra su metrópoli en 1775, una oportunidad para aminorar el poder inglés en América que España no quiso perder. Primero se decidió el envío de agentes españoles (los floridanos Eligio de la Puente y Luciano de Herrera, entre ellos) a zonas sensibles como Filadelfia, Jamaica o la propia Florida a fin de conocer los movimientos de tropas, además se ayudó secretamente a los insurgentes y, desde 1779, la monarquía hispana participó ya abiertamente en el conflicto contra Gran Bretaña.

Bernardo de Gálvez —sobrino del todopoderoso ministro José de Gálvez y desde 1777 gobernador de la Luisiana española— fue protagonista indiscutible de las victorias militares contra los ingleses, aunque lamentando reiteradamente la falta de planos, mapas y descripciones exactas de la zona. Ayudado por grupos de nativos con cuyos caciques contactó Gálvez encabezó una serie de conquistas (fuertes de Baton Rouge, Natchez, Manchak y otros establecimientos británicos situados en la orilla izquierda del Mississippi) para hacerse con la bahía de Mobila y en 1781 tomar Panzacola —plaza considerada vital para las posesiones españolas en el seno mexicano— completando, así, la conquista de la Florida occidental.

Como resultado, Bernardo de Gálvez llegaría a ser nombrado capitán General de Cuba con el mando de Luisiana y las Floridas, plenamente satisfecho por haber liberado de amenaza extranjera la entrada del golfo pero intranquilo ante la cuestión de límites y libre navegación del Mississippi reconocida a Estados Unidos por Inglaterra en el tratado de paz de 1783.

Y es que éste era uno de los problemas en el interior del golfo, la importante cuestión de la navegación del curso del río Mississippi que había ocasionado enfrentamientos primero con los ingleses y que no tardarían en reanudarse con los habitantes de los nuevos Estados Unidos. De hecho, en un importante documento interno del gobierno de 1787 (Instrucción reservada enviada por Florida-blanca a la Junta de Estado), quedaba patente el temor de la Corona española a la expansión de los colonos norteamericanos para cuyo freno se proponía hacer lo necesario “para la población de las dos Floridas, favoreciéndolas, y a su comercio y navegación, como a la Luisiana, supuesto que han de ser la frontera de aquellos diligentes y desasosegados vecinos, con quiénes se procurarán arreglar los límites en la mejor forma que se pueda”. “Comprendido [el río] en mis do-

minios hasta donde llegan éstos con la adquisición de las Floridas —señalaba el monarca- (...) a pesar de esta verdad, quieren los colonos dependientes de los Estados Unidos tener la navegación libre hasta el Seno mejicano; cosa que perjudicaría mucho a la máxima que he tenido de cerrar aquel seno a los extranjeros, para que de este modo estén más seguras las provincias de Nueva España y para la prosperidad de su comercio exclusivo, que pertenece a mis vasallos”.

La condición estratégica atribuida a las islas y zonas adyacentes al Golfo de México —junto a otras áreas neurálgicas de la monarquía hispana como el noroeste americano y el sur patagónico— quedaba clara: “El cuidado de las islas y de los puertos principales que ciñen las dos Américas debe ocupar todas las atenciones de la Junta. Pobladas y aseguradas las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Trinidad, y bien fortificados sus puertos y los del continente de Florida, Nueva España, por ambos mares (...), no solo se podrán defender de enemigos aquellas vastas e importantes regiones, sino que se tendrán en sujeción los espíritus inquietos y turbulentos de algunos de sus habitantes”.

Este texto revelaba el temor de la Corona española —además de a los propios súbditos de “espíritus inquietos y turbulentos”— a la expansión de los colonos norteamericanos, una vez comprendido que el río Misisipi y Luisiana eran claves para el comercio y el mantenimiento del dominio en la zona, así como la imperiosa necesidad de implementar más recursos, tanto humanos como materiales. Por ello, las sumas del situado enviadas a esta provincia se elevaron progresivamente y se intentó una política destinada a aumentar la población afín a España mientras se estimulaba las relaciones comerciales con los indios limítrofes de la frontera como fórmula de control. En este contexto, España desarrolló una estrategia en varios frentes: el económico-comercial con el envío de abundantes recursos monetarios y privilegiando determinadas compañías, el social con planes para poblar la región, el político mediante tratados de amistad con los diversos grupos de nativos, así como el científico-militar con comisiones de reconocimiento del medio físico; fórmulas todas puestas en marcha para, si no frenar, al menos retrasar la inevitable pérdida de territorios a manos de Estados Unidos en un proceso acaecido en etapas sucesivas desde 1795 hasta 1821.

Así pues, con la modificación del panorama político-territorial en el Caribe y seno mexicano tras la paz firmada en Versalles en 1783 en la que España recuperó el dominio del golfo, muchas fueron las propuestas de realización de exploraciones hidrográficas para mejorar el conocimiento de sus costas y facilitar las navegaciones. La clara constancia de los participantes en la guerra de la inexactitud de las cartas y planos que les tocaba manejar produjo un cierto clima proyectista en el que se sucedieron informes y planes de grandes expediciones organizadas desde la península con plenitud de medios y objetivos, así como de otras más modestas, dispuestas por autoridades locales y no por ello menos eficaces. Los distintos proyectos estaban presididos por la idea del marino José

de Mazarredo, de que —todo asegura con una evidencia de demostración que allí [en la América septentrional] es donde las Marinas Militares han de hacer su teatro de guerra cuando llegue este caso. Todas se preparan para él, reputándose esta misma preparación como el mejor medio de retardarlo, pero al cabo llega—.

Se elaboraron ambiciosos planes para el reconocimiento científico y la exploración cartográfica en un clima no exento de pragmatismo. Hay que recordar los informes de importantes figuras conocedoras de la política ultramarina como José de Ábalos, primer intendente de Venezuela que, en 1781, preocupado por la distancia entre territorios “inmensos” y remotísimos”, sugería que la Corona se desprendiese de las regiones más alejadas (Lima, Quito, Chile, La Plata y Filipinas) y dividiera la porción restante en monarquías con príncipes españoles al frente (Lucena Giraldo 2003: 68). Asimismo, el conde de Aranda, furibundo antibritánico y contrario al apoyo español a la independencia de las trece colonias, insistió en el peligro de la distancia para optar, igualmente, por retener solamente las islas de Cuba, Puerto Rico en el norte y algunas en el sur para escala del comercio español. En su opinión, era fundamental contrarrestar el poder de Estados Unidos, una “república federativa” [que] mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución y después un coloso irresistible en aquellas regiones (...) y no pensará más que en su engrandecimiento” (Lucena Giraldo 2003: 79).

A esta dosis de realidad contribuyeron otros como el militar José Salcedo que en 1788 señalaba sobre lo perjudicial que era Florida oriental para España: “que el presidio y provincia de San Agustín tiene unas fortificaciones malas, inútiles y de muy costoso entretenimiento, que lo que se llama puerto es solo una barra peligrosísima de fondo muy corto y percedero, que no se puede interceptar ni impedir desde ella el contrabando ni hacer el corso, que de nada sirve su establecimiento para proteger la verdadera religión ni para coadyuvar a la conservación y defensa de las provincias inmediatas, que sus habitantes son despreciables por su calidad y cortísimo número; que no tiene ganados, que sus producciones y frutos no merecen la menor consideración, que no es capaz de comercio alguno, que ningún cuidado influye el que la posea cualquiera otra potencia, y, por último, que es inútil bajo todos los aspectos al Estado, y embarazosa, muy costosa, arriesgada y perjudicialísima a su conservación. Luego es muy conveniente a la España deshacerse de ella” (Sánchez-Fabrés 1977: 17-18).

Al producirse la ansiada recuperación de Florida, muchos de aquellos habitantes de San Agustín que tuvieron que abandonarla en 1763 —o, incluso, sus descendientes— sintieron la impaciencia de volver al hogar. Como señala Elena Sánchez-Fabrés, los veinte años de soberanía británica no habían cambiado mucho la ciudad aunque la mayoría de los edificios públicos se hallaba en ruinas. Menos de cuarenta viviendas particulares se hallaban en buen estado, una centena pasables y el resto con necesidad urgente de reparación. El monasterio había sido convertido en barracas por ingleses, un uso que continuaron los es-

pañoles aunque se hizo un intento de restaurarlo así como las antiguas misiones a él asociados. El estado de la iglesia era deprimente y el único lugar que pudo destinarse al culto fue un sótano de una residencia de las afueras de la ciudad. En 1785, cuando se hizo efectivo el fin del dominio británico, las nuevas autoridades remitían a España los planos y perfiles levantados por el comandante de ingenieros de San Agustín de la Florida para constatar las partes del castillo, cuarteles y pabellones que requerían ser construidos o reedificados, algunos de los que sufrirían posteriores percances como el incendio en 1792 de los “cuarteles viejos o ingleses” que era comunicado al gobernador de Cuba, Luis de Las Casas. También se constató la peligrosidad del puerto de San Agustín con la existencia de una barra de escasa profundidad que dificultaba el acceso de los buques y en la que se habían producido más de doscientos naufragios.

Respecto a la población de San Agustín —que tras la revolución americana recibió grupos de leales a la corona británica desde las colonias del sur a quienes se ofreció tierras— las disposiciones sobre la población inglesa pasaban por aceptar su permanencia a cambio de su conversión a la religión católica y otras medidas de control para que no aumentaran sus propiedades ni pudieran salir del territorio. Entre unos y otros sumaron 750 habitantes en San Agustín al iniciar la dominación española. El repunte de habitantes con el regreso de floridanos hizo que en 1784 alcanzaran las 2.000 personas empadronadas, cantidad que se vio disminuida tres años cuando se constató la dificultad del enclave, la carestía de víveres y la insuficiencia de la producción local. En 1787, la colonia floridana no alcanzaba los 1.400 habitantes, de los cuales el 65% eran blancos (isleños, floridanos, menorquines, italianos, griegos y británicos) frente a un 35% de esclavos que trabajaban en las pequeñas plantaciones existentes. El gobernador se quejaba de la penuria existente y de que la dependencia de La Habana era insuficiente, teniendo que recurrir a Nueva York para aprovisionar de víveres a la población de San Agustín.

La necesidad de población como estrategia de defensa y mantenimiento de la soberanía contrastaba con la situación objetiva de escasez. En 1789 se dictó que las autoridades cubanas tomaran todas las medidas para facilitar el regreso de los floridanos y sus descendientes con la promesa de ayudar a quienes carecieran de medios de subsistencia así como proceder a la devolución de propiedades a sus legítimos dueños o asegurar el disfrute de otras de similar valor. Muchas familias floridanas hicieron reclamaciones mediante documentos probatorios como Catalina de Porras que solicitaba la casa de su madre o M.^a de los Ángeles Florencia “y demás familias procedentes de la Florida” a fin de “que se le satisfagan las casas, tierras y solares que poseían antes de la transmigración a esta plaza”. Muchos fueron los que en los primeros años de la segunda etapa española en San Agustín, refirieron sus vidas para lograr algún medio de subsistencia tanto en La Habana como una vez afincados de nuevo en Florida y se prescribía que las

mujeres ancianas que por su avanzada edad o falta de salud no pudiesen pasar a tomar posesión de sus bienes raíces, continuaran percibiendo el subsidio habitual. Lucía Escalona señalaba en 1788 ser natural de San Agustín, que su padre Alonso de Escalona sirvió en las tropas veteranas hasta que murió, también sus abuelos por ambas líneas, que disfrutó de dos reales en concepto de huérfana hasta que se casó con un marinero que se halla desaparecido. Que llegó a La Habana por la cesión de San Agustín “abandonando su casa y algunos otros bienes” y que en ella ha recibido 1 real y medio para subsistir “pero hallándome en su tierra y en una avanzada edad que le imposibilita buscar personalmente el sustento” suplica una limosna de dos reales.

Para los que decidieron regresar, la real hacienda facilitaría la reconstrucción de las casas a cambio de su devolución transcurridos diez años, se otorgaba “un negro a los cabezas de familia que tomen tierras para labrar y todas las herramientas necesarias al cultivo” y a los establecidos en Campeche se les proporcionaría el transporte y una limosna si era necesario.

En la práctica, sin embargo, quedó claro que no todo eran facilidades. Así, la reclamación en 1792 de las morenas libres M.^a Gertrudis Rozo y M.^a Trinidad Rozo, madre e hija naturales de San Agustín, les fue denegada porque —como rezaba la resolución— “jamás han gozado las mujeres negras o pardas de la Florida pensión alguna”. En sus instancias, las suplicantes señalaban que, “aunque de color tenían en Florida su casa, tierras y otros muebles que a causa de una ciega obediencia dejaron abandonadas con el consuelo de verse en la Habana atendidas y socorridas como se ofreció a todos, por bando de 24 de febrero de 1763” (AGI, Santo Domingo, 2577).

Como señala Elena Sánchez-Fabrés, la segunda dominación española de Florida lo fue solo nominalmente por la debilidad de la situación de la península y la intranquilidad de los territorios ultramarinos. Los ciudadanos norteamericanos se aprovecharon de estas circunstancias y emigraron hacia las posesiones españolas con el respaldo de su gobierno y con la esperanza de que Florida pasara a formar parte de la nueva nación. (Sánchez-Fabrés 1977: 173)

Pero por encima de todas las consideraciones relativas a las dificultades del nuevo emplazamiento y su oneroso y complicado mantenimiento como avanzó José Salcedo, se hallaba la política a seguir respecto al nuevo vecino Estados Unidos y la relación comercial y diplomática con los indios como necesarios aliados de España en el nuevo contexto. Un total de 45.000 indios habitaban el territorio intermedio entre las Floridas y los establecimientos americanos; con el objetivo de que constituyeran una barrera humana de contención a las ambiciones norteamericanas, España siguió la estrategia inglesa de establecer un clima de respeto con las tribus limítrofes y conciliar intercambios comerciales y agasajos con tratos de amistad y defensa mutua. Así, en la expedición cartográfica que realizó José de Hevia a lo largo de las costas floridananas y de Luisiana entre 1783

y 1786 señalaría que los indios encontrados (uchices, talapuches y chactas) eran “apacibles y de un regular trato con los españoles a quien se muestran sumamente apasionados”, iban a caballo y practicaban la caza vendiendo las pieles a los ingleses a cambio de pólvora y balas.

Finalmente, una combinación de políticas erradas en el reinado de Carlos IV con el goteo de cesión territorial en América (Santo Domingo a Francia en 1795, Trinidad a Gran Bretaña en 1797, Luisiana a Francia en 1800 vendida en 1803 a Estados Unidos), la crisis de la monarquía desde 1808 y sus consecuencias en la América continental y, sobre todo, la implacable presión de Estados Unidos y su política expansionista de hechos consumados, llevaron a la desintegración de la autoridad española en la zona. Estados Unidos se adueñó primero de Florida occidental en 1812 y en 1819 se firmaba el traspaso de la Florida oriental en un tratado que, como señalaba ante lo inevitable una autoridad española, sin ser el mejor posible, era el tratado más “factible, porque todo lo demás sería lisonjearnos de conseguir aquello que nunca podríamos alcanzar” (Sánchez-Fabrés 1977:316).

4. TESTIGOS DE UN TIEMPO: SAN AGUSTÍN / ST AUGUSTINE

La ratificación del tratado con España en 1821 propició la incorporación de Florida a Estados Unidos, convirtiéndose en 1845 en estado independiente integrado por la península y una estrecha franja al oeste, en donde se halla su capital Tallahassee, nombre derivado de una lengua amerindia que alude a los indios seminolas que allí habitaban y lugar intermedio entre Panzacola y San Agustín, los dos enclaves principales de la región antes del espectacular desarrollo de la ciudad de Miami.

En la actualidad, San Agustín o Saint Augustine como es su nombre oficial, conserva algunos vestigios del pasado hispánico que sus habitantes potencian con orgullo como atractivo turístico y cultural. Este “sabor” —conservado con carácter de parque temático en lo que se conoce como “colonial quarter” o “distrito colonial”— se refleja en la toponimia de calles y plazas (Oviedo, Valencia, Almería, Saragossa, Cordova, Sevilla, Marina, Menendez Av., Ponce de Leon Hall), en edificios singulares como el castillo de San Marcos y el hospital militar o en viviendas cuyo estilo arquitectónico con escudos y blasones en las fachadas y los balcones corridos pueden evocar la casa asturiana tradicional (casa de los Mesa, de los Peso del Burgo, de los Ximenez-Fatio, de los Hita, de los Gallegos) y en la estructura urbana con terrazas, iglesias, calles estrechas y plazas donde los niños corren y juegan.

Aún hoy existe el obelisco dedicado a la Constitución de Cádiz de 1812 que da nombre a la Plaza de la Constitución —en perfecto castellano— que fue inaugurada por el entonces gobernador español Sebastián Kindelán y está considerada el primer espacio público de Estados Unidos.

Como ecos del pasado hispano, reafirmación ciudadana y reclamo turístico, a lo largo del año San Agustín rememora su historia a través de varios festivales que incluyen música, juegos y danzas de tradición hispana como “Melendez Landing”, “Days in Spain”, “Celebration of Centuries” o “St. Augustine Easter Parade”.

La ciudad está hermanada con Avilés –compartiendo ambas réplicas de la misma estatua del fundador de la ciudad floridana, Pedro Menéndez de Avilés– además de con Cádiz y, lógicamente, con la isla de Menorca.

BIBLIOGRAFÍA

ARNADE, Charles W. "Cattle raising in Spanish Florida, 1513-1763". *Agricultural History*, vol. 35, n.º 3, 1961, págs. 116-124.

BALSEIRO, José Agustín (ed.) *Presencia hispánica en la Florida. Ayer y hoy: 1513-1976*. Miami: Ediciones Universal, 1976.

CARVALLO Y MIYERES, C. *La ciudad de San Agustín de la Florida. Notas e impresiones de viaje*. La Habana: Ed., Lex, 1954.

CEBRIÁN GONZÁLEZ, Carmen. *Cambio y permanencia: la Florida española 1783-1821*. Cádiz-Madrid: Diputación provincial-CSIC, 1999.

DEAGAN, Katheen A. *Spanish St. Augustine. The archeology of a colonial creole community*. New York: Academic Press, 1983.

GARRIGES LÓPEZ-CHICHERI, Eduardo (coord.) *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Madrid: Marcial Pons, 2008.

GRAFENSTEIN, Johanna Von. *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808. Revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*. México: UNAM, 1997.

HARLEY, J. B. *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México: FCE, 2005.

ELLIOT, John H. *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Madrid: Santillana, 2006.

KEEGAN, Gregory J. *Experiencia misionera en La Florida, siglos XVI-XVII*, Madrid: CSIC, 1957.

LANDERS, Jane. "Una comunidad del siglo XVIII en el exilio: los floridianos en Cuba," *Del Caribe* 44 (2004), págs. 53-61.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. "Guarniciones y población militar en Florida Oriental (1700-1820)", *Revista de Indias*, 41, 1981, págs. 91-142.

MONTESQUIN, François-Auguste de. “El proceso de urbanización de San Agustín de la Florida (1565-1821): arquitectura civil y militar”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XXXVII, 1980, págs. 583-647.

RAAB, James W. *Spain, Britain and the American revolution, 1763-1783*. Jefferson-London: McFarland and Company, 2008.

RASICO, Phillip D. *El Llibre d’Or dels menorquins de la Florida: el registre de San pedro de Mosquitos i estudi de la població menorquina a la Florida en el segle XVIII*. Mahón: Institut Menorquí d’Estudis, Consell Insular de Menorca, 1/1/1998.

REPARAZ, CARMEN DE. *YO SOLO. BERNARDO DE GÁLVEZ Y LA TOMA DE PANZACOLA EN 1781*. BARCELONA: EDICIONES DEL SERBAL, 1986.

RIBES-IBORRA, Vicente. *Don Juan de Miralles y la independencia USA*, 2003.

SÁINZ, María Antonia. *La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista*. Madrid: Ed Mapfre, 1992.

SÁNCHEZ-FABRÉS MIRAT, Elena. *Situación histórica de las Floridas en la segunda mitad del siglo XVIII (1783-1819)*. Los problemas de una región de frontera. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1977.

SMITH, Gene Allen y HILTON, Sylvia L. (eds.) *Nexus of Empire: negotiating royalty and identity in the revolutionary borderlands, 1760s-1820s*. Gainesville: University Press of Florida, 2010.

TEPASKE, John J., *The governorship of Spanish Florida, 1700-1763*. Durham: Duke University Press, 1964.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LA COMISIÓN CIENTÍFICA DEL PACÍFICO
EN CALIFORNIA**

MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER

LA COMISIÓN CIENTÍFICA DEL PACÍFICO EN CALIFORNIA

MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER

*Profesor de Investigación
Instituto de Historia, CSIC*

1. LA COMISIÓN CIENTÍFICA DEL PACÍFICO

La organización de la Comisión Científica del Pacífico supuso un intento de recuperación de la tradición científica ilustrada, desde los presupuestos románticos y nacionalistas de la ciencia isabelina, en un momento histórico en el que la burguesía española, representada por el gobierno de la Unión Liberal, desarrollaba una política exterior caracterizada por el intervencionismo militar, ya demostrado en Marruecos, México y Santo Domingo, que desembocaría en un enfrentamiento bélico con las repúblicas del Pacífico (Durán de la Rúa 1979; Inarejos Muñoz 2010 b).

Después de medio siglo sin enviar viajes de exploración científica al Nuevo Mundo, el año de 1862 el gobierno de la reina Isabel II preparó la llamada Comisión Científica del Pacífico, última de las grandes expediciones enviadas a América. Si bien es cierto que alguno de los políticos que más activamente intervinieron en su organización, como el ministro de Fomento o incluso la reina Isabel II, consideraron que la nueva empresa sería la continuadora de las grandes expediciones ilustradas del siglo XVIII, las muy conocidas de Löffling, José Celestino Mutis, de Hipólito Ruiz y José Pavón, de Sessé y Mociño o Malaspina, la nueva expedición aparece ante nuestros ojos como una expedición esencialmente romántica y nacionalista.

Se producía el envío de una escuadra de guerra a las aguas del Pacífico con una comisión de profesores de ciencias naturales a bordo, en un momento de euforia de la burguesía española en los años centrales del siglo XIX. La Unión Liberal había conseguido una situación interna que favorecía sin duda el optimismo histórico

de España de ocupar de nuevo un papel relevante en el conjunto de las naciones europeas, ya que había mejorado el comercio exterior, se consolidaba el sistema bancario, se desarrollaba la agricultura de exportación, la industria textil, el ferrocarril, el ejército y la marina. La política exterior española era intervencionista, como se había demostrado en Marruecos, México y Santo Domingo, lo que unido a su ideología panhispanista —obsesionada con estrechar los lazos políticos, económicos y culturales de España con sus antiguas colonias, siempre como potencia rectora—, era realmente peligroso en una empresa como la que se preparaba con el envío de la escuadra a las aguas del Pacífico americano.



Comisión Científica del Pacífico.

Aparentemente parece que el proyecto de la expedición al Pacífico fue apresurado y fruto de la improvisación de la política exterior de la Unión Liberal, pero lo cierto es que hay antecedentes sobre la posibilidad de enviar una escuadra española por el Pacífico americano, al menos desde los años cincuenta. En 1860 el propio ministro de Estado —Saturnino Calderón Collantes— se hacía eco de los informes de algunos diplomáticos españoles y de las demandas de los súbditos españoles residentes en algunos países americanos exigiendo la presencia de buques españoles para la defensa de sus intereses. El

ministro reforzaba el espíritu nacionalista en las instrucciones que finalmente dio al general Luis Hernández Pinzón en 1862. Se reconocía la independencia de las jóvenes repúblicas americanas, con las que se deberían estrechar los lazos de amistad, pero ya se advertía de la posible hostilidad de algunas de ellas, especialmente de Perú, por lo que también se recomendaba una posible intervención de la escuadra en caso de que fuera necesario, es decir si peligraban los intereses españoles. Es muy interesante la interpretación de Francesc A. Martínez Gallego (Martínez Gallego 2001), apuntalada más tarde con el trabajo de Juan Antonio Inarejos (Inarejos Muñoz 2010 a), sobre el envío de la escuadra de guerra con el transfondo de los intereses guaneros españoles frente al monopolio de la compañía londinense Anthony Gibbs and Sons, representada en España por Murrieta y Cía., ya que nos recuerda que además de la retórica política, algunos periódicos como *La España* habían llegado a reclamar la toma por la fuerza de las islas guaneras de Chíncha y Lobos, los mayores depósitos guaneros de Perú y de cómo la propia revista del Ministerio de Fomento publicaba en 1864 diversos artículos sobre el guano chileno y peruano, sus yacimientos, calidades, rendimientos, etc., en vez de preocuparse por los posibles resultados científicos de la Comisión.

Las instrucciones dadas al general Pinzón, jefe de la expedición al mando de las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y las goletas *Virgen de Covadonga* y *Vencedora*, señalaban un itinerario aproximado que recorría las islas Canarias, Cabo Verde, Brasil, Río de la Plata, la costa patagónica, islas Malvinas, cabo de Hornos, Chiloé, costas chilenas y peruanas, y California (Barreiro 1926; Miller 1983; Puig-Samper 1988 y 2013).

En cuanto a los aspectos científicos de la expedición, las órdenes encomendaban los estudios hidrográficos, físicos y meteorológicos a los oficiales de la armada, para lo cual se les recomendaban las instrucciones dadas por la Academia de París, así como las hojas de clasificación de observaciones geográficas, hidrográficas, barométricas, marítimas, termométricas, ópticas y magnéticas efectuadas por los oficiales de la fragata *Venus* (1863-1839).

La iniciativa de agregar una comisión de científicos a la expedición partió del Ministerio de Fomento. Después de diversas consultas, la Comisión Científica del Pacífico quedó formada por los siguientes personajes:

Patricio M. Paz (1808-1874), marino retirado y coleccionista de especies malacológicas, fue nombrado presidente de la comisión científica. Por esta razón se encargó de la dirección científica y administrativa hasta julio de 1863, fecha en la que decidió retirarse por las disensiones habidas con los jefes militares de la expedición y las tensiones creadas en el seno de la comisión científica.

Fernando Amor y Mayor (1822-1863), catedrático del Instituto de Valladolid, se encargó, como “naturalista” de la expedición, de todo lo concerniente a la geología y la entomología, hasta su fallecimiento en San Francisco de California en 1863.

Francisco de Paula Martínez y Sáez (1835-1908), ayudante de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, fue nombrado secretario de la comisión y encargado —como “ayudante naturalista”— de los estudios sobre mamíferos y reptiles acuáticos, peces, crustáceos, anélidos, moluscos y zoófitos. Tras la renuncia de Paz y la muerte de Amor, fue el presidente interino de la comisión científica.

Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898), ayudante del Museo de Ciencias Naturales, fue—como segundo “ayudante naturalista”— el responsable de las investigaciones sobre aves, mamíferos y reptiles terrestres. Además se destacó en el transcurso de la expedición por sus trabajos en los volcanes andinos y sus observaciones geográficas, antropológicas e históricas (López-Ocón y Pérez-Montes 2000).

Manuel Almagro y Vega (1834-1895), médico militar cubano educado en París, fue el encargado de los estudios etnológicos y antropológicos en la Comisión Científica del Pacífico. Asimismo, fue el redactor de la memoria oficial sobre la expedición que se presentó al ministro de Fomento en 1866, una vez finalizado el viaje (Almagro 1866).

Juan Isern y Batlló (1825-1866), ayudante colector del Real Jardín Botánico, fue el responsable de los estudios botánicos. Fue uno de los expedicionarios —junto a Martínez, Jiménez de la Espada y Almagro— quien hizo el “Gran Viaje” a través del Amazonas, aventura en la que contrajo una enfermedad incurable que le costó la vida.

Bartolomé Puig y Galup (1826-?), médico y ayudante disecador del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Barcelona, fue el encargado de los trabajos de taxidermia y conservación.

Rafael Castro Ordóñez (?-1865), pintor educado en la Real Academia de San Fernando, fue nombrado dibujante y fotógrafo de la expedición. Su actividad en el campo de la fotografía, en la que se había formado junto a Charles Clifford (1819-1863) —uno de los fotógrafos reales e introductor de técnicas avanzadas en nuestro país— fue intensa y muy valiosa, aunque se vio truncada por su muerte voluntaria en 1865.

2. LA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA EN AMÉRICA

El 10 de agosto de 1862 zarparon desde Cádiz los buques que conducían a América a los miembros de la Comisión Científica del Pacífico, héroes románticos de la nueva ciencia que, aunque asombrados ante el esplendor de la naturaleza americana, se consideraban portadores de la cultura y la civilización que el Viejo Mundo aún podía aportar al Nuevo.

La escuadra llegó al puerto brasileño de Bahía el 9 de septiembre, después de realizar pequeñas escalas técnicas en Tenerife y en San Vicente de Cabo Verde.

La posibilidad de explorar un territorio más amplio determinó que la comisión científica se fragmentase en grupos que recorrieron Río de Janeiro, Desterro, Petrópolis, Santa Cruz y Río Grande do Sul en un período aproximado de tres meses (Losada, Puig-Samper y Domingues 2013).

Finalizada su estancia en Brasil, los naturalistas se embarcaron en la goleta Covadonga, que les condujo a la ciudad de Montevideo, desde donde se planeó un viaje para recorrer Argentina hasta alcanzar el territorio chileno, proyecto que culminaron los expedicionarios Paz, Almagro, Isern y Amor, en tanto que sus compañeros de comisión siguieron en los buques en dirección al estrecho de Magallanes. Asimismo, éstos últimos visitaron las islas Malvinas y Tierra de Fuego, antes de llegar a Valparaíso, lugar de encuentro de los dos grupos de la comisión científica.

En el verano de 1863 la comisión volvió a fragmentarse para lograr un horizonte más amplio de estudio. Almagro e Isern iniciaron una amplia excursión a los Andes, fruto de la cual fueron numerosos objetos antropológicos y un interesante herbario, en tanto que el resto de los científicos exploraban la costa chilena y el desierto de Atacama, antes de salir con rumbo a Centroamérica y San Francisco de California. En diciembre del mismo año llegó la fragata Resolución al puerto de El Callao y un mes más tarde fondeaba la Triunfo en las aguas del puerto chileno de Valparaíso. El primer buque, que debía embarcar a Almagro e Isern, permaneció cerca de tres meses en el puerto peruano a la espera de actuar militarmente, ya que al regresar del viaje a California se encontró Pinzón con la noticia de la agresión armada a la colonia española de Talambó. Finalmente se dirigió a Valparaíso, donde permanecería al acecho, en tanto que por fin se conseguía reunir a los integrantes de la comisión científica (Sagredo y Puig-Samper 2007).

Iniciada la campaña del Pacífico, con la ocupación militar de las islas Chinchas por parte de la escuadra española, y tras la dimisión de Paz Membiela como presidente de la comisión, se ordenó la suspensión de la expedición científica. A pesar de esta orden Martínez —como presidente accidental—, Jiménez de la Espada, Almagro e Isern, decidieron continuar la expedición sin contar ya con la dirección militar de Pinzón. Una vez autorizado este proyecto y reunidos en Guayaquil, en octubre de 1864, los cuatro científicos mencionados anteriormente (Puig y Castro también se habían retirado) decidieron realizar lo que ellos llamaron “El Gran Viaje” a través del Amazonas.

3. EL FOTÓGRAFO RAFAEL CASTRO Y ORDÓÑEZ

El dibujante-fotógrafo de la Comisión Científica del Pacífico era natural de Madrid, donde se formó como pintor merced a sus estudios en la Real Academia de San Fernando, entre 1848 y 1850, aunque parece que completó sus conocimientos en París junto al pintor francés Leon Cogniet (1794-1880), con el que

se formaron otros artistas españoles como Raimundo de Madrazo. El 28 de junio se nombró fotógrafo-dibujante de la Comisión Científica del Pacífico a Rafael Castro Ordóñez, aunque el peso real de los preparativos en materia de fotografía recayó en un fotógrafo más experimentado que se convirtió en su instructor: Charles Clifford. Éste había sido el introductor en España de nuevas técnicas fotográficas y era uno de los elegidos por la reina Isabel II para recordar los viajes reales. Ha quedado constancia de que Clifford se responsabilizó de la adquisición de material fotográfico procedente de Londres y de hacer pruebas con los aparatos comprados, antes de su traslado a Cádiz (Fontanella 1999). La labor de Castro Ordóñez a lo largo de la expedición al Pacífico fue enormemente productiva, como lo demuestra la extensa colección de fotografías que se conservan en el archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid (Calatayud 1991; Calatayud y Puig-Samper 1992).

Es un mérito añadido el trabajo periodístico de Rafael Castro en las páginas de la revista *El Museo Universal*, a la que enviaba sus crónicas acompañadas de dibujos y fotografías, que luego eran publicadas en forma de grabados. Los artículos periodísticos de Castro en *El Museo Universal* constituyen una valiosa fuente para el estudio de la expedición al Pacífico y de la situación de las repúblicas americanas a mediados del siglo pasado. Las dificultades del fotógrafo para cumplir su cometido en la comisión y escribir sus crónicas en *El Museo Universal* surgieron, en gran medida, por esta continua falta de tiempo y la poca organización de los trabajos, lo que era lógico si tenemos en cuenta la rapidez con que se preparó la Comisión Científica del Pacífico y el propio ritmo del viaje.

En el verano de 1863 Rafael Castro fue uno de los integrantes de la sección de la Comisión que exploró la costa chilena, antes de partir hacia Centroamérica y San Francisco de California, ciudad en la que falleció Fernando Amor. En el transcurso general de la expedición, no deja de ser curioso que Castro indique como dificultad la de encontrarse con sociedades “civilizadas”, cuando se suponía que iba a enfrentarse con indios y fieras ya inexistentes. El espíritu de romántica exaltación patriótica, propia de las ideas panhispanistas que animaron la expedición al Pacífico desde sus inicios, apareció en las crónicas de Castro Ordóñez nada más llegar las repúblicas americanas del Pacífico. Las impresiones del fotógrafo Rafael Castro en la república del Perú fueron igualmente favorables a la pretendida unión hispanoamericana, propugnada por el gobierno isabelino de la Unión Liberal, hasta que estalló el conflicto con las dos repúblicas por la toma española de las islas guaneras de Chincha. A pesar de ello, el fotógrafo había advertido cierta animadversión hacia los españoles por parte peruana en los días en que se preparaba en Lima la fiesta de la Independencia, con la inoportuna presencia de la escuadra española en sus aguas. Sobre sus precauciones a la hora de realizar su trabajo como fotógrafo, en esta difícil situación, comentaba:

“Cuentan las crónicas contemporáneas, mi querido amigo, que no hace mucho tiempo recorría un fotógrafo el territorio de Arauco, y que no pareciéndoles bien el trípode ni el objetivo a los naturales, determinaron dar fin de su artística persona, lo que efectuaron con grande contento y algazara. Este recuerdo tiene por objeto demostrarme a mí mismo aquello de que cuando las barbas de tu vecino, etc..., pues he estado por algunos días expuesto a las iras de cuatro aprendices del dios caduceo, y aseguro a usted que no he escapado de mala; pero ya sabe, mi caro amigo, que soy incorregible, y que no me arrepiento de lo escrito en su ilustrado periódico,...”.

“Aquí me tienen ustedes con los instrumentos al brazo porque no se puede hacer nada; porque si me vieran con la máquina por esos campos, me parece que no tendría el placer de abrazarles, pues creerían que levantaba planos para la reconquista, absurda idea como todas las que se elaboran en tales cerebros”.

En julio de 1864, Castro Ordóñez se dirigió a las recién tomadas islas Chinchas por deseo del propio general Pinzón, jefe de la escuadra española en el Pacífico, quien sin duda quiso que el fotógrafo de la comisión inmortalizase lo que allí pudiera ocurrir, antes de que la comisión regresase a España, de acuerdo a la orden que acababa de recibir. A pesar de esta explicación oficial, justificada documentalmente, Castro Ordóñez dio su propia versión a los lectores de El Museo Universal:

“La hermana curiosidad y el aburrimiento e inacción de que me hallaba poseído en Valparaíso, me pusieron en el deseo de conocer estas islas, objeto hoy día de tantos temores y sobresaltos para los americanos y de tantos insultos para nuestra querida patria...”

Tras una estancia aproximada de un mes en las islas guaneras, Rafael Castro Ordóñez se embarcó en el vapor San Carlos, para dirigirse al puerto de Guayaquil. El viaje de regreso a España lo inició Castro en Guayaquil, el 15 de octubre de 1864, de donde salió en el vapor Chile con rumbo a Panamá, para dirigirse posteriormente a Nueva York, ciudad a la que llegó en los primeros días del mes de noviembre, y desde la que trasladó a la Península. La escala en California merece una atención singular, sobre todo si tenemos en cuenta la fecha en la que la Comisión española estuvo en San Francisco, ciudad que se estaba desarrollando entonces con el fuerte impulso de la fiebre del oro y la inmigración masiva.

4. CALIFORNIA EN 1863. LA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA EN SAN FRANCISCO

La llegada a San Francisco de la Comisión Científica del Pacífico ha quedado reflejada en el diario del naturalista Martínez y Sáez (Calatayud 1994) y en las crónicas de Castro a la revista ilustrada El Museo Universal en su número de 31

de enero de 1864 (Puig-Samper 2011). El fotógrafo explicaba la llegada al puerto californiano en octubre de 1863:

“Después de cuarenta y cuatro días hemos echado el ancla en este puerto el 9 del corriente. (...). Para aumentar nuestro anhelo, tuvimos el día de nuestra entrada una fuerte niebla, que es fruta de esta costa en los actuales meses, y que durando a veces muchos días hace imposible el penetrar por la estrecha boca del puerto (...)

La niebla a pesar de su densidad, permitió ver cómo a distancia de un cable, un buque mercante francés, que parecía revelarse sobre la atmósfera. Del mismo modo como se revela en uno de mis clichés, se dibujó su alta envergadura, llena de velas y luego se vieron los detalles; a poco oímos voces en inglés, a las que contestó nuestro primer maquinista, con lo que supimos con gran alegría que iba en el buque un práctico que nos conduciría a puerto; se arrió un pequeño bote llamado Chinchorro, y después de traspordado emprendimos la marcha; por él supimos que la capitana estaba fondeada hacía diez días.

El sol principió a romper la niebla y principiamos a distinguir por babor una cadena de altas y áridas montañas y casi por entre ellas entramos en este espacioso y magnífico puerto natural. La vista de la población desde el buque me pareció triste, de un color gris, sin arboledas y sin poesía, porque para evitar que se empolven las construcciones las pintan de gris, lo que hace un efecto frío y triste. En la bahía encontramos gran número de buques, a pesar de no ser éste el tiempo de mayor concurrencia.

Sorprende ver una tan grande y hermosa población en un sitio donde el año 49 apenas había algunas chozas y misiones de jesuitas. Al ver este crecimiento, esta abundancia y este movimiento industrial y comercial, dirán algunos, el espíritu del siglo, ese espíritu de vapor, de actividad, a la par que otros, dirán ¡oh poder del oro! mucho vales, pues tales ciudades improvisas”

El zoólogo Francisco Martínez y Sáez anotó en su Diario la llegada a San Francisco entre la niebla de la hermosa bahía y el bullicio de las campanas, trompetas, tambores, bocinas, etc., que sin duda alteraron el ánimo del geólogo Fernando Amor que llegaba en estado grave y siempre bajo los cuidados de sus compañeros de Comisión. Además señalaba en sus anotaciones:

“Llama desde luego la atención lo grande del puerto, así como lo hermoso de algunos edificios y lo mismo de los barcos. Algunos vapores a estilo americano animan la bahía.”

Los primeros días, instalado en el hotel California, indica sus comidas con diferentes españoles y su asistencia al teatro y al baile organizado en honor de la escuadra española y especialmente de su almirante Pinzón:

“Salí un poco de noche y tuve ocasión de ver la elegancia de trajes y demás aparato de un gran baile que dedicaron los españoles residentes en la localidad al

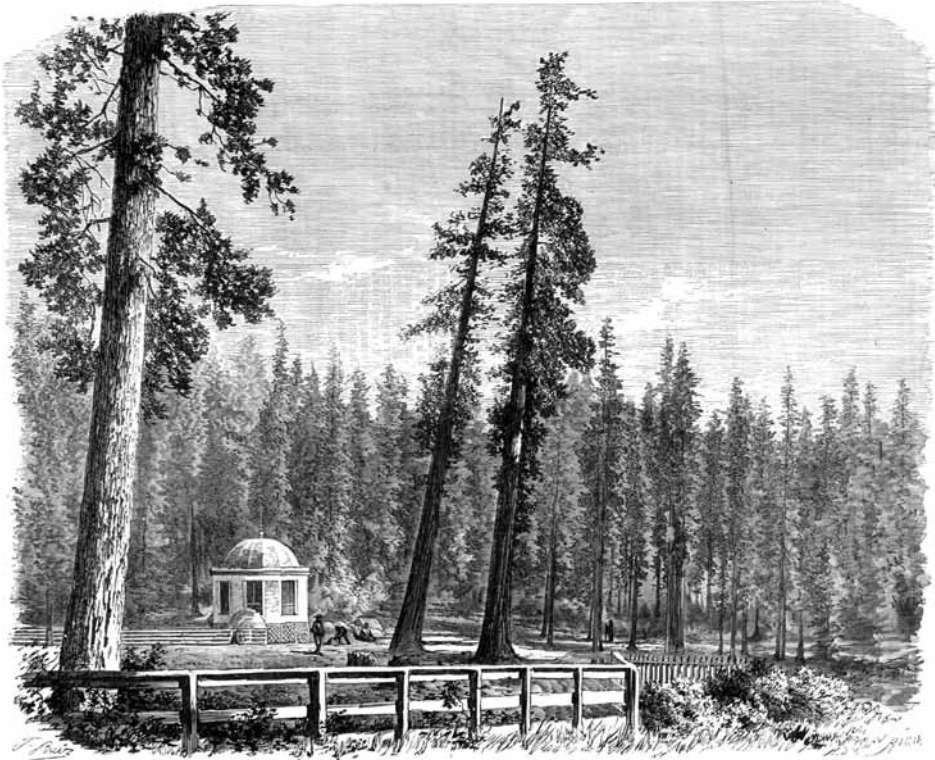
almirante Pinzón y oficiales de la escuadra que iban de gran uniforme. También convidaron al baile a los oficiales de la escuadra rusa.”

En cuanto a la función teatral, se conserva en el Diario de Martínez el prospecto y el programa que anunciaba una noche de música y de teatro español, el domingo 11 de octubre de 1863 en el Teatro Americano de la calle Sansome, con interpretaciones de la orquesta, con la canción andaluza La colasa, por Estrella de Castillo y con la puesta en escena del drama Borrascas del corazón de Tomás Rodríguez Rubí (1817-1890), un buen representante de la política isabelina, en la que fue senador y ministro de Ultramar, de la poesía y del teatro romántico español, en el que destacó como académico defensor del drama costumbrista, la comedia sentimental, el drama romántico y la alta comedia.

Asimismo aparece reflejado en el Diario el continuo cuidado de Amor, a quien finalmente desembarcaron el propio Martínez acompañado del fotógrafo Castro, Puig, el señor Darqui y el doctor Lora, a quien el enfermo entregó todo su dinero y pertenencias. El fotógrafo, en su crónica del 27 de octubre de 1863, daba más datos sobre la llegada en muy malas condiciones de salud de Fernando Amor y su internamiento en el Hospital Francés en la calle de Misiones. Este Hospital francés tiene una gran tradición en San Francisco y el estado de California, por ser el hospital más antiguo existente en el estado, fundado por la Société Française Mutuelle de Bienfaisance el 28 de diciembre de 1851. El descubrimiento de oro en California y la consiguiente fiebre que se desató en todo el planeta fue el imán que atrajo a unos 20.000 colonos franceses entre 1849 y 1851, de los que muchos quedaron en situación de desamparo y enfermedad al poco tiempo de llegar, lo que estimuló al periodista Etienne Derbec a reunir a sus compatriotas para tomar medidas de auxilio a sus compatriotas. El 21 de diciembre 1851 se reunieron y lograron organizar una Sociedad de Socorro. En 1853 se decidió la construcción de un nuevo edificio, aunque cuatro años más tarde se acometía una nueva construcción del nuevo Hospital Francés, que acogió en sus últimos días al naturalista de la Comisión Científica de Pacífico Fernando Amor.

En California, los miembros de la Comisión Científica recibieron la ayuda del alemán Eduard Vischer, quien le preparó y dibujó el itinerario que podría seguir para obtener buenas fotografías, que incluía entre otras la visita a Sacramento. Eduard Vischer (1809-1878) había emigrado muy joven de Alemania a México, donde se asoció con la casa comercial de Heinrich Virmond. En 1842, se interesó en California y aceptó viajar allí para Virmond. Poco después regresó a San Francisco donde fue activo en las operaciones de cambio de divisa, actuó como agente entre las empresas alemanas y México, como agente de tránsito marino, como agente de bienes raíces y de banca, etc. Con cincuenta años, Vischer se interesó en el dibujo, la pintura, la litografía y más tarde la fotografía. Fruto de este trabajo artístico fueron sus obras: *The Mammoth Tree Grove* (1862), *The Washoe Mining Region* (1862), *Pictorial of California Landscape* (1870), y *Missions of Upper Ca-*

lifornia (1872). De esta excursión son las vistas de los placeres de oro de Murphys, donde observaron el proceso de lavado y adquirieron muestras para el Museo de Ciencias de Madrid, así como las fotografías de los Big Trees de Rafael Castro.



Big Trees en California.

El viaje, cuyo plano e itinerario preparado por Vischer se conserva entre los papeles del Diario de Martínez, aparece descrita en la crónica de Castro en El Museo Universal del 14 de febrero de 1864:

“La expedición más notable que en esta estación hemos hecho, por indicación del señor don Eduardo Wicher (sic), ilustrado alemán, que ha sido nuestra providencia en esta Babel, tuvo por objeto el recorrer el bosque o pinar de Calaveras. Dirigímonos por un itinerario compuesto y dibujado por el señor Wicher (sic); saliendo con mi buen compañero Martínez en un precioso vapor de forma medio de hotel flotante —el Cornelia según la indicación del Diario de Martínez— para Stokton, en cuyo punto tomamos la diligencia para Murphys, recorriendo terrenos amenos llenos de árboles y preciosas casitas de madera que parecían sacadas de una caja de juguetes de los que hacen los alemanes, con sus cercas pintadas, sus instrumentos de labranza en orden y a propósito, y sus trigos interpolados con algunos árboles pequeños que los favorecen, porque aquí no tienen como en España tanta enemistad con los vegetales, que estando claros favorecen los sembrados en

vez de perjudicarlos; pero sí, échese uno a predicar por esas tierras sobre esto, que sacará lo que el negro... El camino no fue muy cómodo por el polvo tan espantoso que llevábamos, pues en esta estación de otoño, que entre paréntesis, no es la más a propósito para naturalistas, nada había en flor, insectos algunos entre las cortezas de los pinos, pero éstos escasos naturalmente. Pocas ocurrencias tuvimos, sino es las lógicas de no saber el inglés y de servirnos poco el francés porque no lo entendían; pero entre lo chapurreado y la mímica, salíamos adelante perfectamente, riéndonos nosotros de nuestras explicaciones. Llegamos a Murphys, donde nos auxilió un español para quien llevábamos carta de recomendación, así como para el dueño de los bigtrees o árboles corpulentos, objeto principal de nuestro viaje. Sacudimos los celemines de polvo que llevábamos sobre nuestros gabanes y descansamos como unos bienaventurados.” Martínez escribía en su Diario que el pueblo de Murphys era pequeño y poco animado; tan solo había algún baile con unas alemanas que danzaban con los mineros, cuyo entretenimiento era esto, beber y comer, algo diferente del lugar maravilloso de las Sequoias gigantes, de las que el naturalista recogió semillas para llevar a Madrid. Escribía Martínez:

“En un carruaje del dueño del Hotel salimos para Big Trees, haciendo una de las excursiones más agradables que pueden desearse. Vegetación para nosotros agradable por recordar la de nuestros pinares, menos variada y espesa que la tropical, pero imponente y bella, acueductos rústicos de madera, cerros elevados próximos, las sierras, corrales de ganado y valles amenísimos. Digno es de admirar lo grueso de los doce árboles notables de la Sequoia gigantea, de los que hay algunos caídos imitando formas que han influido en sus nombres especiales. De uno de ellos preparado en su base se ha hecho un pequeño salón y cenador; a la parte derecha del mismo se sube por una escalera. Una plaza ha sido hecha derribando árboles, así como un buen hotel con todo lo necesario, facilitando de este modo la estancia en este delicado sitio así como la visita de los viajeros.”

Castro continuaba en su crónica al Museo Universal, en el número del 14 de febrero de 1864:

“A la mañana siguiente un carrujito esperaba a las puertas del hotel, y embarcados (perdónese la expresión) los aparatos, morrales y demás, tomaron asiento nuestras personas, y partimos al trote de dos excelentes caballos. La mañana estaba hermosa como las que se leen continuamente en las novelas: mucho de reverberaciones en las juguetonas aguas de las cascadas, mucho de canto de pájaros y de toda la murguería poética tan sabida hasta por los chiquillos de escuela que se ensayan en infantiles periódicos. Cuatro horas de carrera por vericuetos nos pusieron en Calaveras y pudimos ver los magníficos pinos que manifiesta el grabado: por entre los dos árboles del fondo atravesamos con nuestro charc-á-bancs quedando sorprendidos de la magnitud de estos dos centinelas, que tal es su nombre por la analogía, pues están a la entrada de la selva; la casita o cenador que manifiesta el dibujo, tiene de notable el que se eleva sobre la enorme tocona de un pino cortado

que tiene de diámetro 32 pies, y por lo tanto han podido bailar allí con comodidad treinta parejas de danzarines. No es éste solo el notable; hay además de los centinelas otros muchos de 18 de 21 y medio pies de diámetro, que por cierto manifiestan tener miles de años, y que aseguro no haber visto monstruosidad más admirable, con la particularidad de que cuanto más se miran, más aumenta el asombro del que los mira. La piña es pequeña, como el tamaño de un huevo pequeño, y a los profanos en ciencias naturales como mi humilde persona, no deja de admirarles este grande contraste. De estas piñas llevamos un costalito, para ver si para el año 5000 tenemos otros parecidos en esa península, bajo cuya sombra vayan a admirarse nuestros sucesores.

Lástima es que tengamos tan poco tiempo para reconocer estos sitios tan magníficos, pero aquí de otro refrán: “poca lana y esa en zarzas”. Treinta deliciosas horas pasamos en aquel sitio tan pintoresco, perfectamente alojados, gozando en la noche de los efectos de la plateada luna que es la misma que veía en el prado de esa M.H.V., mi querida patria.”

En abril del mismo año continuaba el relato sobre los árboles gigantes de California:

“Aún duran en mi imaginación los agradables momentos que pasamos en el condado de Calaveras, admirando los enormes y magníficos big-trees o palos altos del pino, secoña gigantea (sic), las cortadas y llanos de Morphis (sic), y las deliciosas orillas del río Sacramento, festoneadas de arboledas. Este río no tiene apenas corriente, y como crece al derretirse las nieves, suele salirse de madre con frecuencia, poniendo a la ciudad de Sacramento en un verdadero conflicto. La navegación por este río es uno de los espectáculos más bellos que se pueden imaginar, por los efectos que hacen las aguas tranquilas en que se retratan las riberas, al mismo tiempo que las proas y ruedas de los vapores rizan las olas, que con sus mil reflejos diferentes, unas veces verdosos, otras rojizos con los rayos del sol poniente, otras plateados y transparentes, forman maravillosos y ricos contrastes, dignos de mejor descripción que ésta.”

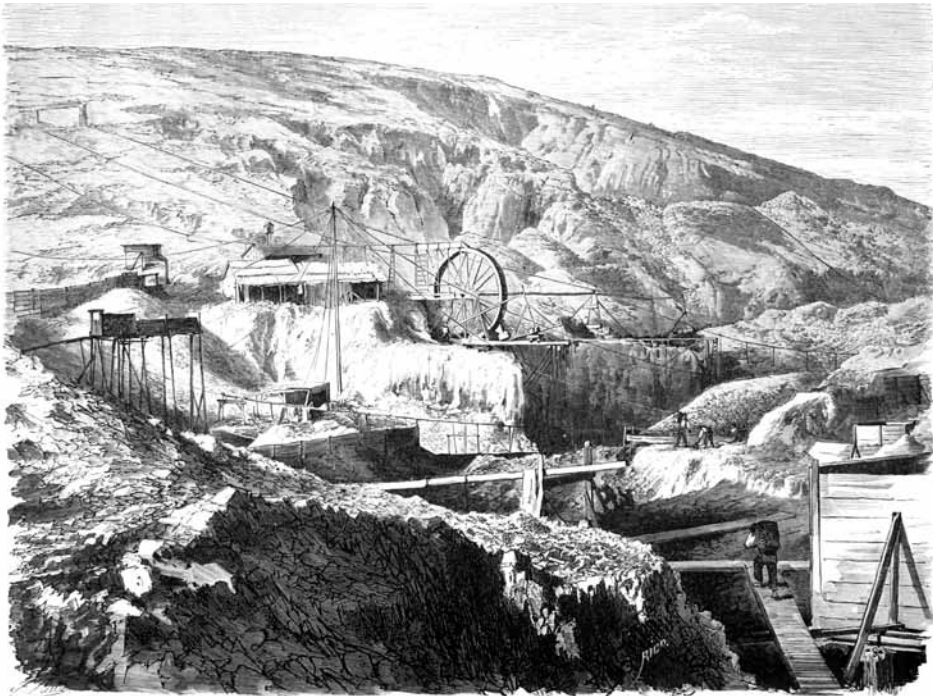
Sobre su paso por Murphys, lugar en el que Martínez recogió algunas muestras de oro, el fotógrafo describía en su crónica:

“Salimos en nuestro carricoche otra vez para Murphys llegando de noche, y a la siguiente alborada visitábamos los placeres donde se lava el oro, o mejor dicho el negruzco barro que lo contiene. Los trabajos de Murphys sobre esto son ya considerables y van ahondando grandes profundidades, sirviéndose de medios tan sencillos como primitivos o naturales. Nuestro guía era el español ya citado anteriormente, llamado Laso de la Vega; él nos enseñó todos aquellos escondrijos que vimos con singular placer, y después de tomar unas pequeñísimas muestras del oro de California, tomamos para mayor comodidad una volante para ir a Sacramento, capital del Estado. El camino fue siempre distraído y ameno; pernoctamos en el pueblo de Camposeco, sitio de minas de cobre y

continuamos viendo en todo el camino placeres, unos abandonados y otros en trabajos. Lo que es digno de notar son las infinitas obras de ligeras maderas que para la conducción de aguas de las montañas a los lavaderos han tenido que hacer de unos puntos a otros.”

El naturalista Martínez alabó el sistema de lavado utilizado en Murphys, con filtros para obtener las partículas de oro, que además servía para dar agua a otras poblaciones y para regadío, con la peculiaridad de que las empresas dedicadas a la obtención de agua era financiadas por los propios mineros. También comenta cómo el día 24 salieron para Campo Seco en un carruaje de dos caballos y cómo se alojaron en el Hotel Hooker House. Alabó también el zoólogo las numerosas casas de campo americanas que fueron encontrando en su camino hacia Sacramento, ciudad en la que se alojaron en el Hotel Orleans, que le agradó por sus construcciones junto al río, el puente giratorio que permitía el paso de algunos vapores, las casas con jardines, etc. Castro fue más explícito en su descripción:

“Llegamos a Sacramento en ocasión de que había un fuego, que distinguimos a larga distancia, y teniendo la dicha de rompérsenos el coche al entrar en la capital, y digo así, porque si hubiera sido en medio del camino, hubiéramos perdido tiempo, y temíamos no encontrar la fragata fondeada en San Francisco; pero hace tres días que estamos, y solo se piensa en salir el día 1º del próximo noviembre.



Lavadero de oro en Murphys.

Sacramento es una bonita población a orillas del río de su nombre; casas bajas, pero bien construidas y sombreadas por árboles. La orilla del río es deliciosa y en la primavera tendrá mejor vista que en esta estación en que todo se va agostando. Las calles están tiradas a cordel; sus almacenes grandes bien surtidos de toda especie de objetos, así de lujo como de arados e instrumentos agrícolas; pues como el oro decrece, el trabajo de la tierra lo sustituye tal vez con ventaja, y se dan ya todo género de producciones, siendo notables las frutas y legumbres que no dejan de tener gran mérito: se principia a trabajar en viñedos y dentro de diez o doce años estará este país tan cultivado como Europa.”

El 26 de octubre llegaban a San Francisco los dos viajeros y se encontraban con la desdichada noticia de la muerte del geólogo Fernando Amor en el Hospital Francés. El día siguiente Martínez preparó una excursión a las minas de Nueva Almadén, acompañado por un ayudante de Eduard Vischer, Otfried de Bendeleben, muy conocido años más tarde por su descubrimiento de oro en Alaska y presidente de la Expedición Western Telegraph. El viaje se inició con una visita a Oakland, San Antonio, San Leandro, San Lorenzo y Misión de San José, muy rica en frutales regados por numerosos pozos artesianos, de la que dejó comentarios en su Diario:

“Este punto me llamó la atención por tener numerosos españoles. Casas de teja, iglesia, ventanas, letreros, etc. todo recuerda nuestra patria. Si acaso el único punto cerca de S. Francisco que conserva un antiguo aspecto; hasta las casas de campo son de fábrica y teja y no tienen un aspecto americano.”

Tras su estancia en San José, en el hotel Grandell, salieron por la mañana hacia Nueva Almadén, en cuyo camino vieron numerosas casas de campo muy bien establecidas y con una esmerada dedicación al cultivo agrícola y la ganadería. En Nueva Almadén pudieron ver los modernos hornos para la obtención del mercurio, que Martínez consideraba análogos a los de Almadén en España, atendidos por obreros mexicanos, y bajaron a la máxima profundidad de la mina, que era de 317 metros, para tomar algunas muestras para la colección de la Comisión. En general consideraba que esta explotación era superior a las que habían visitado en Chile. Tras volver a comer a San José, se dirigieron luego a Santa Clara, donde se alojaron en el hotel Unión, para descansar antes de la vuelta a la ciudad de San Francisco, desde donde partió la fragata Triunfo el primero de noviembre.

La imagen de San Francisco ha quedado también impresa en las crónicas de Castro en El Museo Universal, demostrando su admiración por la organización social norteamericana:

“La ciudad de San Francisco es de inmensa extensión aunque sus habitantes son sólo 100.000, pero se explica con decir que, como en nuestras provincias, cada uno posee una casa; antes eran éstas de madera, pero hoy los muchos fuegos y la ruina que con ese motivo tuvo esta población, obligaron a que se mandasen

de fábrica en el centro de la ciudad, mas como son infinitas las de madera, los fuegos se repiten diariamente (...). Como decía, el comercio en San Francisco es fabuloso, tanto en grande como al pormenor: indudablemente es el puerto por excelencia del Pacífico, grandes almacenes de vituallas, de trajes, de platería y de todo cuanto se puede desear para las más exigentes y superfluas necesidades, se ofrecen a la vista por do quiera.

Desde luego atraen la vista unos mercados del mejor gusto, donde todo está arreglado con el mayor arte y aseo; las frutas exquisitas y abundantes en lindos cajones con limpios papeles y hojas de la misma fruta que atraen la vista y abren el apetito; las carnes limpias y colgadas, los pescados sobre blancos mármoles; los exquisitos quesos, las elegantes cajas de conservas, con sus ornados rótulos; en fin, todo como entre gente civilizada. Aquí viene también como pintada la ocasión de recordar las preciosas plazas de la Cebada, de San Miguel y del Carmen; pero su recuerdo me obliga a taparme la cara con un perfumado pañuelo y esto basta para que no haga consideraciones higiénico-sanitarias sobre tan bello asunto.

Todas las nacionalidades tienen aquí cabida: es un pueblo cosmopolita: franceses, alemanes, irlandeses, chinos, españoles (por modestia los pongo los últimos), todos se entienden, todos tienen su culto, sus templos, creencias diferentes, y todos viven y progresan en armonía perfecta. Esa creencia de que los pueblos constituidos bajo este sistema son el desorden, cae por su base al ver la seguridad individual garantizada por la buena fe solamente, no por las barras y por los cerrojos; los establecimientos más considerables quedan a la guarda durante la noche de un débil cristal; he viajado algunos centenares de leguas con mi compañero Martínez en coches y diligencias, no hemos encontrado un gendarme, un guardián, y nadie nos ha molestado, ni se cuentan casos de asaltos a mano armada; las casas de campo, de labranza se suceden continuamente, guardianes del viajero constantes; pues las verdaderas gendarmerías son la honradez y el trabajo; guardia segura a que se debe guiar a los pueblos, ilustrándolos y protegiéndolos para su perfeccionamiento. No dejarán algunos “hombres-ostras” de estas latitudes de sonreírse al leer mis disertaciones, bajo pretexto de cartas, pero me tranquiliza el saber que digo la verdad y mis impresiones tal cual me las inspiran los pueblos y los objetos que visito, y solo desearía poder expresarlas cual las siento, para bien de mi patria, que tanto lo necesita.

No se crea por esto que la medalla no tiene su reverso; todo lo contrario, lo tiene y este reverso es la mala educación necesaria a un pueblo que no ha tenido infancia, por decirlo así, que lo fundaron unos cuantos calaveras de mejor corazón que otros, que bajo pretexto de fe y creencias explotaron países análogos tan inhumana e irreligiosamente.

Hablando de la educación yankee, confesaré que es muy tosca, que no tiene miramientos sociales; que no se saluda, que se anda y se atropella y que al

parecer no hay prójimo según la doctrina, y que a veces por salvar a un prójimo se estropean tres. Que delante de señoras levantan las piernas y toman las posiciones más extraordinarias y grotescas, poniendo los pies sobre las mesas y entreteniéndose en cortar astillas de madera con un corta-plumas; el traje es descuidado; solo atienden a la mayor comodidad; tienen en fin los defectos de un pueblo utilitario. Este es el reverso de la medalla de su crecimiento y de su grande ingenio, industria y comercio.

Este pueblo, a pesar de su desastrosa guerra, tiene un gran porvenir; aquí se han dado cita el industrialismo y el progreso inglés, con el gran espíritu moral y civilizador de Francia, que se introduce por las artes, por la belleza de los pensamientos de esa gran nación que derrama su inteligencia como socio bienhechor sobre el mundo; donde haya franceses se sienten nacer el amor y la fraternidad, comprada por ellos a costa de preciosa sangre, así como no se obtiene obra sin sacrificios, y ejemplo de ello lo tenemos en la Cruz que nosotros adoramos.

Donde unos cuantos franceses se encuentran, por apartada que sea la región, se reúnen, crean como en ésta asociaciones de socorros, que los proporcionan alivio en sus males, trabajo en sus escaseces, recursos para volver a su patria, y así un francés no ve a otro mendigar nunca; pues bien con estos ejemplos, con esta savia benéfica, las ideas egoístas de estos niños grandes mal educados, se cambiarán en las más fraternales. ”

Otro de los aspectos que más llamaron la atención del fotógrafo fue la presencia de la población china en San Francisco. Realmente esta población llevaba poco tiempo en California, ya que su entrada masiva tuvo lugar a partir de la conocida fiebre del oro californiana de 1848, presionados por la pobreza en su país, hasta el punto de que en 1852 llegaron a California en torno a 20.000 inmigrantes chinos con destino a la minería fundamentalmente, en tanto que también llegaron otros grupos a Hawai para ocuparse de tareas agrícolas. Su integración social fue bastante difícil en estos primeros años en California, hasta el punto de verse obligados a tener sus propios colegios de enseñanza, pues estaban excluidos de los colegios públicos, pagar impuestos especiales, soportar episodios de violencia anti-china y ver cómo las leyes de inmigración de los años ochenta les excluían, todo ello a pesar su contribución al avance de la agricultura, el comercio, la minería o el desarrollo del ferrocarril. La crónica de Castro en El Museo Universal de abril de 1864 se centró en un grupo de teatro chino que encontró en San Francisco:

“En California se encuentran establecidos y trabajando como 60.000 chinos en todo el Estado, y unos 5.000 en San Francisco solo, que tienen sus comercios y pequeñas industrias.

Conservan en gran parte sus trajes y costumbres, si bien con el roce de los europeos van perdiendo algunas de estas últimas. Están bastante mal mirados por los europeos. No se si por su suciedad o por qué causa. Tienen barrios enteros,

con sus muestras en letras chinas; dos templos y una casuca en la que dan funciones de teatro.

A duras penas conseguí hacer cuatro grupos de chinos en traje de calle, pues los del teatro no quisieron prestármese ni aún ofreciendo regalos. Para hacer los retratos que hice, tuve que buscar a Mr. Edouard Carvallo, natural de Batavia, y que habla el chino, y pude por dicho señor entenderme con cinco de estos diablitos de coleta. Pero aún así fue un triunfo el retratarlos, sobre todo las mujeres que armaban un guirigay y un enredo, que no había medio de entenderse con ellas. Por último, pude sacar cuatro clichés, que no fue poca fortuna.”

Tras su paso por California y su vuelta a Guayaquil, Rafael Castro Ordóñez se trasladó a Panamá para desde allí esperar al vapor Costa Rica que le llevaría a Nueva York, ciudad de la que nos ha dejado una interesante descripción. Es muy curiosa su narración sobre su llegada al Hotel Fifth Avenue, en El Museo Universal en la crónica firmada el 6 de noviembre de 1864. Antes de su salida para España dejó en las páginas de la misma revista una pequeña descripción del Parque Central de Nueva York y su vista correspondiente:

“El terreno que lleva este nombre es el paseo escogido y predilecto de los habitantes de Nueva-York. Toma el nombre de Central por hallarse situado en el centro de la población; efectivamente está siempre abierto al público, a fin de que todas las clases de la sociedad indistintamente, puedan gozar de los beneficios y placeres del ejercicio al aire libre.

Los caminos carreteros y de herradura, construidos expresamente para carruajes o para caballerías, proporcionan todos los medios de gozar sin estorbo de esta clase de ejercicio por espacio de 20 millas. Para los pedestres hay anchos paseos y apartadas sendas que serpentean por los bosques y hondonadas. Posee además el parque cuatro suntuosas avenidas más bajas que el nivel general del terreno, con el objeto de que el tráfico ordinario de los negocios pueda hacerse sin dar un gran rodeo ni interrumpir el paseo, y de que los que vayan por ellas no ofendan la vista o estorben a los que, aun cuando se hallen en límites de una de las ciudades más populosas, están gozando de las delicias y placeres de los campos.

Uno de los sitios más bellos y pintorescos de este delicioso parque, es el maullo, prado o gran paseo de un cuarto de milla de longitud, y de 200 pies de ancho, adornado de una doble hilera de olmos en toda su extensión. (...) La entrada de la plazoleta está adornada con estatuas, y en el extremo opuesto hay un parterre con una hermosísima fuente, y desde el cual se baja hasta la orilla del lago principal por una escalera de mármol y una galería del mismo material, como puede verse en el grabado que acompaña estos apuntes. Los detalles y adornos son exquisitos y conservados con ese respeto que todo pueblo culto debe conservar a los objetos tanto artísticos como de recreo. El lago tiene como 20 acres de superficie y

está rodeado de liadísimos parterres, uno de los cuales, llamado Rambla, forma laberinto con sinnúmero de arbustos y flores.

Este lago es digno de que el viajero lo visite en carruaje, deteniéndose en los sitios donde éste no puede penetrar. En el verano está cubierto de elegantes botes que surcan sus límpidas aguas, y sirven de recreo la hermosa bandada de cisnes, que la ciudad de Husburgo ha regalado a la de Nueva-York. Pero cuando el lago presenta un aspecto extraordinariamente animado es en el invierno, en que el agua se congela, y millones de personas se deslizan con increíble rapidez sobre un campo de hielo. Hombres, mujeres y niños acuden a todas horas del día y gran parte de la noche a patinar. Por lo regular hay siempre, tanto en verano como en invierno, una o dos bandas de música. Y por las noches, además de las luces de gas, suele iluminarse el lago con luz eléctrica o de calcio y con gran número de faroles de colores, que prestan un aspecto mágico y encantador a esta escena.

Las maravillas del Parque Central no se hallan terminadas todavía; pero las existentes han costado ya la suma de 20.000.000 de duros. Con esto podrá el lector imaginar que no se ha escaseado ni el dinero ni el gusto y grandiosidad, que hacen del Parque Central uno de los paseos más magníficos del mundo.”

Ya en Madrid, a principios del año 1865, Rafael Castro solicitó al Ministerio de Fomento hacerse cargo del material que había dejado en la fragata Triunfo, lo que se concedió a través del director del Museo de Ciencias Naturales, Mariano de la Paz Graells. El 2 de diciembre el dibujante fotógrafo de la Comisión Científica del Pacífico se suicidó, tal como recoge el Dr. Ametller, en la necrología que publicó en El Pabellón Médico en 1866, que le extrajo “la bala matadora que en un momento de extravío mental le atravesó el pecho”.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro, Manuel, Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el gobierno de S.M. durante los años de 1852 a 1866, Madrid, 1866.

Barreiro, Agustín J., Historia de la Comisión Científica del Pacífico, Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1926.

Calatayud Arinero, M.^a A., “La Fotografía en la expedición del Pacífico” in Alejandro R. Díez Rorres & al. (eds.), La ciencia española en Ultramar, Madrid: Ateneo de Madrid-Doce Calles, 1991, págs. 347-362.

Calatayud Arinero, M.^a Ángeles (ed.), Diario de Don Francisco de Paula Martínez y Sáez, miembro de la Comisión Científica del Pacífico (1862-1865), Madrid: CSIC, 1994.

Calatayud, M.^a Ángeles y Puig-Samper, Miguel Ángel (eds.), Pacífico inédito, 1862-1866. Exposición fotográfica, Barcelona: Lunwerg, 1992.

Durán de la Rúa, Nelson, La Unión Liberal y la modernización de la España Isabelina. Una convivencia frustrada, Madrid: Akal, Madrid, 1979.

Fontanella, Lee, Clifford en España. Un fotógrafo en la corte de Isabel II, Madrid: El Viso, 1999.

Inarejos Muñoz, Juan Antonio, “De la guerra del guano a la guerra del godo. Condicionantes, objetivos y discurso nacionalista del conflicto de España con Perú y Chile (1862-1867)”, Revista de Historia Social y de las Mentalidades, vol. 14, n.º 1, 2010a, págs. 137-170.

Inarejos Muñoz, Juan Antonio, Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868), Madrid: Sílex, 2010b.

López-Ocón, Leoncio y Pérez-Montes, Carmen, Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898), Tras la senda de un explorador, CSIC, Madrid, 2000.

Losada, Jananina Zito, Puig-Samper, Miguel Ángel y Domingues, Heloisa Bertol, Um álbum para o Imperador. A Comissao Científica do Pacífico e o Brasil, Río de Janeiro/Uberlandia: MAST/ EDUFU, 2013.

Martínez Gallego, Francesc A., Conservar progresando: la Unión Liberal (1856-1868), Valencia: Fundación Instituto de Historial Social, 2001.

Miller, Robert R., Por la gloria y la ciencia nacional, Barcelona: Ediciones del Serbal, 1983.

Puig-Samper, Miguel Ángel, Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo, Madrid: CSIC, Madrid, 1988 y Madrid: Polifemo, 2013.

Puig-Samper, Miguel Ángel, California a través de la lente de una expedición romántica, Madrid: Boletín Oficial del Estado, 2011.

Sagredo Baeza, Rafael y Puig-Samper, Miguel Ángel, Imágenes de la Comisión Científica del Pacífico en Chile, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2007.

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**AL HILO DE LA CULTURA:
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS, 1900-1940**

CONSUELO NARANJO OROVIO

AL HILO DE LA CULTURA: ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS, 1900-1940*

CONSUELO NARANJO OROVIO

*Profesora de Investigación
Instituto de Historia, CSIC*

1.—EL RETO DEL NUEVO SIGLO: RELACIONES CULTURALES Y CIENTÍFICAS

El siglo XX inaugura un nuevo ciclo en las relaciones culturales y científicas de España. Marcada por el desastre del 98 y en pleno proceso de reflexión y de regeneración, la España adormecida apostó por la educación y la ciencia como las vías más adecuadas para salir del ostracismo, modernizar el país y situarse entre los países más avanzados en términos culturales y científicos. La decadencia de España, que tanta tinta derramó, podía ser superada a través de un programa renovador de la enseñanza. A tal fin se creó la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), institución encargada de fomentar los estudios universitarios y de establecer intercambios con los países con mayores índices de desarrollo científico y tecnológico como Inglaterra, Alemania, Francia, Suiza, Bélgica y Estados Unidos. Respecto a América Latina el intercambio de profesores y becarios partió de otros presupuestos que tenían que ver más con el acercamiento entre intelectuales de ambas orillas desde los primeros años del siglo XX. Como ha señalado José Luis Abellán el acercamiento entre ambos mundos se hizo a partir de un sentimiento de fraternidad hispano-latinoamericana que, reunidos alrededor del concepto de hispanidad, logró crear sólidas plataformas de acercamiento (Abellán 2007). En este ambiente de solidaridad y regeneración nació una nueva forma de afrontar las relaciones con las repúblicas hispanoamericanas, aprovechándose tal acercamiento para proyectar una nueva imagen de España. Acorde

* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación HAR2012-37455-C03-01 (MINECO)

con los nuevos tiempos, la ciencia y la cultura fueron elegidas como los embajadores de España ante las repúblicas hispanoamericanas con el fin de desterrar la idea de la España tradicional, atrasada y caduca que se había ido afianzando en la memoria de estos países a lo largo del siglo XIX. La historia compartida entre España y América Latina sirvió de plataforma para iniciar nuevas relaciones entre instituciones académicas de distintos países. Como hemos explicado en otros trabajos, la JAE aprovechó el viaje de Adolfo G. Posada a América en 1911, que había sido invitado por la Universidad de La Plata, para que iniciara relaciones con instituciones americanas. Este viaje de Posada, que actuó como delegado de la JAE, supuso el inicio de unas fructíferas relaciones que propiciaron nuevas formas de mirarse y entenderse España y las repúblicas hispanoamericanas. La historia compartida por España y los países hispanoamericanos serviría de nexo para comenzar una colaboración que generó redes intelectuales que permanecieron más allá del proyecto de la JAE ya que dichas redes sirvieron de plataforma para acoger a los intelectuales republicanos españoles. Lo impresionante del proyecto es que a pesar de tener escasos medios, el empuje de un reducido número de personas lo hizo posible. Muchos tuvieron que viajar continuamente a Argentina, México, Puerto Rico, Estados Unidos, aprovechando el mismo viaje para visitar varios países. Pero volvamos a los primeros años de la JAE.

Junto a la creación de centros y laboratorios en España, la JAE contó con un programa de becas para enviar a estudiantes y profesores a formarse en otros países con el fin de que posteriormente se incorporaran a los centros de enseñanza e investigación de España y llevaran a cabo la pretendida renovación de la ciencia. En este esfuerzo y empeño por renovar la cultura y crear un tejido científico en el que la JAE tuvo un papel protagonista, la JAE fue apoyada por los gobiernos de turno a través de la Oficina de Relaciones Culturales creada en 1921 dentro del Ministerio de Estado, por la Junta de Relaciones Culturales, que sustituyó a la Oficina en 1926. La estrecha relación entre estas instituciones y la JAE se aprecia en la composición de ambas en las que colaboraban las mismas personas, entre ellos Ramón Menéndez Pidal (director del Centro de Estudios y principal impulsor de la Oficina de Relaciones Culturales), José Castillejo (secretario de la JAE), Alberto Jiménez Fraud (director de la Residencia de Estudiantes creada en 1910), así como otros intelectuales científicos comprometidos con el ideario de la JAE que dirigieron algunos de los centros impulsados por la JAE: Blas Cabrera, Gregorio Marañón, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Hortega, entre otros (Puig-Samper 2007).

El proyecto renovador fue bien acogido por algunos países americanos que desde sus universidades comenzaron a demandar la presencia de profesores españoles en sus cátedras. La JAE fue la encargada de designar a dichos profesores a los que enviaba de manera temporal a Estados Unidos, Puerto Rico, Argentina, etc. Para ello la JAE se abasteció fundamentalmente de los profesores del Centro

de Estudios Históricos, institución en la que recayó, desde su creación en 1910, la labor de fomentar las relaciones con Hispanoamérica, de manera especial. La presencia en este centro de filólogos e historiadores que estudiaban los orígenes de la cultura española propició que la JAE considerara que ellos eran los que tenían que llevar a cabo el encuentro entre España y América. En el caso de Estados Unidos la relación con la JAE se estableció de igual manera a partir no sólo del interés español por renovar la educación y la ciencia, y mostrar una nueva imagen del país, sino también con el interés de las élites intelectuales norteamericanas por España, su cultura e historia. Esta convergencia de intereses en términos culturales, de ambas partes, fue la base que animó las nuevas relaciones. Desde finales del siglo XIX en Estados Unidos comenzó la atención hacia España y su cultura que desembocó en la creación de la Hispanic Society of America, en 1904 en Nueva York, bajo el mecenazgo de Archer M. Huntington, una institución docente gratuita que albergó una biblioteca pública y un museo: «Un museo [indicaba Huntington] que ha de abarcar las artes, incluyendo las artes decorativas, y las letras, ha de condensar el alma de España en contenidos, a través de obras de la mano y del espíritu. No ha de ser un montón de objetos acumulados al buen tuntún hasta que todo ello parezca una asamblea artística, los vestigios medio muertos de naciones entregadas a una orgía. Lo que quiero es ofrecer el compendio de una raza».



Archer M. Huntington

Los viajes de Huntington a España le proporcionaron un amplio conocimiento de su historia, cultura, arte y tradiciones populares. Arte, cultura y tradiciones fueron recogidas por los conservadores y fotógrafos enviados por la Hispanic Society que logró reunir una importante colección de fotografías de distintos pueblos españoles que representaban desde la vida cotidiana hasta obras de arte, monumentos y tipo humanos. Junto a estas colecciones de fotografías Huntington adquirió para la fundación un gran repertorio de libros, pinturas, esculturas, antigüedades, ropas, encajes, cerámicas y objetos diversos de distintas zonas de España. En 1909 la Hispanic Society abrió sus puertas con una exposición de Joaquín Sorolla, pintor a quien le encomendó en 1911 una serie de pinturas sobre los pueblos de España. Las obras de Sorolla siguen presidiendo, hasta hoy día, una de las salas centrales de esta institución (Onís 1957).

1.1. La España pintoresca: viajes de fotógrafos, conservadoras y folkloristas norteamericanos

El espacio delimita nuestro estudio a los fotógrafos y folkloristas norteamericanos que visitaron España en las primeras décadas del siglo XX. Algunos de ellos eran conservadoras y bibliotecarias de la Hispanic Society que Huntington envió a España como parte de su formación ya que consideraba imprescindible para poder realizar bien el trabajo en la Hispanic Society que estas mujeres adquirieran sobre el terreno un conocimiento profundo de la historia de España, de sus costumbres, paisajes e idioma. Ellas fueron las encargadas de catalogar las colecciones de fotografías que Huntington había ido formando en sus viajes a España desde finales del siglo XIX, en los que prestaba especial atención a las tradiciones que celosamente se conservaban en el medio rural. Su interés por España le empujó a visitar muchos pueblos del sur y a participar en excavaciones arqueológicas como en el caso de Itálica en 1898. Para preservar y estudiar las colecciones fotografías que fue adquiriendo por compra o donación, o bien procedentes de sus viajes y de las expediciones que financiaba la Hispanic Society en las que participaron las fotógrafas y conservadoras en las décadas de 1920 y 1930. La última expedición financiada a España fue la que realizó Anderson en 1948-1949. La idea de Huntington era crear un archivo fotográfico en la Hispanic Society que derivó en un departamento de iconografía en 1928 que guarda una gran riqueza patrimonial de España, Portugal y algunos países de América Latina (VV.AA, *Viaje de ida y vuelta* 2007).

El valioso material etnográfico que se conserva en el archivo de la Hispanic Society procede de las expediciones financiadas por la institución en la que trabajaron dos de las fotógrafas que en varias ocasiones recorrieron España como Alice D. Atkinson y Ruth Matilda Anderson, fotógrafas y conservadoras de la Hispanic Society desde 1920 y 1921 respectivamente. Ruth Matilda Anderson desde 1923 comenzó a viajar a España casi de manera anual hasta 1930, excepto

en 1927, y años después en 1948-49, y 1967. Las cerámicas, los trajes, escenas y paisajes, que evocan y resguardan el recuerdo de una España tradicional y rural, constituyen un legado de gran importancia. Así mismo, este material sirvió para distintos estudios algunos de los cuales fueron realizados por Anderson. En el caso de Alice Atkinson sus viajes a España los alternó con otros a México, Chile, Cuba y Perú. De España hay que destacar la serie de bordados y encajes recogidos por su lente.

El interés por las tradiciones, la música popular, los romances y el folklore impulsó a Huntington a financiar algunos de los proyectos que se gestaron en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, algunos de cuyos investigadores realizaban el trabajo de campo en las tierras de León y de Castilla buscando las raíces de la historia española. La recogida de tradiciones y romances fue una parte esencial de este proyecto en el que se involucraron algunos folkloristas norteamericanos. Uno de los proyectos financiados desde la Hispanic Society fue el dirigido por Ramón Menéndez Pidal, en concreto *Epopéya y Romancero* cuya edición no se concluyó (Ortiz 2007).



Miembros del Centro de Estudios Históricos, Madrid.
Sentado en el centro, Ramón Menéndez Pidal, director de CEH.
Archivo de la Fundación Ramón Menéndez Pidal.

Pero Huntington no fue el único interesado en las tradiciones españolas. El folklore y los romances de España y de algunos países de América Latina, su estudio por separado o comparado, llamaron la atención de algunos profesores de la Universidad de Columbia como Kurt Schindler, musicólogo alemán asentado en Estados Unidos, compañero de Federico de Onís de la Universidad Columbia, que visitó España a partir de 1919 en distintos momentos, 1928, 1929, 1930 y 1932. En 1920 Schindler se incorporó como miembro a la Hispanic Society en 1920, consi-

guiendo de esta institución auspicio para sus estudios en España y Marruecos. En sus viajes recorrió Castilla la Vieja y León, Castilla la Nueva, Aragón y Asturias recogiendo tradiciones musicales, danzas y cancioneros (Schindler, 1941). En España establece contacto con los investigadores del Centro de Estudios Históricos en concreto con el musicólogo Eduardo Martínez Torner, responsable de la sección de folklore del Centro. La gran mayoría de las fotografías y documentos que Schindler recogió están depositados en la Hispanic Society.

2.—DEL EXOTISMO AL INTERÉS MUTUO: ESPAÑA/ESTADOS UNIDOS

2.1. Federico de Onís: puente entre culturas

En poco tiempo la admiración por lo exótico y pintoresco que los viajeros encontraban en España se transformó en un interés por la cultura y en especial por la lengua y la literatura. La fuerza que comenzaron a cobrar los estudios hispanistas en Estados Unidos fue aprovechada por las autoridades de la JAE y los filólogos e intelectuales españoles para penetrar en las universidades y mercado norteamericanos. Uno de los principales protagonistas de este apartado corresponde a Federico de Onís, puente entre culturas que desde su llegada a la Universidad de Columbia en 1916 se dedicó no sólo a enseñar y profundizar en la historia y literatura españolas, sino también a establecer canales y vínculos de colaboración entre ambos países. Discípulo de Miguel de Unamuno, profesor de Salamanca y colaborador del Centro de Estudios Históricos, Federico de Onís fue designado por la JAE para organizar los estudios de lengua, literatura y civilización españolas ocupar la cátedra de literatura española en la Universidad de Columbia tras la solicitud que recibió de dicha Universidad para el curso 1916-1917. Enviado como pensionado de la JAE, a Onís se le encomendó que se interesara por las relaciones intelectuales entre España y Estados Unidos, y de manera particular por los aspectos relacionados con la difusión y la enseñanza del español. Finalizado el curso, Onís solicitó a la JAE una prórroga como pensionado en New York, la cual le fue concedida. Su estancia temporal se convirtió en definitiva a partir de 1921 cuando Onís solicitó la excedencia de la universidad salmantina. Al presidente de la JAE, Santiago Ramón y Cajal, quien le autorizó la prórroga que solicitó en 1917 no se le escapó el papel que tenían los Estados Unidos para la difusión de la cultura española, ni la labor de los profesores españoles en dicha tarea. En la carta que le envió a Onís el 9 de junio de 1917 reconocía la importancia de Norteamérica como punto neurálgico del hispanismo:

El movimiento de interés hacia los estudios españoles crece rápidamente en Norteamérica y España no puede sustraerse, sin grave daño para su futura situación en el concierto internacional, a los requerimientos que continuamente se le hacen para que sea ella quien se haga cargo de encauzar y dirigir la corriente hispanista, con más títulos que los pueblos hermanos del conti-

nente americano. Los Estados Unidos, dando muestras de esta preferencia han pedido a la Junta recientemente profesores que ya ocupan las cátedras de algunas Universidades (Baltimore, Chicago, San Francisco).

La reputación del Sr. Onís hizo que obtuviera un llamamiento de la Universidad de Columbia de Nueva York, la cual intentó ponerse a la cabeza de los estudios hispánicos en América. Su obra repercutirá en las escuelas del país y el nuestro puede felicitarse de que tan importante misión haya recaído en un profesor que pertenece a la Universidad y la enseñanza española.

Esta Junta ha apreciado por su parte, el inmenso servicio que le ha prestado D. Federico de Onís desde su alto puesto de profesor de la Columbia, favoreciendo eficazmente la expansión de nuestro idioma en los Estados Unidos para lo que ha estado en continua comunicación con la Junta. En vista de todo lo cual esta Junta, considerando suficientemente justificadas las razones aludidas, ha acordado en sesión del día 5 del corriente, proponer a V.E. se prorrogue a D. Federico de Onís, Catedrático de la Universidad de Salamanca, la consideración de pensionado para que durante el próximo curso siga estudiando en los Estados Unidos el cultivo de nuestra lengua y literatura, y fomenta con su labor la organización de la enseñanza del español desde la Universidad de Columbia de Nueva York.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Madrid, 9 de junio de 1917

El Presidente¹



Federico de Onís
Seminario de Investigación Federico de Onís,
Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras.

¹ Archivo de la JAE, Residencia de Estudiantes, Madrid, signatura 107/60 doc. 10.

Durante toda su carrera Onís mantuvo la encomienda que le hiciera la JAE convirtiéndose en un puente entre ambos mundos. Onís fue el artífice de las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, si bien en esta labor existieron otros protagonistas de aquí y allá que las alimentaron, como José Castillejo, María de Maeztu, el International Institute of Girls in Spain, o los directores de varios *colleges* norteamericanos, de los que más adelante nos ocuparemos.

Desde su llegada a Nueva York, Federico de Onís colaboró con la Hispanic Society of América y mantuvo una relación personal con Archer M. Huntington. En 1917 fue nombrado miembro de la Hispanic Society lo cual favoreció la presencia de profesores intelectuales españoles a Estados Unidos invitados por la Hispanic Society. Esta institución junto con el Instituto de las Españas, fundado en 1920 por la Columbia University, fueron centros de difusión de la cultura de España, y junto a las espléndidas colecciones de literatura y arte españoles, depositadas en la Hispanic Society, auspiciaron conferencias de los intelectuales españoles más prestigiosos del momento como José Castillejo, María Maeztu, Blasco Ibáñez, Ramón Menéndez Pidal, Antonio García Solalinde, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Samuel Gili Gaya, entre otros.²

Como hemos explicado en otros estudios, Onís, además de estudioso e impulsor de los estudios hispánicos en Norteamérica, fue intermediario, gestor y amigo de muchos intelectuales españoles, actuando como embajador de la cultura española en ese país (Naranjo Orovio y Puig-Samper 2002a y 2002b). El fue el artífice de las relaciones tejidas entre ambos países, apoyándose en sus colegas del Centro de Estudios Históricos y en su director, Menéndez Pidal, de quien recibió siempre apoyo, y en las autoridades de universidades y centros norteamericanos. Las conferencias, estancias y publicaciones que Onís facilitó a intelectuales españoles en universidades norteamericanas, motivó que Don Federico mantuviera una relación permanente con España y con los nombres más destacados de la cultura española, actuando desde 1917 en muchas ocasiones como su representante en Estados Unidos: Pío Baroja, Jacinto Benavente, Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Tomás Navarro Tomás, Menéndez Pidal, Valle-Inclán, Unamuno, Azorín, Amado Alonso, Ramón Gómez de la Serna, entre otros.

El proyecto de Onís pronto se amplió a Puerto Rico donde el rector de la Universidad, Thomas Benner, acogió la idea de profesor español de utilizar la Universidad como un espacio de mediación entre la cultura hispana y la norteamericana. Un punto de unión entre dos mundos desde donde era posible triangular una relación entre España y Estados Unidos. La cultura fue el vector que articuló estas relaciones. Su proyecto convirtió a Onís en el puente entre dos mundos obligándole

² Archivo Federico de Onís, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras (AFO), Serie Correspondencia O-MS/C-79.1 - 79.26.

a viajar con asiduidad entre Nueva York y Puerto Rico donde se permaneció desde 1954, tras jubilarse de la Universidad de Columbia, hasta su muerte en 1966. Con ayuda de Benner y la de los profesores puertorriqueños, y la colaboración de los compañeros del Centro de Estudios Históricos, Onís logró que la Universidad de Puerto Rico, en su recinto de Río Piedras, se convirtiera en un espacio de diálogo entre el hispanismo y el panamericanismo, a la vez de ser una plataforma de penetración y difusión de la cultura hispana en Estados Unidos. El artículo de William R. Shepherd, profesor de historia en la Universidad de Columbia, titulado «Hacia la amistad triangular» resaltaba el valor de la cultura para propiciar el acercamiento de los pueblos. Shepherd animaba a los ciudadanos de Estados Unidos, Hispanoamérica y España a formar parte de la nueva empresa cultural y espiritual, cuyo programa resumía en 14 puntos. De ellos destacamos los siguientes: impulsar en Estados Unidos la enseñanza del castellano; fomentar en los países de habla castellana la enseñanza del inglés; apoyar el recíproco estudio sistemático de la geografía, historia e instituciones hispanas y norteamericanas; promocionar el intercambio de maestros y estudiantes; estimular el interés norteamericano en España e Hispanoamérica, y viceversa, y propiciar un cambio en las visiones prejuiciadas sobre «los otros» que de forma similar existían en las sociedades norteamericana, hispanoamericanas y española (Shepherd 1928).



La Universidad de Puerto Rico: puente entre culturas

El convenio firmado entre la Universidad de Puerto Rico, el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Columbia en 1924 aseguró la presencia de profesores españoles en la Universidad boricua, especialmente durante el verano participando en los cursos de la *Summer School*, y el envío de algunos becarios puertorriqueños al Centro madrileño. Resultado de este proyecto fue la creación a finales de 1926 del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, a partir del Departamento de Español, en el que siguieron impartiendo clases algunos profesores españoles que aprovechaban su viaje a la isla para visitar Estados Unidos invitados por Onís o por otras universidades de aquel país. Como ya hemos apuntado en otros estudios, en España Onís contó con la colaboración de sus colegas del Centro de Estudios Históricos y de las autoridades de la JAE. Muchos de ellos eran conscientes de la necesidad de promover y difundir la cultura española en Estados Unidos como una manera de contrarrestar la influencia y el avance de la cultura anglosajona. En la correspondencia mantenida entre Onís y los filólogos e historiadores del Centro de Estudios Históricos este hecho se pone de manifiesto en varias ocasiones en las que explícitamente comentan los logros obtenidos en la difusión de la cultura y la lengua españolas en Estados Unidos frente a otras naciones como Italia, Alemania, Gran Bretaña o Francia que no escatimaban en medios para propagar su cultura en Norteamérica. La edición de algunas revista como la *Revista Hispánica Moderna* y la *Revista de Estudios Hispánicos* en Estados Unidos era el resultado de la colaboración entre ambos países que España tenía que seguir alimentando (Naranjo, Luque y Puig-Samper 2002).



Grupo de estudiantes extranjeros y profesores de Centro de Estudios Históricos en el Curso de verano de Residencia de Estudiantes, Madrid.

Archivo de la Biblioteca "Tomás Navarro Tomás", Centro de Ciencias Humanas y Sociales CSIC.

2.2. Convenios y becas: de la Residencia de Señoritas de Madrid al Instituto de las Españas de Nueva York

En 1915 la JAE creó la Residencia de Señoritas. Desde sus comienzos esta institución estableció relaciones con Estados Unidos a través de su directora, María de Maeztu, que firmó un convenio de colaboración con el International Institute for Girls in Spain, una entidad estadounidense creada en Madrid para incentivar la educación de las mujeres, al igual que la Residencia de Señoritas. El International Institute for Girls in Spain tiene sus orígenes en una escuela cristiana no confesional fundada en Santander por un maestro protestante norteamericano «con el propósito de establecer y mantener una institución para la educación de las niñas en España». En 1892 el Instituto adquirió una dimensión mayor al crearse en Massachussets y establecer un comité, el Comité de Boston, para recaudar los fondos necesarios para construir en Madrid un edificio para el International Institute for Girls in Spain cuyas obras finalizan en 1903. Desde que se creó la Residencia de Señoritas se estableció una estrecha colaboración entre ambas instituciones. Ente el profesorado de la Residencia formaban parte María Goyri, María Zambrano, Maruja Mallo y profesoras estadounidenses vinculadas al Instituto Internacional. A partir de 1917 se firmó un acuerdo entre el International Institute of Girls in Spain por el cual además de alquilar sus locales a la Residencia de Señoritas, se fusionaron sus bibliotecas, y especificaba que las profesoras norteamericanas eran las responsables de las asignaturas de inglés, laboratorios y educación física. Este acuerdo redundó en un incremento de las becas de estudiantes de intercambio en ambos países. El convenio firmado en 1919 por María de Maeztu y José Castillejo con *colleges* norteamericanos afianzó las relaciones. A ello nos referimos en las páginas siguientes.

Los inicios de este intercambio son recogidos en las *Memorias* de la Junta. En el viaje de José Castillejo, secretario de la JAE, a Estados Unidos en 1919 se firmó un acuerdo para el intercambio de profesores, becarios y publicaciones entre la JAE y distintas instituciones norteamericanas. Así mismo, Castillejo consiguió financiación del Rockefeller Institute.³ Las Actas de las sesiones de la JAE recogen el objetivo del viaje de Castillejo: «conocer la importancia del desarrollo que adquiere la enseñanza del español en aquel país, y establecer sobre bases permanentes el envío a allá de profesores de nuestra lengua y literaturas». En una de las cartas enviadas por Castillejo desde Estados Unidos se aprecia la impresión que su paso por algunas universidades y centros de este país, como Harvard, John Hopkins, Filadelfia, Yale, Princeton, Bassar College, Smith College, Fundación Rockefeller en Nueva York, Fundación Carnegie, Mith de Cambridge, le causaron. Sobre Princeton comentaba en su carta del 1 de junio de 1919:

³ Los objetivos del viaje de Castillejo a Estados Unidos aparecen en la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente al curso 1918-19*, Madrid, 1920.

Esta universidad (Princeton) es una maravilla y recogimiento en la lejanía de un pueblecito, instalada en varios kilómetros de parque, con arbolado abundante y pradera fresca ¡Y qué edificios y qué Clubs de estudiantes, y qué Biblioteca y laboratorios y estadios para juegos! Cada una que veo me parece mejor. Esta es la del recogimiento y pulcritud (Castillejo 1999).

A la puesta en marcha de este intercambio también contribuyó María de Maeztu quien viajó a Estados Unidos en el mismo año que Castillejo a impartir un curso en la Universidad de Columbia. Las negociaciones pronto dieron resultado comenzando el intercambio de alumnas entre la Residencia de Señoritas y el Smith College. Las becarias recibían 600\$ anuales o el equivalente en España, 3.000 pesetas, y se comprometían a dar seis horas de clase de español en el *college* al que fueran enviadas, y en el caso de las estudiantes norteamericanas seis clases de inglés además de asistir a los cursos que impartía el Centro de Estudios Históricos en Madrid. La colaboración se reforzó con la propuesta que el director del Bryn Mawr College de Filadelfia hizo a las autoridades de la JAE para iniciar el intercambio con universidades españolas en 1920. La agilidad de los gestores de la JAE y de las autoridades universitarias americanas hizo posible que el proyecto comenzara ese mismo año.⁴ Las solicitudes de las candidatas que deseaban especializarse en alguna universidad norteamericana eran valoradas por el Comité para la Concesión de Becas a Mujeres Españolas, integrado por María Goyri de Menéndez Pidal, presidenta, Zenobia Camprubí de Jiménez, secretaria, María de Maeztu, Trinidad Arroyo de Márquez, y José Castillejo como vocales. María de Maeztu consiguió que la JAE considerara pensionadas a las estudiantes españolas que iban a través del convenio con el Smith College lo cual significaba que, además del dinero asignado por el convenio, la JAE pagaba los gastos del viaje. Desde el curso 1920-1921 hasta el de 1935-1936, fueron 31 las españolas becadas en los Estados Unidos, para estudiar o especializarse en distintas disciplinas. A partir de 1923 fue la propia Residencia de Señoritas la que proponía a las candidatas. Tras la desaparición del Comité, la Residencia de Señoritas fue la encargada de proponer a las candidatas a la JAE y a los *colleges*. En Estados Unidos esta función recayó en distintas instituciones, los *colleges*, el American Council on Education, que era un organismo integrado por las más importantes universidades de Estados Unidos, y encargado de las relaciones exteriores, y el Institute of International Education que representaba a varias universidades y *colleges* del país. La gestión de este Instituto se reducía a informar a las autoridades de la JAE la disponibilidad de becas ofertadas por centros norteamericanos.

⁴ Archivo JAE, Residencia de Estudiantes, Madrid, Expediente «Comité de becas para mujeres españolas. Madrid», signatura 155-46.



Becarias norteamericanas en la Residencia de Estudiantes, Madrid.
 Archivo de la Colección Justo Formentí.

La Residencia de Señoritas con apoyo de la International Education of Girls fue un centro pionero en la educación de la mujer. Desde 1920 contó con un laboratorio de química organizado por la doctora Mary Louise Foster, que ese año había sido designada directora del Institute International of Girls in Spain. Este fue el primer laboratorio de química dedicado únicamente a la formación de científicas. La ayuda de la Dra. Foster y los fondos recaudados por María de Maeztu en Estados Unidos en la sede de Boston del International Institute of Girls in Spain, lograron finalizar los trabajos y la dotación del laboratorio en 1928, que pasó a denominarse Laboratorio Foster. En él se formaron algunas de las científicas más destacadas como Dorotea Barnés o Felisa Martín Bravo (Magallón Portolés, 2007). De los salones de la Residencia de Señoritas surgieron el Lyceum Club Femenino y la Asociación de Mujeres Universitarias.

En cuanto a los estudiantes norteamericanos, alojados en la Residencia de Estudiantes y en el Instituto Internacional de Señoritas, asistieron a los cursos de verano para extranjeros que organizó la JAE a partir de 1912. Dichos cursos pasaron a ser organizados a partir de 1920 por el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro Quesada, Pedro Salinas, Manuel Gili Gaya, y Dámaso Alonso eran los profesores de estos cursos que abarcaban temas de cultura, arte, folklore, música, lengua y literatura españolas, combinados con visitas culturales y excursiones a distintas ciudades. Al finalizar los cursos, los alumnos recibían distintos diplomas en función del grado de aprovechamiento que hubiera demostrado el alumno.⁵ Por el Centro de Menéndez Pidal pasaron algunos prestigiosos hispanistas norteamericanos como por ejemplo

⁵ Las actividades académicas desarrolladas por la JAE y el Centro de Estudios Históricos, la dotación de becas para estudiar en el extranjero, el intercambio con otros países, etc., fueron recogidos a partir de 1910 en las *Memorias* de la JAE.

en 1928 Charles Carroll Marden, que era Catedrático de español en Princeton desde 1916, así como estudiantes que realizaron sus tesis en el Centro como la puertorriqueña Margot Arce.



Conferencia de Charles Carroll Marden en el Centro de Estudios Históricos (Madrid, 1928). Archivo de la Biblioteca "Tomás Navarro Tomás", Centro de Ciencias Humanas y Soxiales, CSIC.

Desde 1919, a través del sistema de becas la JAE envió pensionados de distintas especialidades a diferentes universidades norteamericanas, aunque en número inferior al enviado a Europa. Los becarios ascendieron a 55 para Estados Unidos. El número mayor corresponde a los médicos, un total de 22, seguidos por los químicos, ocho, pedagogos, seis, y tres ingenieros. Otros estudios como derecho, física, sociología, arte, comercio... contaron con dos becarios. También en calidad de becarios fueron enviados los lectores y profesores de español, como Federico de Onís fue en 1916 a la Universidad de Columbia, y a otras universidades como Harvard, John Hopkins, Michigan, Berkeley, Pensilvania, Rockefeller Institute for Medical Research, entre otros. Algunos de estos becarios pasaron a formar parte del profesorado de instituciones norteamericanas, entre ellos Juan López Suárez y Mario García Banús, en el Institute Rockefeller for Medical Research, en el curso 1916-1917, y José Fernández Nonidez en la Universidad de Columbia en 1918 y en la Carnegie Institution en 1920, uno de los primeros genetistas españoles junto con Antonio Zulueta, también becario en Estados Unidos en el California Institute of Tecnology de Pasadena (Formentín y Villegas 1992). En los años treinta consiguieron beca algunos estudiantes de medicina de la Universidad Central como Arturo Duperier, Angel Enciso Calvo, José Parra Lázaro, o José María Chaume Aguilar.

La colaboración entre España y Estados Unidos la gestionaron la JAE y la Junta de Relaciones Culturales por parte española, y en Norteamérica, el Instituto de las Españas, el American Council on Education y el Insti-

tute of International Education. Esta última institución fue la que organizaba las conferencias de los invitados españoles, en primavera y en otoño. Las instituciones americanas mantuvieron una estrecha relación con la JAE proporcionando además de becas, información sobre becas e intercambios que ofrecían distintas universidades de allí. En este programa de intercambio participaron 47 becarios, 31 españoles y 16 norteamericanos. El 1925 el American Council on Education envió los primeros becarios a España bajo la tutela de la JAE. Unos años después, en 1929 el Institute of International Education propuso de manera oficial a la JAE que se encargase del servicio de intercambio de becas con Estados Unidos. Tras la reorganización del intercambio, la falta de recursos de la JAE motivó que a partir de ese año la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado fuera la encargada de financiar el programa de becas de intercambio con Estados Unidos y otros países europeos, correspondiendo a la JAE el aval y seguimiento científico de los candidatos. En algunos casos, una misma persona fue pensionada por la JAE y becaria dentro del programa mencionado, lo cual les aseguraba un ingreso extraordinario con el que cubrir todos los gastos.

La creación del Instituto de las Españas en 1920 fue un impulso en el afianzamiento de las relaciones hispano-norteamericanas al tener como fin la difusión en Estados Unidos de la cultura hispánica y erigirse como el centro común para el desarrollo de los intereses hispánicos en que todos ellos coincidían. En su fundación colaboraron la Universidad Columbia y otras instituciones americanas, españolas e hispanoamericanas. En su sede la JAE 1920 una delegación permanente designándose a Federico de Onís como delegado de la JAE. El Instituto de las Españas contaba con cuatro secciones: estudios españoles; estudios portugueses; estudios hispanoamericanos, y estudios sefarditas. En sus salones se dictaban conferencias, se organizaban reuniones semanales, conciertos, exposiciones y otras actividades como cursos de lengua y cultura españolas, viajes de estudios a España y a México, entre otras. Contaba con una nutrida biblioteca y un departamento de publicación de libros y de edición de la *Revista Hispánica Moderna*. A partir de enero de 1928 la *Revista de Estudios Hispánicos*, que había sido fundada en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en colaboración con la Columbia y el Centro de Estudios Históricos de Madrid, fue el órgano oficial del Instituto de las Españas. A partir de 1930 la sede del Instituto pasó al edificio de La Casa de las Españas, recayendo en Federico de Onís la dirección del mismo.⁶ A pesar de no existir convenio alguno, el Instituto de las Españas mantuvo un contacto estrecho con las instituciones españolas encargadas de la difusión cultural, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y la Junta de Relaciones Culturales, que a partir de 1934 destinó al Instituto la cantidad anual de 2.000\$. El carácter semi-oficial que los representantes diplomáticos españoles

⁶ AFO, Serie Correspondencia O-MS/C-132.49.

en Estados Unidos dieron a este Instituto estuvo respaldado por las autoridades académicas norteamericanas que siempre designaron al embajador de España en Washington Presidente Honorario, y al cónsul español en Nueva York miembro del Consejo Directivo. La labor desplegada por el Instituto de las Españas fue elogiada por Ramón Menéndez Pidal en 1929:

El Instituto de las Españas en los Estados Unidos está realizando una labor espiritual del más alto valor, ya que no sólo trabaja en pro de la cultura, sino también a favor de la aproximación y conocimiento mutuo de los pueblos de habla española, portuguesa e inglesa. Me complazco, pues, en alentar con mayor entusiasmo esa obra patriótica, altruista y de tan elevada idealidad.⁷

En 1937, Fernando de los Ríos, embajador de España en Estados Unidos, en una nota enviada al gobierno español le explicaba el carácter cultural y no político del Instituto de las Españas, que nunca había firmado un acuerdo con España, y que pertenecía a la Universidad de Columbia. Para el embajador la importancia del Instituto de las Españas consistía en el acercamiento que había realizado entre los pueblos de habla hispana, que tenían a España como lazo y origen común. En su carta, comentaba que en toda Hispanoamérica el Instituto era el organismo difusor de cultura, además de ser el instrumento que frenaba el panamericanismo. El peso de España en la vida del Instituto se debía, según el embajador, a la excepcional eficiencia con que había llevado la dirección del Instituto Federico de Onís. La universalidad de su concepción, similar a la del Centro de Estudios Históricos de Madrid, hacían de él, según Fernando de los Ríos, «un exponente de lo mejor de la España del pasado y de la del porvenir», que no permitía encuadrarlo en el campo de las actividades políticas.⁸

En Nueva York existieron otros focos de difusión de la cultura española como la American Association of Teachers of Spanish, presidida por L.A. Wilkins, que publicó la revista *Hispania*, dirigida por Aurelio M. Espinosa; el Club Miguel de Unamuno; la Residencia Española de la Columbia University; el ya mencionado Institute of International Education, creado en 1919 por Stephen P. Duggan y subvencionado por la fundación Carnegie (Naranjo, Luque y Puig-Samper 2002).

Otro capítulo de la historia de las relaciones culturales entre España y América la constituye la creación de Instituciones Culturales que nacieron por iniciativa de algunos miembros destacados de las colectividades de inmigrantes españoles asentados en los países americanos —como la Institución Cultural de Buenos Aires, o la Institución Cultural de Puerto Rico, por ejemplo—, o bien fueron impulsadas por algunos intelectuales de estos países que buscaron apoyo

⁷ Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid, *Memoria correspondiente a los cursos 1926-27 y 1927-28*, Madrid, 1929, p. 117.

⁸ AFO, Fondo Correspondencia O.M.S/C 132.31.

en las colectividades de inmigrantes españoles, como la Institución Hispano-Cubana de Cultura. En colaboración con la JAE y con las instituciones académicas de los países en las que se formaron, las Instituciones Culturales financiaron parte de los viajes de los profesores españoles a diferentes partes de América. En Estados Unidos surgió la Institución Cultural Española, en Nueva York en mayo de 1927, presidida por Susan Huntington Venon, que había sido directora del International Institute of Girls in Spain entre 1910-1918, y con José Padín como secretario. En el acto de inauguración de Institución Cultural Española participaron Federico de Onís, María de Maeztu y Tomás Navarro Tomás. Como las otras instituciones culturales españolas creadas en América, la de Estados Unidos se puso bajo los auspicios de la JAE, brindando su apoyo para llevar profesores españoles a este país.

Terminado los proyectos de colaboración entre ambos países con el mecenazgo privado de Gregorio del Amo, un emigrante español en Estados Unidos, médico y cónsul de España en San Francisco, que en 1929 decidió crear una fundación para el intercambio de alumnos y profesores de España y Estados Unidos. Desde la fundación, que mantuvo su actividad hasta 1979, se creó un sistema de becas para apoyar los estudios de españoles en Estados Unidos, especialmente de medicina pero también de otras especialidades, algunos de ellos fueron Florestán Aguilar, Gregorio Marañón, José Lamelas, Antonio Zulueta, Ricardo Pérez Calvet, Juan Cuesta, Fausto García Jiménez, Mariano Gómez Ulla, entre otros. La fundación también financió ciclos de conferencias en California en los que participaron profesores de ambos países. La Fundación también colaboró en la edificación de la ciudad universitaria de Madrid, en donde financió una residencia de estudiantes, y un laboratorio de química y genética en la Universidad de California, conocido como La Cabaña, en donde trabajaron investigadores españoles y norteamericanos como Nicolás Canto Borreguero, Eugenio Díaz Torreblanca, Michael Pijoan, John Benjamin, John Eckert, o Severiano Bustamante. Su proyecto logró convocar a dos instituciones, la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de California (Glick 1990). En los años treinta del siglo XX España también recibía una importante contribución de la Fundación Rockefeller para la crear el Instituto de Investigaciones de Física y Química en Madrid, dependiente de la JAE, dirigido por Blas Cabrera.

3. LOS INICIOS DEL EXILIO: LAS REDES CREADAS

Los viajes, estudios y estancias de alumnos y profesores en Estados Unidos continuaron tras la desaparición de la JAE y del proyecto que puso en marcha. Se iniciaron nuevas relaciones entre ambos países marcadas por una política diferente. A pesar de que el tema excede a estas páginas, es preciso terminarlas haciendo referencia

al exilio republicano que se dirigió a Estados Unidos ya que, como ocurrió en otros países, en la llegada y acomodo de los profesores refugiados allí también actuaron las redes tejidas en los años previos entre instituciones y, sobre todo, entre personas. En el caso del exilio republicano, Estados Unidos recibió a un grupo de profesores e intelectuales de gran prestigio que se integraron en diversas universidades y centros de enseñanza de todo el país aunque con dimensiones muy diferentes a las que tuvieron las colectividades de refugiados republicanos en Francia, México o Argentina. Si bien se nos escapa de estas páginas el estudio de este capítulo de la historia, es preciso indicar al menos dos factores que incidieron en la llegada de exiliados. Por una parte, la política de inmigración norteamericana que canalizó y restringió su llegada, por otra, las redes intelectuales que se habían tejido en las décadas anteriores a la Guerra Civil. Dichas redes, como hemos puesto de manifiesto en otros trabajos, posibilitaron la llegada y asentamiento de algunos profesores que, una vez más para el caso norteamericano, utilizaron como puente entre culturas y mundos a Federico de Onís (Naranjo Orovio y Puig-Samper 2002b; Naranjo Orovio 2007). Desde su Cátedra en la Universidad de Columbia, Onís desplegó una gran campaña para apoyar a sus antiguos compañeros que acudieron a él en busca de ayuda. Algunos de estos colegas a los que Onís no dudó prestar apoyo eran compañeros del Centro de Estudios Históricos con los que había desarrollado proyectos de investigación a lo largo de su carrera en España, Puerto Rico, Argentina o Estados Unidos. Entre ellos se encuentran, Pedro Salinas que fue contratado como profesor de la Universidad Johns Hopkins, Tomás Navarro Tomás quien pasó a formar parte de la Universidad de Columbia, Amado Alonso que ingresó como profesor en Harvard en 1947, Américo Castro, Antonio García Solalinde y Ramón Iglesia en la Universidad de Wisconsin, Jorge Guillén quien prosiguió su carrera en el Wellesley College, o Fernando de los Ríos que, como ya vimos había mantenido una estrecha colaboración con Onís en el Instituto de las Españas, y que tras abandonar su cargo de embajador en Estados Unidos también fue acogido en la academia norteamericana integrándose como profesor del New School for Social Research de Nueva York.

Los lazos de la cultura que lentamente se habían ido fraguando entre España y Estados Unidos desde los años tempranos del siglo XX mostraron su fuerza en el momento en el que algunos intelectuales demandaron asilo. En la ruptura, Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás desde Columbia se esforzaron en que la obra intelectual desarrollada por el Centro de Estudios Históricos se mantuviera. Para ello propusieron a otros compañeros refundar el Centro de Estudios Históricos en el exilio con varias sedes en Estados Unidos, Buenos Aires, México, Cuba, Chile y Colombia. En una de las principales ciudades, Nueva York, Buenos Aires y La Habana, residiría la dirección y secretaría del Centro. Así mismo, pensaron cubrir el espacio dejado por la *Revista de Filología Española*, del madrileño Centro de

⁹ Carta de Federico de Onís a Pedro Salinas, profesor de Wellesley College, en Massachusetts, desde New York el 31 de marzo de 1939. AFO, Serie Correspondencia O-MS/C-109.7.

Estudios Históricos, a través de la *Revista Hispánica Moderna* del Instituto de la Españas.⁹ Estas ideas y la de fundar cátedras para profesores españoles en Estados Unidos y diferentes países latinoamericanos se la comentaba Onís a Américo Castro en la carta que le mandó el 13 de abril de 1937. En la ella le hablaba de las gestiones que había realizado en el varias instituciones y fundaciones norteamericanas como el Institute of International Education, la Carnegie Foundation, el Instituto Rockefeller, entre otras, para conseguir fondos.¹⁰

La personalidad de Onís y su papel como mediador y embajador de la cultura española en Estados Unidos era conocido por todos. La carta que Américo Castro remitió a Federico de Onís de camino a Buenos Aires en 1936 es reveladora:

Querido Onís:

Te escribo camino de Buenos Aires, adonde voy invitado por la Cultural [...]

No sé qué será de mi casa, de mis libros y de mis trabajos. Como es natural no podré vivir en España ni con la anarquía sangrienta de hoy, ni con lo que venga después; -lo mismo con signo contrario. No siendo político de ningún partido, nada tendría que temer, ni hoy ni mañana. Pero como todo es locura, eso no podrá ser, al menos en bastante tiempo. Ignoro si en la Argentina me podrán dar algo estable, por si acaso no, dime si hay alguna esperanza de encontrar trabajo para mí en Estados Unidos. Mi plan, no sé si podré realizarlo, será subir dando conferencias, desde Argentina hasta ahí. Yo sé enseñar francés muy bien. ¿No habría algo en alguna parte? Te ruego tomes esto con interés, y que hables a los amigos [...]

Una catástrofe así no podía esperarse. Estoy hecho polvo, y así están todos. La vida rota, todo perdido, y teniendo que empezar de nuevo o que acabar de una vez. Un abrazo. Américo Castro¹¹.



Américo Castro.

Archivo de la Biblioteca "Tomás Navarro Tomás", Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC.

¹⁰ Carta de Federico de Onís a Américo Castro el 13 de abril de 1937. AFO, Serie Noticias y Actividades O-NA/C. 44. 41.

¹¹ AFO, Serie Noticias y Actividades O-NA/C-44.77

Un año después Américo Castro fue contratado por la Universidad de Wisconsin, de donde pasó a la Universidad de Texas, en 1939, y más tarde a la Universidad de Princeton. Tras su jubilación fue profesor en varios centros entre otros en la Universidad de California. Su obra y la de muchos exiliados, como Javier Malagón, Vicente Llorens, Guillermina Medrano, Rafael Supervía, Juan Ramón Jiménez, José Rubia Barcia, junto a los ya mencionados, contribuyeron a afianzar el hispanismo en Estados Unidos. El corto espacio nos obliga a dar sólo pinceladas sobre la trascendencia de algunas obras de estos profesores. En el caso de Américo Castro su obra madura la produce en Estados Unidos en donde sus libros invitan a recorrer la historia de España y América Latina, a meditar sobre el carácter de los pueblos español e hispanoamericano, la conquista y colonización de América, y el idioma español, a la vez que desvela la presencia hispana en el continente americano y el alcance que tuvo en *La realidad histórica de España*, de 1954. De todos ellos, el libro *Iberoamérica. Su presente y su pasado*, de 1941, que fue utilizado como texto escolar, fue la inspiración de una generación de hispanistas norteamericanos que aprendieron a conjugar historia y literatura para comprender la cultura de una forma más global e integrada (Bernabéu 2002).

El sueño de Huntington de recoger en las salas de la Hispanic Society of America las joyas de la cultura española, especialmente de arte y de literatura, y dejar plasmadas las tradiciones de sus pueblos, permanecía vivo a través de estos profesores cuyos alumnos han creado nuevos departamentos en diferentes universidades dedicados a la cultura hispana, en el más amplio sentido de ambos términos.



The Hispanic Society of America, New York.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, José Luis, «España - América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad», *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, Madrid, 2007, págs. 15-32

BERNABÉU ALBERT, Salvador, «Un señor que llegó del Brasil. Américo Castro y la realidad histórica de América», *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 226, 2002, págs. 651-674.

CASTILLEJO, David (comp.), *Epistolario de José Castillejo. Vol. III, Fatalidad y porvenir 1913-1937*, 3 vols., Madrid: Editorial Castalia, 1999, pág. 420.

FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS, M.^a José, *Relaciones Culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid: MAPFRE, 1992.

GLICK, Thomas, «Fundaciones americanas y ciencia española: la Fundación del Amo, 1928-1940», en Luis Español González (ed.), *Estudios sobre Julio Rey Pastor (1888-1962)*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1990, págs. 313-326.

Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Its history and significance, with a brief outline of the purposes and proposed development of the organization, New York, 1926.

MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen, «El laboratorio Foster de la Residencia de Señoritas. Las relaciones de la JAE con el International Institute for Girls in Spain, y la formación de las jóvenes científicas españolas», *Asclepio*, vol. LIX, núm. 2, 2007, págs. 37-62.

NARANJO OROVIO, Consuelo, «El exilio republicano español en Puerto Rico», en Dolores Pla (coord.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México D.F.: SEGOB / Instituto Nacional de Migración / Centro de Estudios Migratorios, Instituto Nacional de Antropología e Historia y DGE Editores, 2007, págs. 567-612.

NARANJO OROVIO, Consuelo, LUQUE, M.^a Dolores y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid: CSIC- Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2002.

NARANJO OROVIO, Consuelo y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel, «Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico», en Consuelo Naranjo, M.^a Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid: CSIC-Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2002a, págs. 153-189.

NARANJO OROVIO, Consuelo y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel, «Los lazos de la cultura se convierten en lazos de solidaridad: los inicios del exilio español», en Consuelo Naranjo, M.^a Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), en Consuelo Naranjo, M.^a Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid: CSIC-Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2002b, págs. 307-319.

ONÍS, Federico de, «Huntington y la cultura hispánica», en *Archer M. Huntington, 1870-1955*, Washington, D.C.: Pan American Union, 1957.

ORTIZ GARCÍA, Carmen, «Raíces hispánicas y culturas americanas. Folkloristas norteamericanos en el Centro de Estudios Históricos», *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, Madrid, 2007, págs. 125-162.

PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC 100 años de ciencia en España*, Madrid: CSIC, 2007.

PUIG-SAMPER, Miguel Ángel, NARANJO OROVIO, Consuelo y LUQUE, M.^a Dolores, «Hacia una amistad triangular: las relaciones entre España, Estados Unidos y Puerto Rico», *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid: CSIC- Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2002, págs. 121-152.

RIBAGORDA, Álvaro, «Modernización y conflicto: la Universidad Central en los años treinta», Eduardo González Calleja y Álvaro Ribagorda (eds.), *La Universidad Central durante la Segunda República: Las Ciencias Humanas y Sociales y la vida universitaria*, Madrid: Universidad Carlos III, 2013, págs. 9-30.

ROLLAND, Denis, DELGADO, Lorenzo, GONZALEZ, Eduardo, NIÑO, Antonio y RODRIGUEZ, Miguel, *L'Espagne, La France et L'Amérique Latine*.

Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XXe siècle. España, Francia y América Latina. Políticas culturales, propagandas y relaciones internacionales, siglo XX, Paris: L'Harmattan, 2001.

SCHINDLER, Kurt, *Folk Music and Poetry of Spain and Portugal-Música y Poesía Popular de España y Portugal*, Nueva York: Hispanic Institute in the United States, 1941.

SHEPHERD, William R., «Hacia la amistad triangular», *Revista de Estudios Hispánicos*, T. I, núm., 1, enero-marzo de 1928, págs. 1-17.

VV.AA, *Viaje de ida y vuelta. Fotografías de Castilla-La Mancha en The Hispanic Society of America*, Toledo: Empresa Pública Don Quijote de la Mancha, S.A., 2007.

AUTORES

CONSUELO VARELA

Profesora de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (Sevilla). Ha sido directora del Alcázar de Sevilla (1988-1991), directora de la Escuela de Estudios Hispano Americanos (1993-1998), directora del *Anuario de Estudios Americanos* desde 2001 y asesora del Pabellón del siglo XV en la Expo 92 y de varias películas comerciales y documentales sobre Cristóbal Colón y el Descubrimiento. Doctora en Historia de América en la Universidad de Sevilla, ha publicado una docena de libros y un centenar de artículos. Sus trabajos se centran en el estudio de los primeros años del Descubrimiento y conquista y del Nuevo Mundo y las Filipinas. Entre sus publicaciones destacan: *Cristóbal Colón. Textos y documentos Completos*, Madrid, 1982, 7.^a edición, 2003; *Brevísima relación de la Destrucción de las Indias*, Madrid, 2000; *Americo Vespucci*, Roma-Caracas, 1999; *El viaje de Ruy López de Villalobos a las islas del Poniente. 1542-1546*, Milán, 1983; *Colón y los florentinos*, Madrid, 1988; *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, en colaboración con Isabel Aguirre, Madrid, 2006.

JUAN GIL

Juan Gil (Madrid, 1939) es catedrático de Filología Latina de la Universidad de Sevilla (1971). Ingresó en la Real Academia Española en octubre de 2011, donde ocupa la silla “e”. Ha hecho ediciones críticas del *Económico* de Jenofonte (Madrid, 1967) y del *Arte poética* de Horacio (Madrid, 2010), así como de diversos textos medievales hispanos (*Miscellanea Wisigothica*, Sevilla, 1972, *Corpus scriptorum Muzarabicorum*, Madrid, 1973), a los que ha consagrado numerosos artículos. Se ha interesado asimismo por los mitos de la expansión europea (*Mitos y utopías del Descubrimiento*, Madrid, 1989, 3 vols.) y por la literatura de viajes en la Antigüedad y en el Medievo (*El libro de Marco Polo anotado por Colón. El libro de Marco Polo traducido por Rodrigo de Santaella*, Madrid, 1987; *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid, 1993; *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad*

clásica y del Medievo occidental, Madrid, 1995; *Columbiana. Estudios sobre Cristóbal Colón*, Santo Domingo, 2007). Su producción científica ha tocado también temas de los siglos XV y XVI, relativos al Humanismo (*Arias Montano en su entorno. Bienes y herederos*, Badajoz, 1998; Prólogo al *Epistolario de Juan Ginés de Sepúlveda*, Pozoblanco, 2007), la Inquisición (*Los conversos y la Inquisición sevillana*, Sevilla, 2000-2003, 7 vols.) y otras minorías de Sevilla (*El exilio portugués en Sevilla. De los Braganza a Magallanes*, Sevilla, 2009). Al estudio de los contactos de España y el Extremo Oriente ha dedicado tres volúmenes: *Hidalgos y samurais* (Madrid, 1991), *La India y el Lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro* (Sevilla, 2010) y *Los chinos en Manila (siglos XVI y XVII)*, Lisboa, 2011.

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Nacido en Jumilla (Murcia, 1960) es investigador científico del CSIC y ex-director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (Sevilla). Está especializado en la expansión europea en América y el Pacífico, así como en la construcción del americanismo español (siglos XIX-XX). Ha cursado estudios en la Universidad Complutense de Madrid, donde obtuvo el doctorado en Historia de América (1989) y en la Universidad Nacional Autónoma de México (diplomado en Estudios Chicanos, 1992). Desde el año 1985 ha formado parte de varios proyectos de investigación en España, Chile y México. En la actualidad dirige el titulado “*El Pacífico Hispano: imágenes, conocimiento y poder*”. Fue profesor-investigador en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, en 1993, y ejerció una cátedra CONACYT para el Doctorado en Historia de Zacatecas (México) entre 1995 y 1996. Es miembro del comité de redacción de la *Revista de Indias*, *Hispania Sacra*, *Anuario de Estudios Americanos*, *Historia 396* (Chile) y corresponsal de la revista electrónica *Nouveau monde, mondes nouveaux* (CNRS, Francia). Sus últimas publicaciones son: *Expulsados del paraíso. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)* (Madrid, CSIC, 2008); *El Gran Norte Mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, (Madrid, CSIC, 2009); *Poblar la inmensidad. Sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (siglos XV-XIX)* (Rubí-Madrid, Ediciones Rubeo-CSIC, 2010), y en colaboración con Christophe Giudicelli y Gilles Havard, *La indianización: cautivos, renegados, “hommes libres” y misioneros en los confines americanos. S. XVI-XIX*, Aranjuez-París, Ediciones Doce Calles-L'École des Hautes Études en Sciences Sociales-UFR d'Études Ibériques et Latino-Américaines, 2013. Entre sus trabajos dedicados al Pacífico destacan: *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*, Barcelona, Lunewerg, 2000; *Un océano de seda y plata: el universo económico del Galeón de Manila*, Madrid, CSIC, 2012 (en colaboración con

Carlos Martínez-Shaw) y *La Nao de China, 1565-1815. Navegación, comercio e intercambios culturales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013.

M.^a DOLORES GONZÁLEZ-RIPOLL

M.^a Dolores González-Ripoll es científica titular del Instituto de Historia en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Sus trabajos se han centrado en la historia social y cultural del Caribe (siglos XVIII-XIX), las expediciones científicas ilustradas, las elites, redes sociales y familia en la Cuba colonial y el pensamiento puertorriqueño del siglo XIX. Entre sus publicaciones se encuentran: *Cuba, la isla de los ensayos. Economía y sociedad (1790-1815)*, Madrid, 1999; *Vida de José Julián Parreño, un jesuita habanero*, Madrid, 2007; coautora de *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, Madrid, CSIC, 2004 y coeditora de *Francisco de Arango y la invención de la Cuba azucarera*, Universidad de Salamanca, 2009 y del libro *Historia de las Antillas no hispanas*, Madrid, CSIC-Ediciones Doce Calles, S.L., 2011. Ha realizado numerosas estancias de investigación en México, Francia, Cuba, Gran Bretaña, Estados Unidos, etc., ha participado en más de cuarenta congresos nacionales e internacionales, ha dictado numerosas conferencias y ha colaborado y dirigido proyectos científicos. En la actualidad dirige un proyecto de investigación sobre las Antillas españolas, francesas y británicas (XVII-XIX).

MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER

Profesor de Investigación del CSIC. Doctor en Ciencias Biológicas y especialista en Historia de la Ciencia. Ha sido Director de la Editorial CSIC entre 2005 y 2013. Fue Vicedirector del Instituto de Historia. Académico correspondiente extranjero de la Academia Colombiana de Historia. Pertenece a la Asociación de Latinoamericanistas Europeos, la Society for the History of Natural History de Londres, la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, la Real Sociedad Geográfica, la Sociedad Geográfica Española, etc. Dirige la red *Ilustración en América Colonial* en Colombia. Exdirector de la revista *Arbor* y miembro del Consejo Asesor de *Asclepio* y *Revista de Indias* y de la revista alemana *Alexander von Humboldt im Netz*, editada por la Universidad de Potsdam y la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburg. Entre sus últimas publicaciones destacan: *Sentir y medir. Alexander von Humboldt en España*, Madrid, Doce Calles, 2007; *Imágenes de la Comisión Científica del Pacífico en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007; *Darwinismo, meio ambiente, sociedade*, Sao Paulo-Rio de Janeiro, Via Lettera-Museu de Astronomia e Ciências Afins, 2009; *Darwinismo, Biología y Sociedad*, México/Madrid, UNAM/Doce Calles, 2013.

California a través de la lente de una expedición romántica, Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2011, *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo*. Madrid, Ed. Polifemo, 2013. Ha sido comisario de la exposición *España explora. Malaspina 2010* (Real Jardín Botánico, 2012).

CONSUELO NARANJO OROVIO

Doctora por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora de Investigación del Instituto de Historia, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Ha sido directora del Centro de Ciencias Humanas y Sociales y actualmente dirige el Instituto de Historia, ambos del CSIC. Directora del Grupo de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico y de la Red internacional que puso en marcha dicho grupo desde el Instituto de Historia del CSIC. Miembro de los equipos editoriales de *Revista de Indias* y de *Culture & History Digital Journal*, que fundó en el Instituto de Historia en 2012. Es directora de la Colección *Antilia*, en la editorial Doce Calles. Codirectora de la Red internacional sobre el Caribe y su Historia en la Asociación Internacional de Americanistas. Académica de la Academia de Historia de Cuba. Sus investigaciones se centran en la historia social y cultural del Caribe en los siglos XIX y XX, así como en las relaciones culturales y científicas, las migraciones y los exilios entre España y América. Autora de una gran cantidad de artículos, capítulos y libros. Entre sus monografías cabe mencionar: *Cuba vista por el emigrante español, 1900-1959*. *Un ensayo de historia oral* (1987); *Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano español* (1988); *El Caribe colonial* (1992); *Estados Unidos: de la independencia a la Primera Guerra Mundial* (1992); *Racismo e Inmigración en Cuba en el siglo XIX* (1996), *Las migraciones de España a Iberoamérica desde la independencia* (2010). Su última monografía es *Historia de las Antillas hispanas y británicas*, publicada por el Colegio de México en 2014. Actualmente dirige la colección de *Historia de las Antillas* compuesta por 5 volúmenes (Cuba, República Dominicana, Antillas no Hispanas, Puerto Rico e Historia comparada de las Antillas).